SOL Y LUNA





6

BUENOS AIRES
1941

S O L Y L U N A

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Registro Nacional de la Propiedad
Intelectual Nº. 54730.

Se ruega dirigir la correspondencia a SOL Y LUNA,
Pueyrredón 1777 - Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SL

SOL Y LUNA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS ★ BUENOS AIRES ★ BIBLIOTECA

DIRECTOR

Juan Carlos Goyeneche

Secretario de Redacción

José María de Estrada

DESPLEGADO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES BIBLIOTECA

6

BUENOS AIRES

1941

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SUMARIO

El Bergsonismo, anagogía de la experiencia, por *Nimio de Anquín*

Salmo, por *Pedro Perez-Clotet*

Martín Fierro, dibujo por *Héctor Basaldúa*

A propósito de Martín Fierro, por *Roberto de Laferrere*

Los Pobres, por *José María de Estrada*

Lo Eterno y lo Temporal en el Arte, por *Octavio N. Derisi*

De las Espigas, por *Basilio Uribe*

La Realidad Democrática en la Argentina, por *H. Saenz y Quesada*

FLOR DE LEER

Enrique Banchs, selección y nota, por *Osvaldo Horacio Dondo*

Lamentación de la Espada, por *León Bloy*

Pensamientos y Sentencias del Beato P. Bautista de la Concepción

LIBROS

por *Emiliano Mac Donagh*, *M. J. Gomez Forgues*, *Carlos Mendioroz*, *Alberto Espezel*, *Juan Pearson*, *Ignacio Fernando Garay*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



S O L

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA Patria es un todo ordenado e indivisible, por encima de las discordias de los partidos o las diferencias de los individuos, más allá de las formas de gobierno o de las peregrinas ocurrencias de los ideólogos. Porque todo esto —individuos, partidos, formas de gobierno e ideólogos— puede pasar o morir (y de hecho pasa y muere) sin que la Patria muera. De ahí que sea intento miope o venal el pretender identificar a la Patria con cualquier cosa que no sea su mismo ser.

Porque la Patria es algo permanente que se afirma en el pasado y se proyecta hacia el futuro, sin extinguirse con periodicidad como las representaciones parlamentarias y sus antojos.

El patriotismo no se engendra únicamente en el arraigo del hombre a la tierra, porque la raíz del árbol la penetra más profundamente y la garra del animal se halla mejor dispuesta para afirmarse en ella, sin que a ninguno de los dos les duela aquello que llamamos Patria.

El patriotismo es, por encima de todo, la voluntad de amor a un suelo donde una serie de circunstancias históricas han

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ordenado a una multitud de seres — dentro de una misma unidad espiritual — en el recuerdo vivo de una misma tradición, en el vínculo de una misma lengua y en el imperio de una misma Fe. Es un sentimiento que manifiesta su más nítida calidad cuando su defensa no ofrece ya ventajas sino que arriesga a peligros, cuando la fidelidad a sus principios arroja a la intemperie, cuando en su nombre se rechaza el techo y el calor oficial abierto a todas las sumisiones o a todos los silencios.

Se ama más a la Patria cuanto más se padece por ella, cuanto más su amor nos quita ventura y tranquilidad y calma, cuando la soñamos más perfecta y estamos dispuestos a entregarlo todo para que así lo sea.

Pero si el destino de la Patria se analiza desde el estrecho mirador de los intereses particulares, siempre flexibles como el junco, al soplo de cualquier viento que susurre ventajas, se dispone de ella como de cosa propia y se la arriesga a que arrastre su luto en una historia sin honra.

Porque a la Patria se la ama o se la declama. Se la ama en el secreto del alma

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS BIBLIOTECA BUENOS AIRES
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

o se la declama en la postura y el gesto. Se la ama con encendido amor en la vigilia y en el silencio, en los sueños juveniles de austeridad y grandeza y en en la vocación de historia, o se la declama, con largas tiradas de vieja escuela en busca del aplauso de la mediocridad.

Todo pueblo con tradición está formado en el molde de esa misma tradición y no por un solo instante de su vida. Así, en los tiempos de los grandes desenlaces — como los que corren hoy — en que el destino de la Nación Argentina puede peligrar por la frivolidad o el dolo de un presente ramplón, quienes se declaren representantes de su dignidad, han de convocar a concilio — para oír su voz — al ayer, que marcó rumbos e inició empresas, y al mañana, hacia el cual vamos en ansia inquieta de inmortalidad. De lo contrario, nadie diga ser representante de tan limpios intereses, porque lejos de custodiarlos, los traiciona.

Identificar a la Patria con los tópicos remanidos de mentalidades que se hallan en la última etapa de un proceso de desgaste, es tanto como condenarla a la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

agonía o a la servidumbre. No otra cosa pretende quien busca ahogar la reacción clásica de una juventud — que a despecho de haber sido educada sin reverencia hacia nada que fuera principio fijo o norma superior — está resuelta, con terquedad viril, a recoger para sus altos ideales, en el día de la siega, cosecha de heroísmo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL BERGSONISMO,
anagogía de la experiencia *

δι ὀλίγων ἐπέδεια οὐκ ὀντα Χριστοῦ
ἀλλὰ Ἡρακλείτου μαθητήν. (1)

S. Hippolytus,

EN carta a Hoeffding indicaba Bergson que el centro vivo de su doctrina era más bien la duración antes que la intuición, lo cual no necesita muchas razones para ser justificado, pues la duración es el hallazgo, y la intuición el instrumento del hallazgo. Hay aquí una evidente prioridad de naturaleza. El comienzo de la especulación de Bergson está documentado en sus obras y en su correspondencia. Citaremos dos testimonios.

En 1930, escribía el filósofo lo siguiente: "¿Para qué sirve el tiempo? (Hablo del tiempo real, concreto, y no de ese tiempo abstracto que no es más que una cuarta dimensión del espacio). Tal fué primitivamente el punto de partida de mis reflexiones. Hace cincuenta años, estaba muy adherido a la filosofía de Spencer. Advertí un buen día que el tiempo no servía allí para

(*) Estudiaremos aquí no a Bergson —la persona humana es un arcano impenetrable—, sino al bergsonismo; y no al bergsonismo de intención, sino al de hecho. *Espiritur persona, manet res.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nada, que no hacía nada. Y lo que no hace nada, nada es" ([1 bis]). Entonces comenzó a pensar en la duración.

No menos explícito es en la carta remitida a Juan Papini, con fecha 21 de octubre de 1903. Decía allí textualmente: "En réalité, la métaphysique et même la psychologie m'attiraient beaucoup moins que les recherches relatives à la théorie des sciences, surtout à la théorie des mathématiques. Je me proposais pour ma thèse de doctorat, d'étudier les concepts fondamentaux de la mécanique. C'est ainsi que je fus conduit à m'occuper de l'idée de temps. Je m'aperçus, non sans surprise, qu'il n'est jamais question de *durée* proprement dite en mécanique, ni même en physique, et que le "temps" dont on y parle est tout autre chose. Je me demandai alors où était la durée réelle, et ce qu'elle pouvait bien être, et pourquoi notre mathématique n'a pas de prise sur elle. C'est ainsi que je fus amené graduellement du point de vue mathématique et mécanistique où je m'étais placé tout d'abord, au point de vue psychologique. De ces réflexions est sorti l'*Essai sur les données immediates de la conscience* où j'essaie de pratiquer une introspection absolument directe et de saisir la durée pure".

Así, pues, el primer problema que se planteó Bergson fué el del tiempo, y necesariamente fué conducido por él al problema del movimiento y del cambio. Se sabe, en efecto, que en la mentalidad conceptualista, "el tiempo es el número del movimiento, según el antes y el después", o sea que presupone y depende del movimiento. Sin el movimiento el tiempo no es, *para nosotros*, nada; donde no hay movimiento, para nosotros

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no existe nada medible por el tiempo. Antes, pues, está el movimiento, y después, como una consecuencia, el tiempo. En realidad, objetivamente no existe otra manera de representarse el tiempo, salvo que se lo considere un ente en sí, pero aun siendo ésto ¿cómo lo percibiríamos? ¿En su ser estático? Entonces no pasaría, no fluiría, no transcurriría y no sería tiempo sino eternidad. ¿En su ser deviniente? Entonces caería en la categoría del movimiento. El tiempo es la sombra del movimiento, es un parásito del movimiento, que vive por el movimiento y sobreagregado al movimiento.

El dilema está expresado en la concepción de Newton, según quien, como se sabe, hay dos tiempos: el absoluto, verdadero y matemático llamado *duración;* y el relativo, aparente y vulgar, llamado corrientemente tiempo. El tiempo absoluto newtoniano fluye uniformemente, pero sin relación con cosa externa alguna; el vulgar es una medida más o menos precisa de la duración con ayuda del movimiento, accesible a los sentidos y en cierto modo exterior. Es fácil objetar que en las condiciones dadas, el tiempo absoluto es un "Ding an sich" mientras no se explique su modo de manifestación. En la concepción newtoniana la *Duratio* no es la eternidad, puesto que fluye uniformemente, y la eternidad no fluye sino que es inmóvil; pero tampoco es el tiempo aristotélico. Es, sí, una especie de entidad misteriosa y semidivina, sujeto de una analogía de proporción con la duración de Dios, de la cual es la imagen móvil. "Es imposible que exista ningún movimiento uniforme por el cual se pueda medir el tiempo con precisión. Todos los movimientos pueden ser acelerados o

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

retardados, pero el fluir del tiempo absoluto no puede cambiar. La duración o la perseverancia de las cosas es la misma, aunque los movimientos sean rápidos, retardados o nulos" ([2]).

También en Bergson el tiempo es desdoblado como en Newton y recibe un doble nombre: *duración*, el tiempo verdadero; y tiempo espacializado o sea el tiempo vulgar. "La *duración* real es aquella que siempre se llamó *tiempo*, pero el tiempo percibido como indivisible" ([3]). Tenemos, pues, de un lado "la duración concreta", "la duración totalmente pura", "la duración real", que no está viciada con la idea de un medio homogéneo; y del otro, la duración "reflejada en el espacio", la sombra que la duración pura proyecta en el espacio homogéneo. Aquí también el tiempo, o la duración, está vinculado al movimiento, pero el tiempo no es ya ningún número, ninguna porción, ninguna composición, ninguna cantidad, sino experiencia cualitativa, "melodía continua de nuestra vida interior que se prosigue y se proseguirá indivisible desde el comienzo hasta el fin de nuestra existencia consciente". "Justamente esta continuidad indivisible del cambio es lo que constituye la duración verdadera". La duración o el tiempo verdadero es, pues, "la *continuidad* indivisible del cambio". Esta continuidad no es significable, sino experimentable o vivible (en el sentido de la voz alemana "erleben").

Digamos, sin embargo, en descargo de la concepción clásica traducida en la definición de Arquitas de Tarento, que cuando en ella se habla de "número" no se toma esta voz en un sentido abstracto, como si mi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

diese cualquier cosa. No. "El tiempo es lo *numerable*, no aquello que se numera", dice profundamente Aristóteles, ὁ δὴ χρόνος ἐστὶ τὸ ἀριθμούμενον καὶ οὐχ ᾧ ἀριθμοῦμέν (4). El número, discreto, es el signo de una continuidad, pero la continuidad no es el número. Aun más; lo anterior y lo posterior no son medidos por el tiempo, sino que son pensados como consecuencia de la magnitud y el movimiento. Este momento adviene antes en el movimiento que en el tiempo, y antes en la magnitud que en el movimiento, aunque en la magnitud no tiene un sentido unívoco sino analógico con el movimiento; pues en la magnitud, o mejor, en el lugar, lo anterior, πρότερον, designa lo que según la posición está primero; y lo posterior, ὕστερον, lo que según la posición viene después. El tiempo, pues, en la concepción aristotélica, no es espacializado, porque el significarlo no es espacializarlo. Por el contrario, es liberado del lastre conceptual que lo representa y mantenido, así, distante del lugar, de la magnitud, e independiente del movimiento en la medida de lo inteligible (5).

Pero dejemos esta discusión para mejor oportunidad y prosigamos con la doctrina bergsoniana. Si como hemos dicho, el tiempo es un parásito del movimiento, si coexiste con el movimiento, es natural que para determinarlo comencemos por el movimiento y el cambio, pues, repetímoslo, si no hubiese movimiento no habría tiempo para nosotros. Acerca de ello, fijaremos dos proposiciones fundamentales. La primera dice así: "*Nos representamos todo cambio, todo movimiento, como absolutamente indivisible*". La gran dificultad para entender ésto procede de hábitos inveterados de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pensamiento; se confunde el movimiento con el espacio recorrido, y se adquiere la convicción de que se puede tratar el movimiento como el espacio, y dividirlo sin tener en cuenta sus articulaciones. Ejemplo típico son los argumentos de Zenón de Elea contra el movimiento, en que se raciocina sobre éste como si se estuviese en presencia de inmovilidades y, así, lo reconstruímos con inmovilidades. Y sin embargo, si el movimiento no es todo, no es nada. Afirmemos que si muevo mi mano del punto A al punto B, sentimos el movimiento indiviso y debemos declararlo indivisible. Es verdad que cuando miro mi mano yendo de A a B y describiendo el intervalo AB, me digo: "el intervalo AB puede dividirse en tantas partes como yo quiera; luego el movimiento de A a B puede dividirse en tantas partes como me plazca, pues este movimiento se aplica a aquel intervalo". O también: "en cada instante de su trayectoria el móvil pasa por un cierto punto; luego, se pueden distinguir en el movimiento tantas etapas como se quiera; por consiguiente, el movimiento es infinitamente divisible". (El ejemplo es de los más convencional que pueda imaginarse, pues no se trata de un caso de univocidad, sino de analogía). Pero sigamos adelante con nuestro filósofo, quien se pregunta de inmediato: "¿Cómo podría *aplicarse* el movimiento *al* espacio que recorre? ¿Cómo coincidiría el movimiento con lo inmóvil? ¿Cómo el objeto que se mueve *estaría* en un punto de su trayecto? *Pasa él,* o en otros términos, *podría estar allí.* Estaría allí si se detuviese, pero si se detuviese allí, no sería el mismo movimiento al que nosotros nos referíamos. De un solo tirón se recorre siempre un tra-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

yecto, cuando en el trayecto no hay detención. El tirón puede durar algunos segundos, o días, o meses, o años: poco importa. Desde el momento que es único es indescomponible" ([6]). Todo cambio real es indivisible.

La otra proposición es esta: "*Hay cambios, pero no hay bajo el cambio cosas que cambien: el cambio no tiene necesidad de un soporte. Hay movimientos, pero no hay objeto inerte, invariable, que se mueva: el movimiento no implica un móvil*" ([7]). La explicación de ésto es como sigue: si escuchamos una melodía dejándonos mecer por ella ¿no tenemos, entonces, por ventura, la percepción neta de un movimieno que no está agregado a un móvil, de un cambio sin nada que cambie? Este cambio se basta, es la cosa misma. Y es indivisible. No tiene necesidad de un soporte. En realidad, el pretendido movimiento de una cosa, no es más que un movimiento de movimiento. —Permítasenos aquí un paréntesis. Dos géneros de objeciones, por lo menos, se ofrecen inmediatamente: uno, psicológico; y otro, lógico-metafísico. Dejaremos el psicológico a cargo de las numerosas refutaciones del bergsonismo, y nos referiremos brevemente al lógico-metafísico, y sólo para indicar las razones con que Aristóteles refutó la proposición de que "el movimiento de una cosa, no es más que un movimiento de movimiento". La distinción de cambio y movimiento se debe a Aristóteles: el primero se refiere a la generación y corrupción de las cosas, mientras que el segundo se desarrolla en los límites del Sér. El movimiento se divide en especies según las categorías, pero no según todas. Por ejemplo, no hay movimiento en la relación, ni en la acción, ni en la pasión. No hay

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

movimiento ni en la acción, ni en la pasión, *porque ésto equivaldría a que hubiese movimiento de movimiento*, lo cual no tiene sentido, precisamente lo que establece el bergsonismo como su tesis fundamental. Pero aun hay más: tampoco la relación implica el movimiento, pues se pueden cambiar dos relativos operando sobre uno solo de ellos. Esta razón indica que Aristóteles considera al movimiento como una propiedad del móvil. Y después de este paréntesis dedicado al sentido común, prosigamos nuestra exposición del bergsonismo.

"En ninguna parte la *substancialidad* del cambio es tan visible, tan palpable, como en el dominio de la vida interior. No hay en ella ni un substrato rígido inmutable, ni estados distintos que pasen allí como actores por una escena. Hay simplemente, la melodía continua de nuestra vida interior, melodía que se prosigue y se proseguirá indivisible, del comienzo al fin de nuestra vida consciente. Nuestra personalidad es eso mismo. Y es, justamente, esta continuidad indivisible del cambio, lo que constituye la duración verdadera. La *duración real* es aquello que siempre se ha llamado tiempo, pero el tiempo percibido indivisible. Convenimos en que el tiempo implica sucesión, pero no convenimos en que la sucesión se presente antes que nada a nuestra conciencia como la distinción de un "antes" y un "después" yuxtapuestos. Si hacemos esto es porque mezclamos imágenes espaciales en ello; pues solamente en el espacio hay distinción neta de partes exteriores unas a otras. Tanto interior como exteriormente, se trate de nosotros o de las cosas, la realidad es la movilidad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

misma; lo cual expresamos diciendo que hay cambio, pero no cosas que cambien" ([8]).

Como dijimos ya, abundan las refutaciones del movilismo bergsoniano ([9]), y no es intención nuestra repetirlas aquí. Nuestro propósito es ofrecer un punto de vista personal, cuya originalidad queda librada al criterio histórico. Proseguiremos, pues, la exposición del bergsonismo en el aspecto que conviene a la finalidad que perseguimos. Trátase de una cuestión de hecho que antes que nada la resolverán los textos.

Una consecuencia de la institución de la universalidad y substancialidad del cambio, es la arbitrariedad de la distinción que solemos hacer entre nuestro presente y nuestro pasado. El presente ocupa tanto lugar como la extensión del campo que puede abrazar nuestra atención en la vida; nuestro presente cae en el pasado, cuando dejamos de atribuirle un interés actual. Una atención de la vida que fuese suficientemente poderosa, y suficientemente desprendida de todo interés práctico, abrazaría, así, en un presente indiviso, la historia pasada entera de la persona consciente, — no como algo instantáneo, no como un conjunto de partes simultáneas, sino como lo continuamente presente, que sería también lo continuamente moviente. El camino de la movilidad está lleno de recompensas; la conciencia es un universo de plenitud inagotable. Pero para lograr esta visión, será necesario desprenderse por un ejercicio continuo de depuración conceptual, del hábito de llegar a lo moviente por lo inmóvil. Este hábito es de la misma calidad de aquel otro que consiste en pensar lo pleno suponiendo el vacío([10]).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Se refleja este hábito cuando consideramos la idea de *orden*. Creemos que el desorden es posible y lo concebimos como una ausencia de orden. Pero en puridad *lo único que hay de real es el orden, "il n'y a de réel que l'ordre"*. La idea de desorden no existe. El pensar práctico procede de una manera bien conocida: cuando la realidad presente no es la que buscamos, hablamos, entonces, de la *ausencia* de la realidad segunda allí donde comprobamos la *presencia* de la primera. Y así ocurre con el orden, el cual se ofrece en dos formas en el fondo idénticas y sólo prácticamente diversas: el orden propiamente dicho, y el desorden, que es el orden que no buscamos, y al que sólo por razones prácticas lo designamos con otro nombre. Si se intentase negar el orden completamente, sólo se lograría saltar de orden en orden: la pretendida supresión de uno es, en realidad la presencia de los dos. La idea de desorden no existe, el desorden no es más que una palabra. Hemos creído en él hasta ahora debido a que estamos habituados a ir de la ausencia a la presencia, del vacío a lo lleno ([11]). Creemos indebidamente que hay *menos* en la idea de vacío que en la de lleno, *menos* en el concepto de desorden que en el de orden. En realidad, hay más contenido intelectual en las ideas de desorden y de nada, cuando representan alguna cosa, que en las de orden y existencia, pues implican aquéllas varios órdenes, varias existencias, y además, un juego de espíritu que los manipula inconscientemente ([12]).

Veamos lo que sea la nada, problema verdaderamente angustioso, vinculado a la noción de creación. Nuestra mentalidad considera la existencia como una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

conquista frente a la nada. En el comienzo estaba la nada y el sér vino después por acrecentamiento. La Μαῖα de los órficos se yergue como una esfinge en los comienzos de las cosas:

Μαῖα, Θεῶν ὕπάτη, Νὺξ ἄμβροτε([13]).

(Mater nutrix, dearum summa, Nox immortalis).

No nos podemos deshacer de la idea de que lo lleno es un "bordado sobre el canevás del vacío, que el ser está superpuesto a la nada, y que en la representación de "nada" hay *menos* que en la de "alguna cosa". De allí todo el misterio ([14]). Tratemos de develarlo. La nada, en efecto, o se la imagina o se la concibe y en ambos casos se la representa. Digamos desde ya, que la representación imaginativa de la nada es imposible, porque para imaginar la nada es necesario que exista alguien que represente, es decir, que no sea nada; luego antes que la nada hay siempre algo; cuando una conciencia, por ficción, se extingue, nace inmediatamente otra para ser testigo de esa muerte. La imagen de una supresión de todo jamás se ha formado en nuestra conciencia. "El esfuerzo por el que tendemos a crear esta imagen remata simplemente en hacernos oscilar entre la visión de una realidad exterior y la de una realidad interna. En éste va y viene de nuestro espíritu entre lo de afuera y lo de adentro, hay un punto situado a igual distancia de los dos, en que nos parece que no percibimos más uno y en que tampoco percibimos el otro: es allí donde se forma la imagen de la nada". Pero ello es una ilusión, pues "la imagen de la nada así definida, es una imagen plena de cosas, una imagen que encierra

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a la vez la del sujeto y la del objeto, con el agregado de un salto perpetuo de uno al otro y la negativa a detenerse jamás en uno de ellos" ([15]).

En cuanto a la idea de nada, el procedimiento que se sigue para forjarla es este: no existe un solo objeto de nuestra experiencia que no podamos considerar abolido. Extendemos esta abolición de un primer objeto a un segundo, luego a un tercero, y así sucesivamente tan largo tiempo como se quiera: la nada no es otra cosa que el límite hacia el que tiende la operación. Y la nada así definida significa la abolición de todo. Sin embargo, esta abolición extendida al Todo, a la Totalidad de las cosas, parece que fuera una operación contradictoria y absurda, como la idea de un cuadrado-circular, que sólo es una palabra. En efecto, el objeto que se suprime es o una cosa o un estado de conciencia. Consideremos la cosa abolida. En el lugar en que ella estaba "no hay nada", es decir, no hay nada de ese objeto, pero en su lugar está otro objeto: el vacío absoluto no existe en la naturaleza. Si admitimos que el vacío existe, la dificultad será la misma, porque abolido el objeto queda su lugar, limitado por contornos precisos, es decir, queda una especie de *cosa*. "Un ser que no tuviese memoria o previsión, no pronunciaría jamás aquí las palabras "vacío" o "nada"; expresaría simplemente lo que es o lo que percibe; ahora bien, lo que es y lo que percibe, es la *presencia* de una u otra cosa, jamás la *ausencia* de cualquier cosa que sea. Sólo hay ausencia para un ser capaz de recuerdo y de espera. Se recuerda de un objeto y espera reencontrarlo; pero encuentra otro, y expresa la decepción de su expectativa, nacida ella mis-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ma del recuerdo, diciendo que no encuentra nada, que se da con la nada... La idea de abolición o de nada parcial, se forma luego aquí en el curso de la substitución de una cosa por otra, cuando esta substitución es pensada por un espíritu que preferiría mantener la antigua cosa en el lugar de la nueva, o que por lo menos concibe esta preferencia como posible" ([16]).

Veamos, ahora, cómo nuestro espíritu se representa en el interior de sí mismo la nada parcial. La concepción de un vacío nace aquí cuando la conciencia, retardándose, permanece adherida al recuerdo de un estado antiguo, estando ya presente un otro estado. No es más que una comparación entre lo que es y lo que podría o debería ser, entre un lleno y un lleno. "En una palabra, se trate de un vacío de materia o de un vacío de conciencia, *la representación del vacío es siempre una representación plena, que se resuelve al analizarla, en dos elementos positivos: la idea distinta o confusa de una substitución, y el sentimiento, experimentado o imaginado, de un deseo o de un pesar*". Se sigue de este doble análisis, que la idea de nada absoluta, entendida como una abolición de todo, es una idea destructiva de sí misma, una pseudo-idea, una simple palabra ([17]). "Luego, el acto por el cual se declara irreal un objeto, afirma la existencia de lo real en general. En otros términos, representarse un objeto como irreal no puede consistir en privarlo de toda especie de existencia, pues la representación de un objeto es necesariamente la de un objeto existente... En otros términos y por extraña que nuestra aserción pueda parecer, *hay más y no menos en la idea de un objeto concebido como "no exis-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tente", que en la idea de este mismo objeto concebido como "existente", porque la idea del objeto "no existente" es necesariamente la idea del objeto existente, con el plus de la representación de una exclusión de este objeto por la realidad actual tomada en bloc" ([18]).

Ya en esta pendiente de destrucción de conceptos, no podemos dejar de referirnos a la *negación*. Porque es posible que se nos replique: "Y bien; después de haber evocado la representación de un objeto y de haberlo supuesto por ello mismo, si queréis, existente, agregaremos simplemente a nuestra afirmación un "no", y ello bastará para que lo pensemos inexistente". Es decir, que se representa la negación como exactamente simétrica de la afirmación; la negación podría, como la afirmación, crear ideas, pero negativas. Y así "afirmando una cosa, luego otra y así indefinidamente, formo la idea de Todo; lo mismo, negando una cosa, luego las otras y, en fin, negando Todo, se llega a la idea de Nada". Para destruir esta ilusión, afirmemos que negar consiste siempre en apartar una afirmación posible. "La negación no es más que una actitud tomada por el espíritu en frente de una afirmación eventual. Cuando digo: "esta mesa es negra", hablo ciertamente de la mesa: la he visto negra, y mi juicio traduce lo que he visto. Pero si digo: "esta mesa no es blanca", no expreso seguramente cosa alguna que haya percibido, pues vi lo negro y no una ausencia de blanco. Luego, en el fondo, no es sobre la mesa misma que expreso mi juicio, sino sobre el juicio que la declaraba blanca. Juzgo un juicio y no la mesa... Así, mientras la afirmación recae directamente sobre la cosa, la negación no contempla la cosa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sino indirectamente, a través de una afirmación interpuesta. Una proposición afirmativa traduce un juicio enunciado sobre un objeto; una proposición negativa, traduce un juicio recaído sobre un juicio. *Luego la negación difiere de la afirmación propiamente dicha, en que ella es una afirmación de segundo grado: afirma alguna cosa de una afirmación que, a su vez, afirma alguna cosa de un objeto*" ([19]).

Aun hay más, pues la negación no es nunca más que la mitad de un acto intelectual del cual se deja indeterminada la otra mitad. "Si enuncio la proposición negativa, "esta mesa no es blanca", entiendo por ello que debéis substituir a vuestro juicio, "la mesa es blanca", otro juicio. Os doy una advertencia, y la advertencia se refiere a la necesidad de una substitución... Luego, un juicio negativo es un juicio que indica que hay lugar a substituir un juicio afirmativo por otro juicio afirmativo, cuya naturaleza, no estando por otra parte especificada, a veces porque se la ignora, pero con más frecuencia porque no ofrece interés actual, [motiva que] la atención no recaiga sino sobre la naturaleza del primero... Es en vano que se atribuya a la negación el poder de crear ideas *sui generis*, simétricas a las que crea la afirmación y dirigidas en sentido contrario. No saldrá de ella ninguna idea, pues no posee otro contenido que el juicio afirmativo que ella juzga" ([20]).

Una precisión más antes de terminar esta parte de nuestro trabajo en que, partiendo de la duración y del cambio, hemos obtenido rigurosamente una serie de deducciones que nos dará una idea total del bergsonis-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mo. Nos referiremos ahora a la *posibilidad*, otra pseudo-idea adherida a nuestro sistema conceptual. A semejanza de las ideas de nada y de desorden, se origina la de posibilidad en el prejuicio de que lo posible es *menos* que lo real y que por esa razón, la posibilidad de las cosas precede su existencia. Las cosas serían así "representadas de antemano", y podrían ser pensadas antes de ser realizadas. Pero la verdad es precisamente lo contrario. "Si consideramos el conjunto de la realidad concreta o simplemente el mundo de la vida, y con mayor razón el de la conciencia, encontramos que hay más y no menos en la posibilidad de cada uno de los estados sucesivos, que en su realidad. Porque lo posible no es más que lo real, con el agregado de un acto del espíritu que rechaza la imagen en el pasado una vez que se ha producido" ([21]). Desde luego, es cierto, que no se puede insertar lo real en el pasado y trabajar, así, "à reculons" en el tiempo; pero, dice M. Bergson, "que se pueda alojar allí lo posible, o más bien, que lo posible vaya a alojarse él mismo allí en todo momento, ello no es dudoso. A medida que la realidad se crea, imprevisible y nueva, su imagen se refleja detrás de ella en el pasado indefinido: ella se encuentra, así, haber sido siempre posible; pero es en este momento preciso que comienza a haberlo sido, y es por ello que decía que su posibilidad, que no precede su realidad, la habrá precedido una vez aparecida la realidad. Luego, lo posible es el espejismo del presente en el pasado" ([22]).

En síntesis: "para un espíritu que siguiese pura y simplemente el hilo de la experiencia, no habría vacío, no habría nada (aunque fuese relativa o parcial), no

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

habría negación posible. Un tal espíritu vería los hechos sucederse a los hechos, los estados a los estados, las cosas a las cosas. En todo momento notaría cosas que existen, estados que aparecen, hechos que se producen [en un orden absoluto y perfecto]. Viviría en lo actual y, si fuese capaz de juzgar, jamás afirmaría otra cosa que la existencia del presente" ([23]). Agreguemos, que por consiguiente, no concebiría lo posible, por lo menos como nosotros lo concebimos.

En posesión de todos estos elementos, podemos ya forjarnos una idea bastante fiel del universo bergsoniano. Advertimos que no nos detendremos en una refutación dialéctica de este sistema, pues nuestra intención es buscar el sentido histórico profundo. Y afirmemos desde ya que en Bergson —por más que se haya dicho y por más que él mismo emplee la palabra— *no existe rigurosamente hablando una metafísica.* La metafísica es la ciencia del Ente en tanto que tal, y donde no hay Ente no puede haber metafísica. Conocemos la latitud en que la voz Ente puede usarse, de acuerdo al texto famoso de Aristóteles, (Metaphy. Lib. Z, I). Allí está contemplado también el caso de si antes que el Ente puede estar la cualidad o el movimiento. "Puede ser puesto en duda si el caminar, el estar sano o el estar sentado, o cualquiera otra cosa semejante, es un Ente o un no-Ente. Ninguno de ellos existe de sí, ni es apto para ser separado del Ente" (ουδὲν γὰρ αὐτῶν ἐστὶν οὔτε καθ'αὑτὸ πεφυκὸς οὔτε χωρίζεσθαι δυνατὸν τῆς οὐσίας); pues todos presuponen la substancia, sin la cual nada puede

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bastarse, nada puede asomar al mundo de las cosas en cualquier orden que sea. La substancia, a la cual llama remos en este caso el Ente, pues es una de las denominaciones del Ente, está primero en el triple orden de la definición (o del concepto), del conocimiento y del tiempo (ὅμως δὲ πάντων ἡ οὐσία πρῶτου καὶ λόγφ καὶ γνφσει καὶ χσόνφ). La substancia (quod quid est) es primera en la definición, porque la definición de substancia está comprendida en toda otra; es primera en el tiempo, porque de todas las categorías es la única que puede existir aparte; es primera en el conocimiento, porque se conoce mejor una cosa cuando se conoce "lo que es", y no su cualidad, etc., pues conocemos una cantidad o cualidad sólo si sabemos lo que ella es. El Ente de Aristóteles como la palabra misma lo patentiza ([24]), no es un sér rígido, sino una unidad dinámica o dinamogénica, en donde el hecho de ser asimila el devenir en la medida de lo necesario para ser, pero subordinándolo al principio activo de "posesión" y de "dominio". La prioridad de la idea de Ente sobre la de devenir se comprueba de este modo, pues el Ente admite y aun supone el devenir, mientras que el devenir considerado como principio, excluye al Ente. El Ente explica el devenir, pero el devenir no explica al Ente sino que lo aniquila. Por ello no puede haber una metafísica del puro devenir, porque sería una metafísica *de lo que no es* o sea del Ente aniquilado. La metafísica, si se ha de dar un sentido unívoco a la palabra, es la ciencia de lo que es o del Ente, y cuando en ella se estudian el cambio y el movimiento, se los considera del punto de vista constructivo o acumulativo, y no disolu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tivo. El devenir es un hecho, pero siempre hay un *quid* que subyace, del que se genera el Ente que deviene, ἀεὶ γὰρ ἔστι τι ὃ ὑπόκειται, ἐξ οὗ γίγνεται τὸ γιγνόμενον; así como las plantas y los animals proceden del semen, οἷον τὰ φυτὰ καὶ τὰ ζῷα ἐκ σκέσματος ([25]). Siempre hay que comenzar por lo que es, pues sólo a través de él se puede saber de lo que no es o de lo que está por llegar a ser.

Quien comience por la duración, "continuidad indivisible del cambio", o sea quien comience por el cambio, porque el cambio es el principio inteligible de la duración, sólo podría llegar a una concepción metafísica si al cambio diese una base entitativa o, como se dice en el lenguaje de la "philosophie nouvelle", un "soporte". Bergson ha reconocido la razón del argumento que al respecto se le hiciera, y al reeditar su *Introduction à la métaphysique*, agrega la siguiente nota al texto que dice, "la realidad es movilidad": "Encore une fois, nous n'écartons nullement par là la substance. Nous affirmons au contraire la persistence des existences. Et nous croyons en avoir facilité la représentation. Comment a-t-on pu comparer cette doctrine à celle d'Héraclite?" ([26]). Pero habría que aclarar el sentido del término "substancia", porque donde "hay cambio y no cosas que cambien", donde se afirma que "el movimiento no implica un móvil", — no puede haber substancia. De manera que cuando se habla de la "substancialidad del cambio", si no se hace con ello una concesión al viejo conceptualismo, se incurre manifiestamente en una contradicción en los términos. Pero esto es dialéctica. Lo evidente es que la concepción

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bergsoniana al comenzar instituyendo "la substancialidad del cambio", destruye la idea tradicional de Ente y hace con ello imposible la metafísica. Decimos la metafísica en sentido "katafático" o positivo. ¿Será posible, entonces, una metafísica "apofátika" o sea negativa, a semejanza de la Teología de Dionisio? No, contestamos de inmediato, porque la Teología negativa parte de un Sér positivo (aceptado por la fe) al que trata de determinar por lo que no es, pero sin negar que aquél sea otra cosa dejada en las tinieblas; mientras que la metafísica negativa (*die schlechte Metaphysik*), prescinde en absoluto del Ente, al que desconoce toda posibilidad de existencia o mejor, toda inteligibilidad y substancialidad. No, no existe una metafísica bergsoniana. Lo que se ha dado en llamar así, es lo que nosotros llamaríamos "parafísica" o "preterfísica", es decir, una especie de filosofía de la física, o de filosofía natural mejor dicho, para no excluir ni lo orgánico ni lo inorgánico.

En realidad e históricamente hablando, la "actitud" filosófica de los bergsonianos, corresponde proporcionalmente a la de los físicos presocráticos: la mentalidad bergsoniana es anterior (en el orden de la cualidad y del tiempo) a Aristóteles. Lo es, porque la preocupación dominante del pensamiento prearistotélico, o mejor, presocrático, es el problema del devenir, lo que podríamos llamar sin caer en romanticismo, la tragedia del cambio y del movimiento; exactamente el mismo problema inicial del bergsonismo, pero con la muy importante diferencia de que los lejanos pensadores griegos no habían encontrado aun el concepto que resolvería

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sus perplejidades físico-dialécticas; mientras que sus émulos modernos tienen que destruir una de las adquisiciones mayores del espíritu humano, para intentar la reversibilidad de una idea que cumplió ya definitivamente su ciclo. El problema de la movilidad universal o de la substancialidad del cambio, es propio y exclusivo del alma antigua, cuando la especulación daba sus primeros pasos y descubría el fenómeno impresionante del devenir de las cosas; actitud espiritual reflejada también en las indecisiones del arte griego del período arcaico-clásico, del que está ausente la *beatitud natural* impresa como una conquista definitiva en la estatuaria de la época de oro. Y por eso el movilismo griego, por ejemplo, el de Heráclito de Efeso, es espontáneo, sincero y natural, y es históricamente congruente con su tiempo. Aun más, traduce el espíritu de su época, la actitud genuina del alma griega iniciándose en los misterios del Sér, el cual se ofrecía primeramente a la inquisición del hombre en la sola forma que los sentidos podían percibirlo, a saber, en la forma de movimiento. De allí que la primera filosofía haya comenzado por lo sensible, por el fenómeno propio del mundo material, es decir, por el movimiento. Toda filosofía de movimiento es *filosofía de los sentidos* y *filosofía primitiva.* Esta especulación considerada en sí misma es incompleta, y no puede dar una idea total-metafísica sino es sublimada por su sumisión al orden de la filosofía primera, a través de la doctrina de los tres grados de abstracción. Si la abstracción física se encierra en sí misma y trata de construir allí una filosofía sin relación con los otros órdenes del saber, obtendrá una imagen falsa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del mundo. Falsa por dos razones, es a saber: primeramente, porque tomará por base a un fenómeno —el del cambio— que no se explica por sí mismo; y en segundo lugar, porque reconocerá la primacía de los sentidos sobre la inteligencia. En Heráclito de Efeso —para volver a nuestro punto de referencia— se advierten estos defectos, pero ellos resultan no tanto de una posición deliberada cuanto de una insuficiencia inevitable del pensamiento primitivo. Pero lo positivo era eso, aunque acaso la visión sensible de las cosas debiera interrumpir su coherencia con algunas intuiciones geniales o con intrusiones místicas procedentes de la religión de los misterios.

La enérgica reacción de la escuela de Elea, traduce una suerte de desesperación por captar el principio entitativo; especie de salto atlético o de liberación brusca, aunque fugaz, de la visión sensible, para alcanzar de una vez la intuición del Ente. Pero la tentativa se frustraría por dos razones: primera, porque la concepción parmenidiana trataba de lograr el Ente prescindiendo del cambio y del movimiento, lo cual es imposible, pues, como hemos dicho, el Ente supone el devenir y lo asimila como por modo de acumulación; y segunda, porque quien prescinde de los sentidos —a semejanza del filósofo de Elea— no puede intuir nada, pues la intuición es de origen sensible y no de origen intelectual como por lo general se cree erróneamente. La intuición ha sido excogitada para "simpatizar" con el cambio y el movimiento, y ello es muy lógico, porque es el medio natural del conocimiento sensible; y para un universo que fuese todo movilidad, en que el cambio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fuese substancial, o mejor dicho, constitutivo, no habría otro modo de conocer que el intuitivo. Pero si en las cosas hay algo más que movimiento y cambio, entonces la intuición debe resultar necesariamente insuficiente. No es extraño, entonces, que las filosofías del devenir vean en la inteligencia o en cualquier medio de conocimiento esencial, un enemigo que debe ser eliminado.

Sin embargo, la aventura eleata dejó entrever el mundo de la substancia o del Ente, aunque escapando por el momento a una determinación inteligible; y la afirmación de que "el Sér es y el no Sér no es" tiene el valor de una aproximación al Ente o de una casi-determinación "in actu exercito" aunque no "in actu signato". El movimiento de liberación del mundo sensible, del mundo de la física y de lo que llamaremos *la filosofía pobre* (que en el mundo moderno se transformaría en la *mala metafísica, die schlechte Metaphysik*) se dibuja cual un itinerario de la facultad noética hacia el Ente entrevisto en la visión parmenidiana. El descubrimiento del concepto de Ente que cierra este itinerario del νοῦς, tiene el significado del hallazgo de la fuente de la *bienaventuranza natural*, ese Bien final por el que tanto suspiró el alma de la humanidad aun no redimida. Uno de los momentos más grandes y solemnes del espíritu humano, es aquel cuando Aristóteles formulaba en su Metafísica la doctrina del Sér, y ofrecía con ello a la inteligencia el reposo beatífico-natural que los sentidos no podían darle. La especulación griega, empeñada en la indagación del misterio de las cosas, no fué, si no por accidente, una erística, un juego dialéctico; lo normal en ella es que reflejase las verdade-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ras ansias del alma humana por conocer la realidad en sus arcanos entrañables. Hubo, pues, en el comienzo una *ignorancia de la verdad*, una falta positiva de conocimiento, un tanteo preliminar —tanteo de los sentidos—, hasta dar con el camino de la *sabiduría*. No hay por qué equivocarse: los físicos que en los tiempos de Heráclito especularon acerca de la realidad, formularon una doctrina de la movilidad universal no porque *desecharan deliberadamente el concepto de Sér, sino porque absolutamente lo ignoraban*. Entre la Metafísica de Aristóteles y todos los tratados Περὶ φύσεως anteriores a ella, existe la misma —si no mayor distancia— que entre la matemática de Arquitas y los Elementos de Euclides, o entre la astronomía de Tales de Mileto y la de Claudio Tolomeo.

Contemplada en esta perspectiva, desde un punto de vista histórico realista y objetivo, la parafísica bergsoniana aparece como una tentativa de regreso al pensamiento primitivo, aun perplejo ante el fenómeno del devenir. Ahora se verá más patentemente por qué dijimos que el cuadro filosófico bergsoniano no ofrecía posibilidades a la constitución de una metafísica, que no fuese aquella que por una reminiscencia hegueliana hemos llamado *die schlechte Metaphysik, la mala metafísica*, la cual vendría a ser la réplica moderna de la *filosofía* pobre de los presocráticos; pero con la diferencia —que explica el cambio de adjetivos— de que en ésta no había ningún renunciamiento sino una positiva ignorancia de la doctrina del Ente; mientras que en aquélla hay un propósito deliberado de negar la mayor conquista especulativa del pensamiento clásico-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

griego, o si se quiere, la base ontológica del mundo occidental ([27]). Ya no será necesario insistir mucho para convencer aun a los más reacios, de la razón de nuestro aserto. Porque con las transcripciones que hicimos en la primera parte de este trabajo, quedó en evidencia que para el bergsonismo, el fenómeno originario es el cambio, el cual da razón de todo, y cuya continuidad indivisible constituye la "duración pura". Sobre esto no hemos de volver ahora. Pero sí diremos algo más, sobre nuestra afirmación de que estas filosofías del devenir, acuerdan primacía a los sentidos sobre la inteligencia.

Consideramos urgente destruir el prejuicio de que el bergsonismo haya cooperado positivamente a la restauración de los valores del conocimiento metafísico o del saber ontológico. En efecto, es creencia bastante generalizada que a pesar de la crítica implacable del bergsonismo al conocimiento conceptual y sus mordaces diatribas contra la inteligencia especulativa, el camino de la realidad ha quedado expedito, y que la filosofía primera puede respirar de nuevo un ambiente propicio: como si a la inteligencia asesinada, la hubiese reemplazado un guía más conocedor del mundo de las esencias. ¡Creencia ingenua! Porque en realidad, disuelto el Ente en el devenir, en la substancialidad del cambio, no quedaba nada por conocer a la inteligencia que es facultad de saber *lo que es*. De manera que su ejecución era fatal; holgaba en el mundo bergsoniano. Y es claro, entonces, que en vez de la inteligencia no sería

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puesto nada que se le pareciese, ni que estuviese en desacuerdo con el mundo sensible de la movilidad. Así nació la famosa *intuición bergsoniana*, que vino a suplir al viejo intelecto buscador de esencias.

Por su origen y por la función que se le asigna, la intuición bergsoniana no puede ser —y no lo es— una facultad de conocimiento trascendente: en el fondo no es más que una *percepción refinada e incomunicable, una especie de ultra-sensibilidad, indisolublemente ligada a la experiencia.* Véase lo que Bergson mismo dice al respecto: "Par intuition je n'entends pas ici une contemplation passive de l'esprit par lui-même, un rêve d'où il sort en donnant ses visions pour des choses vues. L'intuition dont je parle, quoique métaphysique de tendance, peut être aussi précise que les plus précis d'entre les procédés scientifiques, aussi incontestable que les plus incontestés d'entre eux. Elle consiste a reprendre contact avec une réalité concrète sur laquelle les analyses scientifiques nous ont fourni autant de renseignements abstraits: pour cela on s'aidera d'abord de ces analyses elles-mêmes. Analyser une répresentation, c'est la ramener à des éléments déjà connus; c'est donc dégager ce qu'elle a de commun avec des présentations qui ne sont pas elle. L'analyse pourra d'ailleurs, dans bien des cas, épuiser tout le contenu de l'objet analysé; mais c'est qu'alors l'objet ne possède pas de caractère à lui: nous n'avons pas affaire à un objet spécial, mais à un composé de plusiers objets. Si l'objet a un fond propre, on chercherait vainement à dégager cet élément essentiel par un analyse, c'est-à-dire par une opération qui ne peut et ne veut être

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

qu'une énumération de ressemblances: l'impossibilité même d'épuiser une pareille énumération, l'obligation de la pousser toujours plus loin pour serrer toujours de plus près le caractère propre qui fuit toujours, nous avertit que, pour saisir ce caractère, il faudrait une opération d'autre genre. Il faudrait una intuition. Cette intuition, on ne nous la communiquera jamais tout faite, car le langage qu'on nous parle, si spéciaux et si appropriés qu'on en suppose les signes, ne peut exprimer que des ressemblances, et c'est d'une différence qu'il s'agit. Mais on peut nous placer dans l'attitude qu'il faut prendre pour se donner l'intuition à soi-même. Nous la reconnaîtrons pour une intuition vraie à ce qu'elle nous apparaîtra comme le point virtuel où toutes les analyses convergeraient si on les prolongeait par la pensée, et comme l'origine réelle de leurs divergences" ([28]).

Es, pues, la intuición, una conexión con la realidad profunda, una experiencia íntima e inenarrable, un contacto inmediato y personalísimo, una *anagogía de la experiencia.* Preferiremos esta última denominación cuya paternidad nos pertenece. En efecto, la experiencia, que verticalmente se unifica, aparece, sin embargo, de dos modos o en dos aspectos diferentes: primeramente, como hechos que se yuxtaponen y que se distribuyen en la espacialidad, y ésta es la experiencia vulgar; y luego, como una penetración recíproca que es duración pura, y ésta es la experiencia profunda. En ambos casos, experiencia significa conciencia, pero en el primero es una conciencia que se pierde en su exterioridad y que se inmoviliza; mientras que en el segun-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do, se prolonga indefinidamente en un acto de percepción de la inagotable realidad que es la duración pura. Mientras más profundo sea este descenso, más auténtica será la intuición. Bergson nos invita a este viaje con palabras de inspirado: "La matière et la vie qui remplissent le monde sont aussi bien en nous; les forces qui travaillent en toutes choses, nous les sentons en nous; quelle que soit l'essence intime de ce qui est et de ce qui se fait, nous en sommes. Descendons alors a l'interieur de nous mêmes: plus profond será le point que nous aurons touché, plus forte sera la poussée qui nous renverra a la surface. L'intuition philosophique est ce contact, la philosophie es cet élan" ([29]). De estas palabras se infiere que la intuición es una percepción sublimada, que se sutiliza progresivamente a medida que desciende en las profundidades abismales de la conciencia, pero sin perder su carácter originario. La condición "sine qua non" de su legitimidad, es su contacto constante e ininterrumpido con la experiencia. Como el oído pegado al áspero contacto del suelo, descubre al cabo y por un ejercicio de afinamiento sensible, el ruido lejano o el rumor profundo; así también la línea de la percepción que puede comenzar y que de hecho comienza en la experiencia vulgar, debe extenderse sin solución de continuidad hasta el instante de la intuición, que consiste precisamente en el hallazgo súbito del fondo que está en la duración pura, acto que como una corriente eléctrica, en una reversión intemporal, autentica toda la experiencia realizada. Esta superpercepción debe resultar necesariamente obscura e indescriptible, pues no se atiene a ningún método ló-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gico, sino que resulta más de condiciones naturales y de un entrenamiento siempre exterior a ella: de allí que la experiencia profundísima sea tenebrosa y misteriosa. Y por eso es que decimos que la intuición es *anagogía de la experiencia.* Y en virtud de una sinécdoque muy legítima decimos más, a saber, que todo el bergsonismo es *anagogía de la experiencia,* una mística de la experiencia. Además, el mismo Bergson dice, como acabamos de ver, que la filosofía se reduce al impulso intuitivo; y en otra parte define la metafísica como "*la experiencia integral*" ([30]), es decir, no como una generalización o una integración abstracta de la experiencia, sino como el conocimiento experimental profundo y uno en el acto de la intuición.

En lo que hasta aquí hemos recorrido no se advierten diferencias esenciales con la filosofía pobre de los presocráticos. Al final, venimos a parar a lo mismo, o sea al devenir, llamado ahora "cambio substancial", el trasfondo de toda experiencia; así como en el orden del yo arribamos a la "duración pura". "L'intuition de notre durée, bien loin de nous laisser suspendus dans le vide comme ferait la pure analyse, nous met en contact avec toute una continuité de durées que nous devons essayer de suivre soit vers le bas, soit vers le haut: dans les deux cas nous pouvons nous dilater indéfiniment par un effort de plus en plus violent, dans les deux cas nous nous transcendons nous-mêmes. Dans le premier, nous marchons à une durée de plus en plus éparpillée, dont les palpitations plus rapides que les

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

notres, divisant notre sensation simple, en diluent la qualité en quantité: la limite serait le pur homogène, la pure *répétition* par laquelle nous dèfinirons la matérialité. En marchant dans l'autre sens, nous allons à une durée qui se tend, se resserre, s'intensifie de plus en plus: à la limite serait l'éternité. Non plus l'éternité conceptuelle, qui est une éternité de mort, mais une éternité de vie. Éternité vivante et par consequent mouvante encore, où notre durée à nous se retrouverait comme les vibrations dans la lumière, et qui serait la concrétion de toute durée comme la matérialité en est l'éparpillement. Entre ces deux limites extrêmes l'intuition se meut, et ce mouvement est la métaphysique même" ([31]). En consecuencia, la duración es todo, y la duración es cualidad pura o sea una transposición de la duración; cualidad que se cuantifica o se materializa en el mundo de la experiencia crasa (pero sin dejar de ser cualidad en el fondo), y que en el mundo de la realidad profunda toca o apunta a la eternidad, pero eternidad de duración. En los dos extremos está la cualidad: en la materialidad está en forma de pura repetición, y en lo espiritual en forma de duración pura.

Filosofar consistirá, entonces, *en invertir la dirección habitual del trabajo del pensamiento*, es decir, no en conceptualizar las cosas e instalarlas en el mundo de la cantidad y de la espacialidad; sino en volverlas a la cualidad, en llevarlas al mundo de la duración. Es decir, en *ir de lo inteligible a lo intuible, de lo claro a lo confuso, de lo preciso a lo vago, del término al símbolo*. La duración pura significa la disolución del Ente en el cambio eterno, el aniquilamiento de las esencias

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en la corriente del tiempo, la transformación del lenguaje en una simbología vacilante y nunca concluída, la primacía de lo sensible o intuible sobre lo inteligible, el imperio de la obscuridad y de la mística de una experiencia incomunicable. Todo ello está contra la tradición greco-latina, contra la ontología de Occidente en la que se basa la cultura de los pueblos creadores. Trátase de una verdadera reversión del pensamiento humano a lo primitivo y amorfo; una actitud antinatural, porque la indeterminación primitiva, llena por lo demás de presentimiento (en el fuego de Heráclito también había dioses), ha dejado de existir para siempre; era ignorancia más que obcecación contra el Ente. Pero descubierto el Ente por un penoso trabajo de investigación crítica y de construcción ontológica, la luz que irradiaría sobre la humanidad quedaría encendida, para no apagarse sino con la vuelta del hombre a la barbarie de nuevos tiempos de ignorancia. El concepto de Ente ha pasado a ser constitutivo del alma del hombre occidental, y su desaparición sólo es concebible por una catástrofe espiritual que aniquilase el pensamiento y borrase de él todo vestigio de sabiduría ontológica. Entonces el hombre se despertaría nuevamente en la selva obscura del conocimiento sensible, y volvería a emprender el camino de la beatitud entitativa.

Pero esta tentativa de denudación absoluta del espíritu y de regreso a la "filosofía pobre", es sólo el aspecto profano del bergsonismo, en cuanto afecta al "orden de la naturaleza". Sin embargo, hay otro aspec-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

to —metafísico-teológico— en que el bergsonismo muestra más patentemente su negatividad: nos referimos a lo que nosotros llamamos "*creatureidad*" y que pertenece al "orden de la gracia", principio central del pensamiento cristiano. Serán necesarias algunas precisiones.

En efecto: el pensamiento presocrático, como ya vimos, está poseído por la idea del "cambio", deducida de la experiencia sensible. Los esfuerzos de la especulación primitiva tienden a interpretarla, pero los recursos son insuficientes, y se excogita entonces un sistema para satisfacer la ambición explicativa de la inteligencia. De la inteligencia, decimos con deliberación, pues en los presocráticos —aunque casi ciega— no estaba muerta, como lo prueba el ensayo de Parménides. La estructuración del concepto de Ente, obra de Aristóteles, abre y llena una nueva era. El mundo sensible encuentra su explicación y su fundamento en el mundo inteligible. O sea que la inteligencia instituye su imperio sobre todas las cosas, sujetas hasta entonces al dominio de fuerzas obscuras. El Sér domina al devenir y lo fija en el Ente. La inteligencia domina las sensaciones y las fija en el concepto. El lenguaje sibilino del inspirado se transforma en el lenguaje lógico del filósofo. La intuición, atada a los sentidos y al devenir, es sobrepasada por el conocimiento de las esencias. El Ente no es sólo un principio existencial, sino también de orden, de claridad y de paz. Él hace posible la consecución de la sabiduría metafísica, por el conocimiento de las altísimas causas, por el saber acerca de las razones últimas de las cosas. Sin Ente, como hemos dicho, no hay metafísica, y sin metafísica no hay sabiduría (en el orden natural).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La gran ambición espiritual del hombre aristotélico, ha sido la posesión del Ente, o sea la consecución de la sabiduría metafísica, ideal-límite del alma griega. Esta es, sin duda, la mayor conquista de la inteligencia realizada por el hombre en el orden estrictamente racional. Adquirió el hombre, entonces, plena y distintamente la "conciencia" de *ser*. Pudo decir desde ese momento con fundamento metafísico: "yo soy un sér", "yo soy un Ente". Esclavo de los sentidos primero, asediado luego por ellos, podía finalmente salir triunfante, tras titánico esfuerzo, y erigirse en dominador del cambio, signo de la fatalidad y de la disolución. La conciencia humana integrada así, adquirió en ese instante la madurez propicia a las grandes obras, el temple que necesitaba para la creación de su destino. Ser hombre era ser Ente, y esta convicción que trabajó con tenacidad el alma griega, imprimióle un sello inconfundible de señorío, reflejo de la nobleza interior, de la preclara mente y del firme ánimo, que lo hacían dueño del mundo.

¿Terminaría allí la integración de la conciencia humana? ¿Sería posible aun la determinación en el hombre de un aspecto fundamental ignorado de su sér? En el orden estrictamente natural, nada había superior a la conciencia de Ente, pero el *hecho* cristiano introdujo en el alma del hombre la *conciencia de creatureidad*, es decir, de una paternidad y de una filiación. Al *hombre-devenir* y al *hombre-Ente*, sucede ahora el *hombre-Creatura*. No basta ya el Ente para definir al hombre, sino que es necesario referirlo al orden de la creación. Tampoco basta la creación para definir al hombre, pues sin Ente (dotado de inteligencia) no hay hombre. De

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

manera que Ente y creación se funden en la idea de *creatura*. La creatura es el *Ente* creado, y el hombre es el *Ente* creado dotado de inteligencia. Así se armoniza la concepción metafísica de Aristóteles con la conciencia del hombre nuevo, y así se ve por qué el realismo cristiano se aferraría a la filosofía entitativa, sobre la cual construiría su admirable doctrina de la persona. Aristóteles estableció las bases ontológicas del hombre-creatura, cuya estructuración definitiva vino a reforzar el poder acumulativo del Ente, a afianzar su primacía sobre el devenir. Pero ahora ya no bastaría con proclamar la "primacía del Sér sobre el devenir", expresión que caracterizaba bien la posición de la filosofía aristotélica (del orden natural) frente a la instabilidad de las cosas de la filosofía pobre, sino que sería necesario afirmar la "primacía de la Creatura sobre el devenir", para incluir allí el nuevo orden de la gracia, la nueva conciencia adquirida por el hombre en el orden metafísico-teológico. En efecto, Aristóteles decía que la entelequia de lo movido es el movimiento, pero ahora podrá decirse acaso con mayor propiedad, que es la "contingencia", porque las cosas se mueven, no porque, como quería Heráclito y quieren sus modernos discípulos, el movimiento sea la entraña de ellas, sino, porque siendo creadas no dependen de sí mismas para existir.

Hace tres años, enseñábamos esta doctrina en un cursillo libre de la Escuela Normal de Córdoba (doctrina que ha hecho suya, con mucha honra para nosotros, un joven abogado, en un trabajo sobre los fundamentos del derecho civil), y en esa circunstancia agregábamos: lo contingente no tiene en sí mismo la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

razón de su existencia, y si no la tiene, quiere decir que su existencia es precaria, sujeta a una caducidad variable, pero fatal. Nuestra conciencia personal es fundamentalmente distinta de la de los griegos presocráticos, y tampoco es la misma que la que dominaba en la época aristotélica: somos seres creados, con una existencia otorgada por un ser infinitamente bueno, en un acto de amor; es decir, somos seres contingentes, cuyo ser ha dependido de la providencia y libertad de Dios. Y por eso podemos decir que somos movimiento en cierto modo, pero como una consecuencia de nuestro carácter de seres contingentes (de nuestra condición de creaturas), sujetos a la imperfección de llegar a ser por un tránsito continuo de la potencia al acto. De acuerdo a esta concepción nuestra, en el orden de ideas que consideramos, el desarrollo de la conciencia filosófica puede esquematizarse así: 1º) primacía del devenir sobre el Ente (filosofía pobre de los presocráticos); 2º) primacía del Ente sobre el devenir (filosofía aristotélica); 3º) primacía de la Creatura sobre el devenir (filosofía del "hombre nuevo"). Como caracterización del pensamiento cristiano, preferiremos siempre esta última denominación, que por primera vez proponemos.

Quédanos por establecer ahora la actitud del bergsonismo frente a la filosofía del hombre-creatura: nada más contradictorio y definitivo. Vimos ya que el bergsonismo niega las ideas de desorden, nada, negación, vacío y posible; afirma la nada de los conceptos y la plenitud del espíritu. Es claro que para poder continuar este desarrollo, será necesario un acuerdo previo, porque quien niega la negación no puede negar nada, y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

quien niega la nada no puede hablar de nada. Pero todo ello es dialéctica conceptual, astucias tontas del sentido común. Dejémoslo a un lado, pues de lo contrario no podríamos despegar los labios, y prosigamos nuestro camino. El pensamiento fabricante —para usar una expresión de M. Jankélévitch ([32])— suele ir, aparentemente, de la parte al todo, de lo menos a lo más; su medio natural es el vacío, nervio escondido de la idea de nada. Debido a las preocupaciones prácticas, la idea de *creación* es más clara y más simple para el espíritu que la idea de *transformación.* Debido ello, también, a la incapacidad del pensamiento fabricante para ver las cosas "sub specie durationis". El concepto de creación se ha refugiado en la metafísica y en la teología, donde la inepcia para ver filosóficamente las cosas es mayor y donde domina la conceptualización. La inteligencia cree allí que es más fácil explicar el misterio del Sér, practicando una especia de vacío metafísico, para asistir luego a su generación gradual. Del mismo modo se establece previamente el caos originario, o la nada ontológica y de allí se hace proceder el cosmos y el hombre. La "substitución" se convierte, en la medida de lo posible, sea en creación, sea en aniquilamiento (la nada al comienzo y la nada al final, o sea el mundo suspendido entre dos vacíos iguales). La inteligencia sólo entiende los movimientos que parten de la nada o que a ella vuelven.

Pero ya el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia,* nos ofrecía un análisis de la noción de *intensidad* que demostraba cómo las cosas de la vida están fuera de las categorías aristotélicas del aumento y de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

disminución. La intensificación es "un movimiento continuo en cuyo curso una misma sensación se reencarna vuelta a vuelta en una infinidad de formas diferentes". Las cosas de la vida no son susceptibles ni de más ni de menos, "sino solamente de modificaciones". "La vida es incorruptible e ingenerada y en ninguna parte en la plenitud del espíritu, encuentra la inteligencia un defecto por donde ella pueda introducirse para describir la génesis de aquél; el mundo espiritual es espeso por todos lados, de igual modo que en cada uno de los circuitos del recuerdo la memoria está, según Bergson, siempre presente por entero" ([33]). La crítica de la intensidad demuestra la imposibilidad de la nada. Así como el movimiento no se fabrica con puntos, ni la duración con instantes, ni la acción con reposos; el espíritu no se fabrica con átomos de espiritualidad, con ausencias de espíritu. Demuestra este aserto la teoría bergsoniana del esfuerzo intelectivo, la cual significa en substancia, que "a partir de nada no se entiende nada y que el pensamiento es, por así decirlo, prisionero de su propia plenitud" ([34]). Aquí se puede aplicar estrictamente el viejo efato: "ex nihilo nihil fit". Porque es absurdo buscar un comienzo al espíritu, que vive en la duración. Se podría decir, acaso, "au commencement était le Moi", pero sin pensar ninguna relación temporal, ninguna limitación cuantificante; sino una existencia fuera de la categoría del tiempo, en la vida eterna, es decir, en la vida de la eterna duración.

Las consecuencias se siguen casi mecánicamente dentro de la dialéctica del sistema, que en definitiva resulta monótono, pues es su mundo un mundo de *pre-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sencia y *plenitud* del que la contingencia está excluída. La concepción bergsoniana de lo *posible* o su negación de lo posible, es más radical que la de los megáricos, pues para éstos sólo lo real era posible, mientras que para Bergson no solamente lo real es posible, o mejor, lo posible es lo real, sino que hay más en lo posible que en lo real, pues es lo real "con el agregado de un acto del espíritu que rechaza la imagen en el pasado una vez que él se ha producido". Cuando se dice de la realidad que es posible, es porque ya es o porque ya ha sido; luego la realidad precede la posibilidad, que en puridad, se instala en el pasado. Los futuribles son en realidad preteribles. La vida precede al futuro, o mejor dicho: la duración no tiene futuro, el cual sólo se explica en el orden del tiempo. Y por eso, la concepción bergsoniana resulta distinta que la de Deodoro de Kronos: no es dialéctica, sino psicológica, y su destino no está ligado a este o aquel argumento, sino al todo del sistema.

De lo dicho se deduce que el mundo bergsoniano es una totalidad espesa, sin intersticios, rigurosamente ordenada, sin principio ni fin; mundo de *continuidad viviente* y de *presencia*, excluye de él la posibilidad. Pero ello sólo se ve en la intuición, en los momentos excepcionales en que el espíritu puede tocar por un abismamiento el fondo de la duración pura: entonces, en una visión fugaz, en un contacto vital e inenarrable, la realidad se revela en su misteriosa naturaleza. Mundo que es como la experiencia o la intuición lo revela en el presente psicológico, ofrece a la visión intuitiva una heterogeneidad infinita que imposibilita la previsión y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

destruye la noción conceptualista de la causalidad. El fondo del yo es un hervor ininterrumpido de hechos fundamentalmente heterogéneos, reflejo el más veraz de la substancialidad del cambio. No hay dos hechos psicológicos iguales; jamás el hecho psicológico se repite: es único e irreversible; es decir, es único en su movilidad, en su inconceptualizable existencia en la duración. No hay, pues, identidad en el fondo de las cosas, ni tampoco es posible hablar de causalidad del acontecer íntimo como se habla de los sucesos exteriores. ¿Cómo utilizaríamos la causalidad, es decir, que tal hecho produce tal efecto, cuando no hay hecho que se repita? "Para el físico, la misma causa produce siempre el mismo efecto; para un psicólogo que no se deja desorientar por aparentes analogías, una causa interna profunda da sus efectos una vez y jamás los producirá de nuevo" ([35]). Digamos sólo de paso, que el prever no es determinar y que la causalidad en el orden psicológico no determina nada, porque está de por medio —en los actos libres— la libertad. Y en el orden físico media, también, la contingencia. Pero ésto es conceptualismo. Además, adivinamos la respuesta: sólo se prevé con esencias, pero en la vida psicológica no hay esencias, sino el cambio substancial, la duración real.

Así, el sistema bergsoniano *aniquila en el hombre la conciencia de creatureidad*, y lo lleva en un retroceso fantástico al estado psicológico del filósofo primitivo. De hecho resulta así, porque destruye todo lo que en el hombre es conciencia de dependencia y de filialidad, dejándolo en frente (esto es una simple figura literaria) a un universo sin causalidad eficiente ni final, sin vacío

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y sin hiato, donde todo es presencia que necesariamente es, como se ofrece a los sentidos sublimados hasta la intuición. Con toda razón se ha señalado la analogía del mundo bergsoniano con el espinosista, en el que todo está sometido a una necesidad eterna. En uno y otro es absurdo preguntarse cuándo la naturaleza comenzó; en uno y otro la naturaleza es perfecta, necesaria e infinita. Sólo los pseudo-filósofos se empeñan en buscar vacíos y rarefacciones de existencia "para acreditar la superstición de la finalidad... La imaginación, fascinada por el esquematismo del lenguaje, articula ese fenómeno único que es la historia del mundo, en sucesos dramáticos y discontinuos. Teme la plenitud del espíritu, y la ventila por vacíos y rupturas; asigna a todas las cosas un *comienzo* y un *fin;* es creacionista y finalista. Por el contrario, no hay más que hacer una transposición para pasar del universo impasible de Espinosa al universo cualificado de Bergson. Uno y otro se apartan de la nada de los conceptos, hacia lo pleno del espíritu. Uno y otro nos invitan a comprender allí donde los fanáticos admiran como estúpidos... *Ut doctus intelligere, non autem ut stultus admirari*" ([36]).

¿Comprender qué? Por supuesto que la realidad profunda, eso que los bergsonianos llaman con tanto énfasis y tanta frecuencia, el Espíritu o la Plenitud del Espíritu, nuevo πλήρωμα que tiene una resonancia esotérica. Y ¿qué es este Espíritu en definitiva? ¿Se asemeja en algo al Espíritu de los cristianos o por lo menos al que suele citarse en metafísica? Nada de eso: el Es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

píritu bergsoniano no es trascendente a las cosas, no es una concepción entitativa, ni un ser abstracto. En el bergsonismo nada hay trascendente, pues lo trascendente es adventicio: *il n'y a de réel que l'ordre.* No hay, pues, dos mundos: materia y espíritu, potencia y acto, privación y ser, efecto y causa, creatura y creador: no, en el bergsonismo todo es uno, todo está en uno, todo es inmanente a todo, todo es el Espíritu. Para emplear una vieja expresión, no hay más que *Natura naturans,* no hay *Natura naturata,* pues el aceptar ésta equivaldría a romper el orden (que en el realidad es la necesidad) y a destruir con ello la continuidad viviente e ineluctable del cosmos. Luego, el Espíritu es *Natura naturans* desarrollándose en sí misma, en una eterna transformación de vida, en una inmanente actividad creadora. Pero aun podemos precisar más, para satisfacer a nuestra fatal mentalidad conceptualista, habituada a la individuación de la forma por la materia. En definitiva ¿qué es ese Espíritu de plenitud, esa *Natura naturans* que nos abisma en un encantamiento anagógico? Contestemos sin vacilación: es sencillamente la *Cualidad.* El Espíritu bergsoniano es la Cualidad que subsume todo, que abraza todo, que penetra todo. Cualidad en la duración pura, y Cualidad en la cantidad misma que no es más, en definitiva, que Cualidad degradada. Todo es, pues, Cualidad: *in ea vivimus et movemur et sumus.* En vano se buscará aquí una contradicción al bergsonismo, que en este punto más que en ningún otro es perfectamente coherente. Bergson se jacta con frecuencia en sus obras, de que su filosofía

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no se aparta jamás de la experiencia; y ello es la pura verdad, pues comienza y termina en la experiencia, en una visión que progresivamente se sutiliza y se sublima hasta lograr los caracteres de la intuición, en que se quintaesencia la penetración de lo real. Y en todo este camino no hay ningún paso de un género a otro, ninguna μετάβασις εἰς ἄλλο γένος, sino una continuidad de conocimiento. Y por eso su metafísica no crea fantasmas conceptuales, ni se construye con esencias, ni establece ningún grado de abstracción. El mundo en que se mueve la metafísica bergsoniana es de univocidad absoluta que excluye radicalmente la analogía, pues ésta exige un análogo y sus analogados, lo cual significa la interrupción de la continuidad. Es un mundo sin grados y sin intersticios, el mundo de la experiencia. Correlativamente con ello, el conocimiento metafísico bergsoniano, es decir, la intuición, como dijimos, es percepción sensible sublimada, y su única diferencia con la percepción sensible a secas, es el grado de intensidad de penetración de la duración concreta. En realidad, el conocimiento sensible que conoce las estructuras materiales del mundo físico, ve, sin saberlo, la esencia del universo cualificado, en cuanto la cantidad no es más que la pura *repetición*, el puro homogéneo, *cualidad desparramada*. La intensificación de la *conciencia*, la presión vertical del yo, nos lleva en sentido contrario hasta tocar el fondo de la duración concreta, la esencial realidad cualitativa. El "esprit de simplicité" nos guiará en esta excursión a los abismos, pues el "espíritu de simplicidad" no es más que la sutilización extrema de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la percepción sensible, no es más que una especie de purificación rousseauniana y de retorno al espíritu de naturaleza ([37]).

La fidelidad a la experiencia está, también, presente, a todo lo largo de la filosofía de la religión bergsoniana. El misticismo, cuya mención en *Las dos fuentes* ha equivocado a muchos, sólo vale en cuanto es experiencia y como experiencia psicológica: "Si le mysticisme est bien ce que nous venons de dire, il doit fournir le moyen d'aborder en quelque sorte expérimentalement le problème de l'existence et de la nature de Dieu. Nous ne voyons pas d'ailleurs, comment la philosophie l'aborderait autrement. D'une manière générale, nous estimons qu'un objet qui existe est un objet qui est perçu ou qui pourrait l'être. Il est done donné dans une expérience réelle ou possible" ([38]). A través de todas las sutilezas del lenguaje, no se ve claramente que Bergson haya establecido una diferencia de naturaleza entre la intuición mística y la intuición filosófica. Por el contrario, todo induce a pensar que para él la experiencia mística no sea más que la *intensificación* de la experiencia metafísica. Habría entre una y otra una diferencia de penetración, pero ambas parten de "la franja de intuición vaga y evanescente" que aureola la inteligencia. La gran cuestión consiste en fijarla, en intensificarla y en completarla en acción. Ahora bien, si el filósofo y el místico logran fijarla, el filósofo no realiza más que una "primera intensificación", mientras que el místico consigue una "intensificación superior". "Mis-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ticismo y filosofía son uno respecto a otro, como el superlativo es al comparativo... La experiencia de los Santos y la experiencia bergsoniana se hallan en la prolongación una de otra... No hay aquí un mundo de la naturaleza y un mundo de la gracia" ([39]). Bergson ha recurrido a la mística no porque reconozca su valor trascendental, si no en busca de una intuición que le permitiese proseguir el desarrollo experiencial de su mala metafísica. Ha pretendido romper la muralla que él mismo edificara como límite de conocimiento, pero sin ningún resultado positivo visible: su filosofía de la religión no se aparta un ápice de su filosofía de la experiencia, de la cual es el coronamiento natural. No discutimos la sinceridad de la fe en Dios que puede haber manifestado el filósofo, pero ello es asunto de Bergson y nosotros hablamos del bergsonismo, y no del bergsonismo de intención, cuya latitud psicológica es ilimitada, sino del de hecho. Y desde este punto de vista, negamos que sea posible llegar al Dios cristiano con los recursos y medios de un sistema ciego, edificado sobre el horror al Sér ontológico, a la inteligencia y a la conciencia de creatureidad. El dios filosófico del bergsonismo es una teratología psicológica que no puede conciliarse en ningún caso con el Dios cristiano. La personalidad de Dios es forjada por el bergsonismo sobre la base y a imagen de la personalidad psicológica, la cual a su vez procede de la "*conciencia* que tenemos de ella en su devenir continuo". Y así como la experiencia de la duración nos hace tocar la eternidad, del mismo modo una intensificación de la personalidad psicológica nos dará la noción de la Personalidad divi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

na ([40]). ¡Vana ilusión! porque la personalidad psicológica es siempre una personalidad de creatura, y por más que se la "intensifique" nunca rebasará sus límites de un Ente sin aseidad. Además ¿qué sacaríamos con esta intensificación del yo, si no podemos usar para nada la analogía?

Pero dentro del bergsonismo riguroso y decidido como el de M. Jankélévitch, tendremos la respuesta de inmediato: no hay por qué plantearse estos problemas propios de los estultos; la cuestión consiste en seguir la línea de la continuidad viviente del sistema. Sí, Dios está allí, en la prolongación inmanente de la personalidad psicológica. ¡Transformad la supraconciencia en emoción supraintelectual, y al superhombre en dios, y tendréis la respuesta!

El bergsonismo librado a sus propias fuerzas es prisionero eterno de la inmanencia (la pensée —dice Jankélévitch— est prisionnière de sa propre plénitude), y ello le obliga a alimentarse siempre de la experiencia en todos sus matices, que por lo demás no son muchos, pues por debajo, en el subsuelo de la vida se desliza como un agua freática que todo lo absorbe, el torrente de la cualidad. El itinerario del conocimiento es en el bergsonismo circular: parte de la experiencia crasa (la experiencia será siempre el hilo de Ariadna), y progresivamente va reduciendo las astucias de la materia en el puro homogéneo, hasta encontrar el punto en que la cantidad revela su esencia cualitativa. La cantidad se tenuifica súbitamente y entrega su misterio. Pero no siempre y no a cualquiera. No siempre, porque si la percepción sensible no se ha intensificado hasta la in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tuición, no habrá conocimiento de la realidad profunda. Y no a cualquiera, porque solamente lograrán esa sutilización quintaesenciada de la percepción, quienes sean capaces de adquirir "l'esprit de simplicité", o sea de realizar una purificación rousseauniana previa. Después de ello ya estaremos tocando el fondo de la duración pura. Pero todo será experiencia: experiencia sensible al comienzo, y experiencia intuitiva-sensible al final. Sólo la *expresión* del conocimiento será diferente: necesariamente se marchará de lo distinto a lo confuso, de lo comunicable al *silentium anagogicum.* Porque el bergsonismo, "mala metafísica", en definitiva es una *mística de la experiencia.* Nos priva de la bienaventuranza natural, nos cierra el camino de la sabiduría, aniquila la conciencia de creatureidad, y prescinde así del orden de la naturaleza y del orden de la Gracia. Como Goethe espinosista, termina invitándonos a un viaje al reino de la noche:

Und lass dir rathen, habe
Die Sonne nicht zu lieb und nicht die Sterne,
Komm, folge mir ins dunkle Reich hinab!

Y deja que te aconseje:
No ames demasiado
Ni al sol, ni a las estrellas.
Ven,
¡Sígueme en el imperio tenebroso!

NIMIO DE ANQUIN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) "Brevemente he puesto en descubierto a quien no es discípulo de Cristo sino de Heráclito". Refut. omn. haer. (Duncker-Schneidewin). IX. 10. 31-32.

(1 bis) En el ensayo publicado en la revista sueca *Nordisk Tidskrift* —noviembre de 1930—y luego en francés con el título: *Le possible et le réel* (*La pensée et le mouvant*, p. 118. En lo sucesivo citaremos esta compilación con la sigla PM).

(2) *Philosophia naturalis principia mathematica* 3 (repr. for Thomson-Blackburn). Textualmente dice: "Tempus absolutum, verum, et mathematicum, in se et natura sua sine relatione ad externum quodvis, aequabiliter fluit, alioque nomine dicitur duratio: Relativum, apparens, et vulgare est sensibilis et externa quaevis durationis per motum mensura (seu accurata seu inaequabilis) qua vulgus vice veri temporis utitur; ut hora, dies, mensis, annus... Tempus absolutum a relativo distinguitur in Astronomia per aequationem temporis vulgi. Inaequales enim sunt dies naturales, qui vulgo tanquam aequales pro mensura temporis habentur. Hanc inaequalitatem corrigunt Astronomi, ut ex veriore tempore mensurent motus celestes. Possibile est, ut nullus sit motus aequabilis, quo tempus accurate mensuretur. Accelerari et retardari possunt motus omnes, sed fluxus temporis absoluti mutari nequit. Eadem est duratio seu perseverantia existentiae verum, sive motus sint celeres, sive tardi, sive nulli", *def. VIII*, schol. I, IV.

(3) *La perception du changement* (PM p. 188).

(4) *Phys.* 219 b 2 y 5-9.

(5) *Ibid.* 219 a 15-18. Para una exposición objetiva, véase ROLFES, *Die Philos. des Arist.* p. 110 y ss.

(6) *La percep. du chang.* (PM p. 179-184).

(7) *Ibid.* (PM p. 185).

(8) *Ibid.* (PM p. 189).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(9) Y en general del bergsonismo. Las obras más conspícuas son siempre las del R. P. Reg. Garrigou-Lagrange. En español, la crítica del bergsonismo no existe; la obra de Morente está escrita con temor reverencial. Véase un buen resumen de la crítica escolástica francesa en, Sixto Terán, *Aproximaciones a la doctrina tradicional*, pág. 193 y ss. No alcanzamos la razón por la cual Terán llama "gran obra inesperada" a *Les deux sources*, pág. 206.

(10) *L'évolution créatice* [1] p. 297.

(11) *Ibid.* p. 298.

(12) *Le possib. et le réel* (PM p. 125-6).

(13) *Orphica* (Mullach) X p. 173. En realidad se trata aquí de una nada de conocimiento y no de una nada ontológica. Pero lo que no es conocido, en substancia para nosotros no existe.

(14) *L'évol. créat.* p. 299.

(15) *Ibid.* p. 303.

(16) *Ibid.* p. 305.

(17) *Ibid.* p. 307.

(18) *Ibid.* p. 310.

(19) *Ibid.* p. 312.

(20) *Ibid.* p. 313.

(21) *Le possib. et le réel* (PM 126-7).

(22) *Ibid.* p. 128.

(23) *L'évol. créat.* p. 318. Cfr. *De la position des problèmes.* parágr. *Les vrais et les faux problèmes* (PM pp. 76 y ssi.)

(24) τὸ ὂν = ens, o sea, lo que está siendo o existiendo; no lo que simplemente es.

(25) *Phys.* I. 7. 190 a, 31.

(26) *Introduction à la métaphysique* (PM p. 238). Decimos que la nota es nueva, porque en la traducción alemana hecha sobre el primitivo texto francés, no figura. Véase pág. 40 de la traducción, donde dice: "Diese Realitaet ist Beweglichkeit", que corresponde a: "Cette réalité est mobilité" del original francés, lugar en que ha sido agregada la nota en la nueva edición. H. Bergson, *Einführung in die Metaphysik*, Diederich, Jena, 1920.

(27) El Muro de las lamentaciones frente al Acrópolis. Conviene recordar aquí que Bergson no era francés, si es que su filosofía no lo ha demostrado ya. Ch. Pfister, escribía lo siguiente en *Les Nouvelles Litteraires* de 15 de diciembre de 1928, pág. 4: "Au débout d'août 1878 il y a cinquante ans fut affichée dans les couloirs de l'Ecole normale la liste des candidats reçus à la suite du concours pour la section des lettres.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

On y lisait: Eer. Jaurès (Jean), né à Castres (Tarn), le 8 september 1859; 2. Diehl (Michel-Charles), né à Strassbourg (Bas-Rhin), le 4 juillet 1859; suivaient vingt et un autres noms et à la fin de la liste: 24. Bergson (Henri-Louis), né le 18 octobre 1859, à Paris, d'origine polonaise, admis a titre d'étranger".

(28) *Préface* a la *Esquisse d'une système de psychologie rationnelle par Émile Lubac,* Paris, 1904, p. VIII-IV. Véase también, *De la position des problèmes* (PM pp. 33-42). Compárese con lo que decimos al final de este trabajo.

(29) *L'int. phil.* (PM p. 157).

(30) *Intr. à la métaph.* (PM 255). Tampoco coincide este final con el de la traducción alemana, que dice: "und nichtsdestoweniger liesse sie sich als die erschoepfende Einheit —nicht Zusammenfassung— die absolute Totalitaet aller Erfahrung definieren".

(31) *Ibid.* (PM p. 237-8 y 241).

(32) En su resonante artículo *Prolegomènes au bergsonismo,* en *Revue de métaph. et de mor.,* 1928, pp. 437-490.

(33) *Jankélévitch,* art. cit. p. 480, *Matière et mémoire* p. 108. Para la crítica de la noción de intensidad, *Mat. et mém.* p. 102, *Essai sur les donn. imm.* ch. I, *Energie spirituelle* p. 177.

(34) *Idem, Ibid.* p. 481.

(35) *Essai sur les donnés imm. de la conscience* pp. 152-3 y las finales.

(36) *Jankélévitch,* art. cit. p. 487.

(37) *L'int. phil.* (PM p. 159). Cfr. *Intr. à la métaph.* (PM p. 241 y ss.)

(38) *Les deux sources de la morale et de la religion,* p. 241 y ss. Otro texto importante, sino definitivo, es el siguiente: "La vérité est qu'une existence ne peut être donnée que dans une expérience. Cette expérience s'appellera vision ou contact, perception extérieure en général, s'il s'agit d'un objet matériel; elle prendra le nom d'intuition quand elle portera sur l'esprit. Jusqu'où va l'intuition? Elle seule pourra le dire. Elle ressaisit un fil: à elle de voir si ce fil monte jusqu'au ciel ou s'arrête à quelque distance de terre. Dans le premier cas, l'expérience métaphysique se reliera à celle des grands mystiques: nous croyons constater, pour notre part, que la vérité est là. Dans le second, elles resteront isolées l'une de l'autre, sans pour cela repugner entre elles. De toute manière, la philosophie nous aura élevés au-dessus de la condition humaine". *De la position des problèmes* (PM p. 61).

(39) *Les d. sour.* p. 267. Las precisiones transcriptas son del P. L. Penido en *Dieu dans le bergsonisme,* París, 1934, pp. 90-1-2-4.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(40) Cfr. PENIDO *obr. cit.* p. 160. Hemos variado algo su argumentación de acuerdo a nuestro principio de *creatureidad*. Ya el P. Tonquédec, al ocuparse en 1908 y en 1912 del sistema bergsoniano, planteaba la cuestión del orden del mundo, y se preguntaba si M. Bergson era monista. Si el dualismo no tenía cabida en el sistema, "la Causa Suprema —decía — no podrá, por consiguiente, crear, sino desarrollándose. Cierto que no tendríamos el monismo por identidad y homogeneidad (de Espinosa, Spencer y Taine), pues todo estado nuevo es irreductible al precedente, pero sí un monismo por crecimiento y devenir". Y concluía así: "No se puede adivinar, leyendo a M. Bergson, si Dios es el nombre dado a una realidad que *devendrá* el mundo, o si esta palabra designa alguna cosa o a alguien más retrogradado en el más allá". Bergson contestó con una "profesión de fe" que no aclaraba nada: el bergsonismo de intención no rectificaba en lo más mínimo al bergsonismo de hecho. Prometía aclarar las cosas en su obra acerca de la moral. Y bien, la obra moral ya la conocemos: ella nos deja en presencia de las mismas perplejidades que angustiaban en 1908 al P. Tonquédec.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

S A L M O

RESONO la Palabra entre las sombras.
Fué estrella en el ocaso, diamantina
salutación al alba: siempre inquieto

misterio desvelado, en su latente
claridad de camino y profecía.
Resonó la Palabra, y dió sus frutos

ciertos, de una certeza penetrante,
en plenitud más dulce a cada hora,
sobre el sediento pecho que adivina.

Yo la escucho, la escuchan los olvidos,
las voces todas, todos los silencios,
y el mundo es todo, por su azul presencia,

un cantar de luceros en la noche,
un invisible sueño en la vigilia;
un orbe en cada nube, en cada viento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La escucho, se me cuaja en la garganta,
y quisiera seguirla entre las flores
y descifrar su vuelo en el torrente.

Resonando, traspasa los sentidos,
brillante espada de ávidos aceros,
para adentrarse en mundos más afines...

Mas pronto, herida, vuelve a su primera
cósmica expectación, desnuda llama,
tímido arrullo, que es esencia y forma,

pincel, gubia, color, nutricio germen.
A contemplarse en su belleza intacta,
en un celeste y puro narcisismo.

Siempre voz del espíritu, en la cumbre
dorada de los cielos, o en el fondo
más helado del aire y de los hombres.

Siempre aliento del alma, en las esquinas
más hirientes y turbias de la niebla,
que el hombre arranca a golpes de su duelo.

La luz y el gozo claman como en vilo
de aquel eco lejano, claro surco,
a ciegas por su propia melodía.

Mas sólo en ese azar que centellea
sobre la tierra, a citas imposibles,
piensa el hombre su voz remota, eterna.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.a

Resonó la Palabra entre las sombras . . .
Yo entre sombras la escucho, y en su canto
quiero vivir, quiero escuchar mi alma.

PEDRO PÉREZ-CLOTET

Madrid - 1941

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Martin Fierro, *por Héctor Basaldúa*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A PROPOSITO DE
Martín Fierro

NADIE discute hoy los valores de "Martín Fierro", pero esta consagración definitiva no le fué concedida de buen grado por los contemporáneos de su autor, quien, durante largos años, sólo mereció el desdén de los críticos y de los profesores de literatura. En el prólogo a una antología de poetas nacionales, hecha por Coronado, Juan Antonio Argerich calificó a Hernández, junto con Ascasubi, de "insoportablemente prosaicos". Pero sería un error atribuir esta malquerencia sólo a remilgos literarios, y parece más lógico buscar su causa en el contenido mismo del poema, en su sentido político, en la crítica sagaz de la realidad social de su tiempo que apenas disimula bajo formas poéticas. Eso es, ante todo, Martín Fierro: un alegato apasionado, un desafío a la polémica, la iniciación de un debate que se frustró en el principio, porque Hernández no halló contradictores que recogieran el guante.

Mas no dejó de provocar el malhumor de los aludidos, y fué el General Mitre quien, en carta dirigida a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hernández hacia 1879, señaló su intención beligerante con estas claras palabras de censura:

"No estoy del todo conforme con su filosofía social, que deja en el fondo del alma una precipitada amargura, sin el correctivo de la solidaridad social. Mejor es reconciliar los antagonismos por el amor y por la necesidad de vivir juntos y unidos, que hacer fermentar los odios, que tienen su causa, más que en las intenciones de los hombres, en las imperfecciones de nuestro ser social y político".

Esos "antagonismos", que Mitre veía fermentar en "Martín Fierro", eran el resultado de una lucha que había venido desarrollándose a lo largo de la historia argentina, desde 1810, entre los elementos nacionales, la población auténticamente argentina, y los agentes de una política extranjerizante que, por odio a España, procuró desde el primer día sustituir la población nativa con multitudes traídas de otras partes. Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia fueron los primeros caudillos de esa política de suicidas. El haber sido españoles, el seguir siendo hispánicos, por la raza, por la religión, por la cultura, por las costumbres, era, para ellos, el pecado original de los argentinos, del cual debían redimirse si aspiraban a pertenecer al mundo del Progreso y de la Civilización. Había que romper con el pasado, repudiarlo, calumniarlo, aún atribuirle todas nuestras desgracias y... dejar de ser quienes éramos para convertirnos en cualquier otra cosa. Erigidos en improvisadores de la nueva nacionalidad, nuestros ideó-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

logos quisieron rehacerla conforme a su teoría del pueblo feliz, y se propusieron transformar el pueblo argentino en un conglomerado monstruoso de gentes extrañas traídas de todas partes.

La imposición a sangre y fuego de este sistema trajo las luchas civiles, la reacción del ser nacional en defensa de sí mismo, las pasiones terribles que separaron a uno y otro partido, y de este curioso modo el odio a España se transfiguró con el tiempo en odio al criollo, al descendiente de los conquistadores, al nativo del país, al "bárbaro" que combatía contra el triunfo de la Civilización.

Las campañas, naturalmente, se levantaron en primer término contra esa política extranjerizante, y sus habitantes cayeron por eso mismo bajo el anatema de los que la sostenían. No tiene otra explicación el odio al gaucho, cuya sangre no debía ser ahorrada, origen de la anarquía, causa de todas las desgracias nacionales, valla permanentemente opuesta a cualquier tentativa del progreso. El señor Rivadavia organizó su persecusión ya en 1812 y la continuó más tarde como ministro de Martín Rodríguez y desde la Presidencia de la República. En la legislación que lo ha hecho famoso, opuso al argentino de las campañas el inmigrante, como rival con privilegios en la distribución de la tierra y las funciones del trabajo. Hipotecó todo el territorio nacional para llevar adelante el plan de colonización del país con poblaciones europeas. No tuvo otro objeto el empréstito inglés de 1825. Mediante la ley de enfitéusis, quitó al nativo toda posibilidad de adquirir en propiedad la tierra pública e ideó el sistema

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de entregar esta tierra en arrendamiento a los colonos extranjeros, cuya inmigración organizaba desde el gobierno. No creó para el argentino ninguna fuente nueva de trabajo y de "progreso", manteniéndolo obligatoriamente en su condición invariable de peón de estancia, cuyo abandono constituía un delito que transformaba en "vago" al delincuente, es decir en soldado de las luchas contra el indio, cuyo destino militar consistía de este modo en conquistar nuevas tierras para el extranjero. En ningún país del mundo se inventó jamás un sistema tan abominable de esclavitud y de despojo.

Desde los tiempos famosos de Rivadavia eran, pues, profundamente verdaderas las quejas de estas estrofas:

Monté y me encomendé a Dios,
Rumbiando para otro pago;
Que el gaucho que llaman vago
No puede tener querencia,
Y ansí de estrago en estrago
Vive yorando la ausencia.

El anda siempre juyendo,
Siempre pobre y perseguido.
No tiene cueva ni nido
Como si juera maldito;
Porque el ser gaucho . . . caramba
El ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta.
Lo larga éste, aquél lo toma,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nunca se acaba la broma;
Dende chico se parece
Al arbolito que crece
Desamparao en la loma.

Y se cría viviendo al viento,
Como oveja sin trasquila
Mientras su padre en las filas
Anda sirviendo al Gobierno;
Aunque tirite en invierno
Naides lo ampara ni asila.

Le llaman "gaucho mamao",
Si lo pillan divertido,
Y que es mal entretenido
Si en un baile lo sorprienden;
Hase mal si se defiende,
Y si no, se vé . . . fundido

No tiene hijos, ni mujer,
Ni amigos, ni protetores,
Pues todos son sus señores,
Sin que ninguno lo ampare.
Tiene la suerte del güey.
¿Y dónde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto;
Y, si de hambre medio muerto,
Le echa el lazo a algún mamón,
Lo persiguen como a pleito,
Porque es un "gaucho ladrón".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra;
No lo perdonan si yerra
Que no saben perdonar,
Porque el gaucho en esta tierra
Sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones.
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre,
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto;
Si no aguanta, es gaucho malo.
¡Déle azote, déle palo!
¡Porque es lo que él necesita!
De todo el que nació gaucho,
Esta es la suerte maldita.

Vamos, suerte, vamos juntos,
Dende que juntos nacimos,
Y ya que juntos vivimos,
Sin podernos dividir.
Yo abriré con mi cuchillo
El camino pa seguir.

En la época de Martín Fierro, la política inmigratoria de Rivadavia, cuyo nuevo plan trazara Alberdi

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en las Bases, era todo el programa de gobierno de los vencedores de Caseros. Traducía siempre el odio a lo español y a lo argentino tal como era, al hombre de la realidad nacional. No ahorrar sangre de gauchos fué el lema de Sarmiento y de Mitre, también discípulos de Don Bernardino, como el otro. Los habitantes de las pampas y los llanos, en cuyas pulperías seguíase gritando ¡Viva Rosas!, veinte años después de su caída, levantábanse siempre detrás de sus caudillos, como nuevas reencarnaciones de la resistencia nacional. Una batalla perdida podía significar hasta la vuelta de Don Juan Manuel. Ese era el terror que tradujo más de una vez Rufino de Elizalde en la Legislatura de Buenos Aires. El asesinato de El Chacho, ordenado, evidentemente, por Sarmiento, fué una de las consecuencias brutales de ese estado de ánimo que vivían los hombres del partido unitario.

Añádase a esto el temor que también inspiraba la posibilidad de una conquista violenta de nuestro territorio por los ejércitos europeos. En las Bases, cuya Introducción es la página más ignominiosa que haya podido escribir nunca un argentino, Alberdi había declarado abiertamente que estábamos usurpando estas tierras a la Civilización. Detentábamos su dominio exclusivo con injusticia, porque, en realidad, no eran nuestras, sino del mundo, en virtud de la "ley de dilatación del género humano". España había impedido que esta ley se cumpliera en América, y nosotros, pueblo de "complexión inferior", persistíamos en el mismo error funesto. Pero la ley se cumpliría fatalmente, bien por los medios pacíficos, bien por la conquista de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

espada. Había, pues, que optar, y Alberdi optaba por la entrega pacífica de nuestros territorios a las poblaciones extranjeras, para que "la dilatación del género humano" se operase sin sangre y sin violencia. Ese es el pensamiento político de las Bases, cuyo autor lo expresa claramente al decirnos que sólo procura establecer en su libro el sistema mediante el cual se habría de cumplir la invasión civilizadora.

Entretanto, la imagen falsa del gaucho que se había construído en las ciudades lo exhibía inferior a su realidad, como valor humano y como elemento social. Los gobernantes de la época lo identificaban casi con el indio del desierto, dominado todavía por los instintos, desprovisto de sentido moral, cruel hasta la ferocidad, vago y vicioso por naturaleza, y sin otras cualidades descollantes que las de su coraje de bárbaro y sus aptitudes para la vida de los ejércitos en campaña. La palabra gaucho era una síntesis de los vicios más execrables y tomaban el sentido de una injuria para denigrar al adversario político. En la realidad, sin embargo, designaba al descendiente de los conquistadores, al guerrero de la independencia, al soldado de las fronteras que, en sus luchas contra el salvaje, prolongaba la Conquista incorporando nuevas tierras a la nación. Era todavía el conquistador de América, que no había concluído su empresa de siglos.

Contra aquella ingratitud y aquella injusticia se levanta la voz de José Hernández. Su poema restaura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la imagen adulterada del gaucho, del argentino de los campos y le devuelve su brillo propio.

"Me he esforzado —dice él mismo— sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que le es peculiar; dotándolo de todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crímen, y con todos sus impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado".

El personaje que surge del poema, Martín Fierro, copia fiel de la realidad, nos revela, a través de sus aventuras, todas las tendencias y sentimientos fundamentales del hombre civilizado y una organización de aptitudes superiores cuya originalidad, tan vigorosa en sus rasgos más característicos, excluye cualquier posibilidad de paralelo con tipos populares de otras regiones de la tierra. Es siempre el español, como lo destacan con tanta autoridad Menendez y Pelayo y Unamuno, pero de tal modo adaptado a su tierra propia que ésta imprime a su fisonomía física y espiritual un sello original e inconfundible. Se distingue fundamentalmente del infiel en que tiene un pasado que es parte de su naturaleza. El indio carece de memoria y no se ha independizado de la materia y los instintos. En el gaucho, la vida interior, la vida del alma, es lo que mejor define su psicología de hombre civilizado en quien la rusticidad del medio no ha podido destruir sus caracteres fundamentales definitivamente consolidados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Es naturalmente poeta. "Canta —dice Hernández— porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico que domina en su organización y que lleva hasta el extraordinario extremo de que todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes, son expresados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intención". Nada de esto pudo venirle de una educación que no le daban los gobiernos. Los pensamientos que traducen musicalmente esas sentencias populares nacen de la reflexión espontánea ante el espectáculo del mundo y de la vida, y coincide substancialmente con la sabiduría proverbial de todos los grandes pueblos de la tierra.

Hernández nos presenta en "Martín Fierro" la imagen restauradora del gaucho, en un intento desesperado de devolverle el prestigio perdido bajo la prédica calumniosa de los políticos de su época. Así lo muestra dotado de potencias insospechadas por los hombres de las ciudades. Son expresiones naturales de su alma y de su inteligencia la emoción religiosa, la solidaridad humana, la piedad por los débiles, la aptitud de comprender y admirar desinteresadamente, el hábito de la reflexión, el pudor y la dignidad personales, el espíritu de sacrificio y la resignación estoica en el infortunio, el valor moral y el coraje físico y, a despecho de su individualismo exagerado y de su genio vivo y levantisco, el acatamiento de la autoridad y de las jerarquías legítimas, que a sus ojos se concentran en el caudillo, a quien obedece, cuando está a sus órdenes, con la lealtad de las sombras.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y este ser tan original, tan rico en posibilidades magníficas, tan apto para superarse rápidamente, no por imposición arbitraria de modalidades y costumbres extrañas a su ser, sino mediante la realización de sus propias potencias, lo que hubiera constituído su verdadera cultura, el perfeccionamiento de su personalidad natural; este hombre así pintado por Hernández en las páginas de "Martín Fierro" era el mismo a quien, por un lado, se lo asimilaba al indio, calumniándolo, y, por otro, se le quería convertir en el "obrero inglés" de los sueños alberdianos.

Una aspiración cultural estrafalaria, concebida en lecturas incoherentes, le declaró la guerra y los filósofos "de las luces" decretaron que el argentino no podía ser la base de la argentinidad.

"Martín Fierro" es un desafío, una invitación al debate, a la lucha. Su inspiración política, su espíritu polémico, surge del texto mismo del poema. Lo que Hernández censura en la literatura gauchesca anterior es la ausencia de ese espíritu, de esa inspiración. En su carta a Miguens, escrita en Diciembre de 1872, le pide que juzgue con benignidad su obra, "siquiera sea —dice— porque Martín Fierro no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como el "Fausto" y varias otras, son de mucho mérito ciertamente; sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y Vd. no desconoce que el asunto es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

más difícil de lo que muchos se imaginarán". Aludiendo, evidentemente a Ascasubi, añade después: "Quizá la empresa hubiera sido para mí más fácil y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reir a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso". Esta alusión fué recogida por Miguel Cané, quien en carta al mismo Hernández le dice: "Usted ha hecho versos gauchescos, no como Ascasubi, para hacer reir al hombre culto del lenguaje del gaucho, sino para reflejar en el lenguaje de éste, su índole, sus pasiones, sus sufrimientos, sus esperanzas".

El mismo reproche a los que le precedieron en el género aparece en dos estrofas del poema, claramente intencionadas. Una es de la primera parte, y dice:

Yo he visto muchos cantores,
Con famas bien obtenidas,
Y que, después de alquiridas,
No las quieren sustentar:
Parece que sin largar
Se cansaron en partidas.

La otra, que leemos en "La Vuelta de Martín Fierro", repite el concepto más claramente aún:

Yo he conocido cantores
Que era un gusto el escuchar,
Mas no quieren opinar,
Y se divierten cantando;
Pero yo canto opinando,
Que es mi modo de cantar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cantar aquí, no es simplemente *cantar* en el sentido poético. Hernández "canta opinando", y su canto es la protesta contra la "política social" de su época. De ahí que provocase la reacción malhumorada de Mitre en su carta, donde también se insinúa la defensa de Ascasubi y del Campo. Por lo demás, si no significara lucha y polémica su cantar, perderían sentido e intención los versos con que se inicia el "Martín Fierro", quedando reducidos a meros alardes de gaucho jactancioso. Hay un desafío claro en esas coplas primeras:

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar.
Nada lo hace recular
Ni las fantasmas lo espantan;
Y dende que todos cantan,
Yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pié del Eterno Padre;
Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra.
El cantar mi gloria labra,
Y, poniéndome a cantar,
Cantando me han de enterrar,
Aunque la tierra se abra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y en estas otras:

Con la guitarra en la mano,
Ni las moscas se me arriman.
Naides me pone el pié encima.
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir a la prima
Y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
Y torazo en rodeo ajeno.
Siempre me tuve por güeno,
Y, si me quieren probar,
Salgan otros a cantar
Y veremos quien es menos.

Sabe que no se le ha de dar cuartel, pero el peligro no lo amilana. No teme las represalías ni las venganzas de los poderosos y de los intrigantes: ni siquiera el destierro:

No me hago a un lao de la güella
Aunque vengan degollando.
Con los blandos yo soy blando
Y soy duro con los duros,
Y ninguno en un apuro,
Me ha visto andar tutubiando.

Soy gaucho, y entiendanló
Como mi lengua lo esplica,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para mi la tierra es chica
Y pudiera ser mayor;
Ni la víbora me pica,
Ni quema mi frente el sol.

En las coplas que siguen proclama altivamente su independencia. No le debe nada a nadie, ni pide nada de nadie, pero advierte que no es el odio lo que lo mueve a la lucha. Confundido ya con su héroe, símbolo de la nacionalidad desconocida, el relato de sus aventuras y sus desgracias será lo que explica la actitud militante de Hernández, su rebeldía de combatiente.

Nací como nace el peje
En el fondo de la mar;
Naides me puede quitar
Aquello que Dios me dió.
Lo que al mundo truje yo,
Del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del cielo.
No hago nido en este suelo
Donde hay tanto que sufrir;
¡Y naides me ha de seguir,
Cuando yo remuente el vuelo!

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas,
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Yo hago en el trébol mi cama
Y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
De mis penas el relato
Que nunca peleo ni mato,
Sino por necesidá;
Y que a tanta alversidá
Solo me arrojó el mal trato

Y atiendan la relación
Que hace un gaucho perseguido,
Que padre y marido ha sido
Empeñoso y diligente
Y sin embargo la gente
Lo tiene por un bandido.

Cuando Hernández escribió la primera parte de su obra, procuraba provocar —según nos lo dice Lugones— un levantamiento en las campañas de Buenos Aires contra el gobierno del General Mitre, dentro del mismo plan revolucionario que animaba López Jordán en Entre Ríos. De ahí, sin duda, su destierro de poco después, al fracasar la invasión del caudillo entrerriano. De este modo es explica también que Hernández continuase su poema en París, donde vivió los años de su extrañamiento.

Las estrofas con que comienza esa segunda parte constituyen una reafirmación del mismo propósito de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lucha que aparece visible en la anterior. La transcripción de solo algunas bastará para demostrarlo.

Gracias le doy a la Virgen,
Gracias le doy al Señor,
Porque, entre tanto rigor,
Y habiendo perdido tanto,
No perdí mi amor al canto,
Ni mi voz como cantor.

El campo es del inorante;
El pueblo del hombre estruido;
Yo que en el campo he nacido
Digo que mis cantos son,
Para los unos . . . sonidos,
Y para otros . . . intención.

Y no piensen los oyentes
Que de el saber hago alarde;
He conocido, aunque tarde,
Sin haberme arrepentido,
Que es pecado cometido
El decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
Y nadie me ladiará;
He de decir la verdad,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De naides soy adulón;
Aquí no hay imitación,
Esta es pura realidad.

De naides sigo el ejemplo,
Naide a dirigirme viene,
Yo digo cuanto conviene,
Y el que, en tal güella se planta,
Debe cantar, cuando canta,
Con toda la voz que tiene.

Hay trapitos que golpiar,
Y de aquí no me levanto.
Escúchenme cuando canto,
Si quieren que desembuche:
Tengo que decirles tanto,
Que les mando que me escuchen.

La payada de Martín Fierro con el Moreno, cuya figura episódica dentro del poema debe de tener, sin embargo, una significación representativa, sirve a Hernández para insistir, ya entre burlas, en su actitud desafiante. Así dice Martín Fierro, al comenzar que "es deber de los cantores el cantar de contra punto" y que "hace mal el que se niegue, dende que lo sabe hacer". Que "quien se tenga confianza, tiemple y vamos a cantar":

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tiemple y cantaremos juntos,
Trasnochadas no acobardan—
Los concurrentes aguardan,
Y por que el tiempo no pierdan,
Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
Que tenga o no quien lo ampare,
No espere que yo dispare,
Aunque su saber sea mucho
Vamos, en el mismo pucho,
A prenderle hasta que aclare.

Todo el resto de la payada tiene, a no dudarlo, un doble sentido, difícil de percibir. No en vano dijo el poeta:

Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar—
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Martín Fierro era un gaucho federal. Hernández no fué rosista en su juventud, pero sí hombre de Urquiza, cuando éste, quizá arrepentido de su obra, se había trabado en lucha con los hombres del partido unitario, sus adversarios de toda la vida. En la época de Don Juan Manuel nació y vivió, por lo demás, su primera juventud Martín Fierro. Lo recuerda con emo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción y con nostalgia en el segundo canto del poema, como ya lo advirtió hace muchos años Don Ricardo Rojas.

La primera copla de ese canto parece ser una alusión a los gobernantes de la hora —antiguos emigrados en Montevideo, Bolivia y Chile— quienes con tanta frecuencia, recordaban en sus alegatos retóricos las amarguras que habían vivido en el exilio. Termina claramente en una amenaza:

Ninguno me hable de penas,
Porque yo penando vivo,
Y naides se muestre altivo,
Aunque en el estribo esté,
Que suele quedarse a pié
El gaucho más alvertido.

La evocación de los tiempos felices, vividos bajo el gobierno del Restaurador, inspira al poeta conmovidas estrofas en que nos describe la vida de los gauchos en los campos y en las estancias:

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía,
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
Cómo pasaba los días

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ricuerdo!... ¡qué maravilla!
Cómo andaba la gauchada
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo;
Pero al presente... barajo!
No se la ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
Tenía tropilla de un pelo,
No le faltaba un consuelo,
Y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista,
Sólo vía hacienda y cielo.

Aquello no era trabajo,
Más bien era una junción,
Y después de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Pa darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Venía la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada,
Los pasteles y el güen vino.
Pero ha querido el destino
Que todo aquello acabara.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El contraste con los tiempos nuevos, los de los gobiernos de Mitre y de Sarmiento, aparece pintado con vivos colores:

Estaba el gaucho en su pago
Con toda seguridá,
Pero aura... ¡barbaridad!
La cosa anda tan fruncida,
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridad.

Pues si usté pisa en su rancho
Y si el alcalde lo sabe
Lo caza lo mesmo que ave
Aunque su mujer aborte...
¡No hay tiempo que no se acabe
Ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto
Si el alcalde lo bolea,
Pués áhi no más se le apea
Con una felpa de palos,
¡Y después dicen que es malo
El gaucho si los pelea!

Ahi comienzan sus desgracias,
áhi principia el pericón;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Porque ya no hay salvación,
Y que usted quiera o no quiera,
Lo mandan a la frontera
O lo echan a un batallón.

La legislación rivadaviana de persecusión al "vago" se había restablecido en todo su rigor inhumano. Con el agravante de que ahora se lo utilizaba en la guerra civil. Para engrosar sus ejércitos contra Urquiza, el General Mitre y sus amigos del gobierno ordenaban que se reclutaran "vagos" en toda la provincia. No existía tampoco otro sistema de leva para organizar la lucha contra el indio en las fronteras. El criollo no servía sino para esto, para guerrear por causas que desconocía, para conquistar nuevas tierras a las tolderías. Entretanto, los inmigrantes seguían ocupando las mejores zonas, como "civilizadores" del país. Al mismo tiempo la empresa conquistadora era considerada deshonrosa en si misma, puesto que sólo se le destinaban los "viciosos" y "mal entretenidos". No concedía títulos ni derechos. Constituía el castigo impuesto a los malos ciudadanos. Y como estos eran reclamados en grandes contingentes por las necesidades de la guerra, cualquier falta, de cualquier índole era causa suficiente para que se declarara "vago" al más laborioso. Cuando la falta no había sido cometida, se la inventaba. Esa era la misión de los comisarios de campaña y de los jueces de paz. En los fortines, los *milicos* eran estafados directamente por sus jefes inmediatos y los pulperos, siempre entendidos entre sí. Este sistema de corrupción en que consistía la verdadera barbarie nacional, era estimulado aún desde

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

arriba por gobernantes que aceptaban todas las injusticias y cerraban los ojos a todos los latrocinios.

El poema de Hernández expresa, pues, en el arquetipo creado, la nostalgia y el abandono del hombre de nuestras tierras. Hijo del conquistador español, llevaba permanentemente dentro de sí el ansia de dilatar el espacio que lo limitaba. Y esa tendencia que, en su primitiva y auténtica significación, había expresado el deseo de agregar al mundo verdaderamente civilizado lo que era presa de la infedilidad y la barbarie, quiso interpretarse por los teóricos de la "pseudo-civilización" como una peligrosa tendencia a la vagancia. Desgraciadamente en eso podía degenerar el instinto conquistador del gaucho. Su atavismo lo llamaba a la aventura, al viaje continuo. Era *naturalmente* un hombre sin domicilio. Su vocación era un instrumento dócil para transportar la cultura a los pueblos que carecían de ella. Abandonado el gaucho —sin embargo— quitada su misión civilizadora, aislado de los que debían proporcionarle aquello que daba sentido a su existencia, y menospreciadas —sobre todo— las antiguas formas de vida por otras nuevas y engañosas, quedó solo, con su instinto aventurero y ambulante. Su sencillez le impedía ver —quizá— la profundidad y el alcance de estos cambios, pero su sensibilidad y su honor se sentían heridos por tal abandono. No obstante su aguda intuición, le habría sido difícil percibir los motivos de esta nueva actitud del hombre de la ciudad, por eso su soledad quedaba sin explicación y sin consuelo alguno. Sólo conocía la realidad de su miserable vida, colocada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

al margen de las sociedades por los gobernantes *cultos* y extrangerizantes.

"Martín Fierro" no es, sin embargo, sólo un lamento del gaucho abandonado y paria, es también —y fundamentalmente— un canto lleno de patriotismo y de lozana ingenuidad.

ROBERTO DE LAFERRERE



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS POBRES

LOS pobres de mi Señor Jesucristo no tienen donde apoyar su cabeza,
como mi Señor, tampoco tenía dónde; ni en un respaldo de piedra.
Ellos ambulan las noches frías de invierno de puerta en puerta
pidiendo un poco de pan o un poco de leche que dé calor a sus manos yertas.

No tienen elegancia ni agradable aspecto, sus ojos están hendidos por el llanto;
y saben que muy pocos se compadecen de su falta de higiene y de su quebranto;
son muy pocos los que ven bajo sus manos sucias la divina mano;
son muy pocos los que enjugan sus lágrimas con un respeto santo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ellos van de puerta en puerta, golpeando en las noches crueles;
pero hay más frío en el corazón de los ricos que escuchan comodamente
ese quejido del que está crucificado entre el ludibrio de los infieles
y que no han oído lo del avaro y lo del leproso doliente.

Porque ellos no saben quién es ese Visitante que llama todas las noches
y que espera en las puertas de las iglesias cuando las campanas amanecen en su cántico de bronce;
no saben de quién es esa boca sedienta que pide lo que los perros no comen
y que tiene más sed de amor que de los manjares mejores.

¿Por qué no pide el rico también un poco de limosna?
¿Por qué no inclinarse ante los andrajos de ese pobre que llora
y que sólo tiene un atadijo con su pan duro y su ropa
y que tiene por encima de todas las cosas hambre de misericordia?

¿Por qué no pide un poco de pan ese rico desamparado?
¿Por qué está solo, sin el Pan de vida, en su silencio solitario?
¿Por qué no cambia su tristeza y su aburrimiento amargo
por la sonrisa de aquel pobre que nada tiene pero que todo lo ha ganado?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡Oh! vosotros los pobres, que llegais a mí en busca de hospedaje,
dadme un poco de vuestra riqueza y de vuestra humildad y de aquella sencillez que tienen los de vuestra clase;
no creais que soy mejor que vosotros porque doy lo que me sobra y porque os compadezco por algunos instantes,
más bien tened compasión de mí y no dejéis de venir de cuando en cuando a despertarme.

Pero no basta para ser pobre tener los bolsillos vacíos;
hay que tener vacío el corazón y ofrecerlo como un vaso que se brinda a los labios de un amigo
para que beba en él todas nuestras lágrimas y todo nuestro agradecimiento infinito
y para que nos dé también un poco de aquella agua que se nos dió en el bautismo.

Porque no es lo mismo ser pobre que ser un rico miserable;
aquellos ricos llenos de harapos pero con los ojos encendidos en venganzas terrenales,
aquellos que maldicen la pobreza que santificó un Niño cubierto con unos pobres pañales
cuando el Mundo llegaba a la mitad de su carrera infatigable.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Es verdad que por aquellos ricos tiene Dios un poco más de misericordia,
al fin y al cabo ellos también tienen hambre y frío y quizá no le conozcan;
si le hubieran conocido, sin duda le hubieran amado como se ama a un compañero que padece las mismas cosas,
como se ama a un camarada que viaja a nuestro lado en un camino de congojas.

Pero Jesucristo conoce a sus pobres como un pastor conoce a su aprisco
y conoce a aquellos que no niegan el agua a la sed de sus hijos,
a aquellos que no niegan el llanto al dolor de sus pobrecitos,
a aquellos que han de estar a su diestra en el día grande del Juicio.

JOSE MARIA DE ESTRADA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LO ETERNO Y LO TEMPORAL
en el Arte

TODO ser finito está abierto a una plenitud ontológica señalada en su propia naturaleza. La perfección no la alcanza un ser sino por la proyección activa de su forma específica hacia una meta, a la que esencial y necesariamente se encuentra encauzada. Cada naturaleza lleva surcada sus entrañas con este movimiento hacia su propio bien, hacia su perfección específica.

Y a la verdad, si todo ser es lo que es y tiene todas sus notas determinantes por su forma, también su actividad propia emergerá de esta raíz constitutiva de toda realidad. De aquí que la actividad de un ser sea de la misma naturaleza que la de la substancia o forma de que procede y se constituya como su proyección ontológica hacia su perfección. "*Agere*, dice S. Tomás, *sequitur esse*"; "la actividad sigue al ser." Principio que luego se aplica a cada una de las actividades específicas: cada uno obra, conoce y apetece según el modo de ser de su esencia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Rica o pobre, material o espiritual, específica o subordinada, toda naturaleza está dotada de una inclinación hacia la plenitud de su perfección, de su acto.

Semejante actividad denuncia a la vez la perfección y la imperfección esencial de una substancia: la *perfección*, pues la forma es poseedora de una capacidad activa de actualizar su ser; la *imperfección*, pues la actividad señala una ausencia, una potencia, que ella precisamente tiende a colmar.

2. — Frente a todo ser se levanta un fin, bien o perfección, como término del movimiento de su actividad. Es este fin o bien específico, quien da la razón última del modo del ser y actuar, de la *naturaleza* de un ser. Las cosas tienen sentido, cuando se conoce su naturaleza o forma, y ésta con su actividad consiguiente sólo alcanza esclarecerse plenamente a la luz del último fin, que ha determinado su existencia y su movimiento específico.

Todo ser, que no es plenitud del Ser, Acto puro o Dios, se nos da como algo que es y como algo que no es y para lo cual ha sido hecho: *naturaleza del ser* y su correspondiente Fin o Bien son los términos inicial y terminal, respectivamente, que señalan la dimensión y dirección del movimiento ontológico de un ser hacia su plenitud.

3. — También y principalmente el ser humano se nos presenta como una realidad, ante todo y específicamente espiritual dirigida, bajo este aspecto superior de su ser, a la Verdad y al Bien, a la plenitud de toda Verdad y Bien.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nuestras facultades espirituales, inteligencia y voluntad, pueden entender y querer, respectivamente, esta o aquella verdad o bien determinado, pero en realidad el término de su movimiento profundo, el fin al que natural e incoerciblemente se dirigen no es esta o aquella verdad, este o aquel bien, sino la Verdad y Bien en sí, infinitos. Precisamente por esta esencial orientación hacia la Verdad y Bien en sí, podemos encaminarnos a toda y cualquier verdad y bien, sin saciarnos jamás, porque la Verdad y Bien infinitos, vislumbrados en cada verdad y bien determinados, como el Ser en sí, reflejado en cada ser particular, están presentes tras éstos, como para movernos a su apetencia, sin ser nunca alcanzados en la presente vida. Esa es la raíz profunda de la insatisfacción humana en la conquista de la verdad y del bien; la fuente perenne de la inquietud —a las veces rayana en angustia— de los sabios, y del anhelo de perfección — jamás colmado en la presente vida — de los santos.

Hecho para una Verdad y Bien infinitos, por una parte, y privado de su posesión actual, por otra, toda la actividad humana se desplaza entre estos dos términos, como el recorrido de nuestra substancia hacia su plenitud.

4. — De esta situación vial y transitoria de nuestra existencia empujada por su naturaleza a la conquista de su bien supremo, no poseído, como al término definitivo de su ser, surge la *praxis humana*, la actividad de los medios para aproximarse y prepararse a conseguir ese fin. Esta actividad práctica, abraza al hombre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

todo entero, porque directa o indirectamente, todas sus facultades específicas o subordinadas se dirigen a la posesión del Bien infinito o último fin de nuestra naturaleza.

La raíz intrínseca de la practicidad humana reside en la voluntad, quien en la ausencia de su bien, es esencialmente *tendencia* nunca plenamente satisfecha, así como en su posesión es tranquilidad y goce de satisfacción exhaustivamente cumplida. Ella es la fuerza que pone en acción y dirige todas las demás facultades inferiores e incluso a la misma inteligencia hacia la conquista de la perfección humana.

Pero toda actividad práctica es vial y transitoria, como el camino lo es a su término. En realidad, la práctica se dirige y desemboca en la contemplación especulativa, por la que la inteligencia se posesiona del supremo Bien o Fin como Verdad. Porque si la voluntad tiende hacia el Ser como Bien, sólo la inteligencia es capaz de captarlo y poseerlo. Y por eso el acto supremo de la perfección humana, la posesión del último fin, del supremo bien, es esencialmente un acto de la inteligencia especulativa. De aquí que, abrazando en su totalidad la actividad humana, la actividad práctica y la voluntad misma de que dimana están subordinadas y sirviendo a la especulativa de la inteligencia, y todo el orden práctico se constituye como algo transitorio.

5. — Ahora bien, esta actividad práctica, que comprende interpenetrada con la voluntad y facultades ejecutivas a ella sometidas, también a la inteligencia que se le subordina para encauzarla y dirigirla al fin deter-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

minado en el juicio práctico, puede encaminarse ya inmediatamente a la posesión del fin o bien del hombre, a su perfección específica, ya a la realización o posesión de un bien extrínseco a él y sólo mediatamente dirigido al bien humano, punto final al que necesariamente va a desembocar toda nuestra actividad. La primera constituye el desenvolvimiento del ser humano y se realiza en la inmanencia del propio *obrar*, (en griego: πράττω) la práctica estrictamente tal; la segunda, en cambio, trasciende el propio sujeto espiritual y va a incrustarse con su efecto en los seres de la naturaleza material distintos del hombre o, cuando menos, en las facultades orgánicas inferiores, dirigidas a su propio fin inmediato: es la actividad práctica dirigida inmediata y directamente a un bien particular y no al bien en sí. último fin del hombre, es el hacer (en griego: ποιέω) la poiética o actividad "*artística*", que llamaba Aristóteles, y que hoy podríamos traducir con el nombre de "*técnica*".

La técnica o actividad artística intenta imprimir una finalidad en el ser material a fin de valerse luego de él para coadyuvar a la propia perfección humana. Autónoma como es, esta actividad con su fin y reglas propias de él derivadas, no es sin embargo independiente, se sitúa con sus propios efectos, los *artefactos*, como medio de la actividad práctica estrictamente tal o moral, por la que el hombre se encamina a su perfección específica.

6. — Es su misma naturaleza, compuesta de alma y cuerpo, de una alma que no puede desarrollar su ac-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tividad propia sin la colaboración de los sentidos, quien hace necesaria y conduce al hombre al desarrollo de esta actividad práctico-técnica, y que la actuación y bienestar del cuerpo y de su vida orgánica —indispensable para el desenvolvimiento espiritual— sea imposible sin los medios o *arte-factos* elaborados por la técnica. Estos *arte-factos* no son sino los instrumentos materiales, convenientemente empleados y modificados para su utilización. La actividad práctica bajo la dirección de la inteligencia les imprime una finalidad —el "espíritu objetivo", dice la filosofía moderna impregnada de subjetivismo— es decir, una forma accidental para el logro de un fin o bien preciso.

Esta actividad práctico-técnica o del *hacer*, encaminada a un determinado fin, a la creación material de la belleza, es lo que constituye el *arte* propiamente tal, en el sentido corriente moderno de este vocablo. La creación artística, encarnación de la belleza, es el único modo con que el hombre, alma substancialmente unida a una materia, puede expresar y realizar la forma de lo bello. Nada puede trascender nuestra propia inmanencia espiritual para llegar a los demás, sino es por el trámite de la materia, así como nada puede entrar en nosotros, ni siquiera los conceptos más elevados e inmateriales, sino es a través de la experiencia de los sentidos y, consiguientemente, mediante los objetos materiales. La materia es, por eso, el punto de apoyo de toda nuestra actividad así especulativa como práctica: por ella viene el ser a nosotros (*actividad especulativa*) y por su intermedio vamos nosotros también al ser (*actividad práctica*, en su doble acepción de obrar y hacer).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Es la condición de la naturaleza humana, substancia compuesta de alma y cuerpo, espíritu y materia, mezcla de inmortal y perecedero, la que se proyecta en su doble actividad: de *captación* del ser por el conocimiento, y de *movimiento* o tendencia hacia el ser por la práctica. Teorética o práctica, toda la actividad humana, como continuación suya, refleja la constitución esencial de su naturaleza: espíritu y materia, o mejor, espíritu encarnado. En sus elucubraciones más elevadas y alejadas del mundo corpóreo como en las creaciones artísticas más sublimes, el elemento material no ha desaparecido, más aún, es el fundamento sin el cual toda la actividad y creación espiritual se desvanecería, así como en los conocimientos más simples de los objetos materiales o en las técnicas más pesadas, el espíritu imprime el sello de su inmaterialidad.

7. — No es esta actividad humana, sin embargo, el objeto al que vamos a aplicar nuestra atención en estos momentos, sino uno de sus efectos tan sólo: el de la actividad *poiética* o técnica reducida a la creación de belleza. Si hemos señalado las líneas fundamentales del ser y de la actividad humana, ha sido tan sólo para ubicar mejor y desde su raíz el tema de este trabajo. La obra artística no es sino sector tan sólo, el más espiritual sin duda, de la actividad práctica del *hacer*, directamente dirigida a un fin extrínseco al propio del hombre: la realización de lo bello en la materia.

8. — La obra artística se constituye de un modo análogo al de la obra natural, y como ella está com-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puesta de materia y forma, de un elemento material y de otro inmaterial. Sólo que mientras la obra natural —la cuasi-obra artística de Dios— consta de materia y forma substancial, que la constituye en una determinada esencia, la obra de arte del hombre se constituye sobre el ser natural con la sobrecarga de una forma accidental, que ha de encarnar la belleza. Y esa es precisamente la grandeza del arte: que con elementos tan frágiles, como las formas accidentales materiales, que no llegan a modificar la esencia del ser corporal, ha de plasmar el "*splendor formae*", encarnar la belleza. Esa analogía que la obra de arte guarda con la obra natural, nos permitirá iluminar la constitución de aquélla a la luz de la rica y coherente doctrina tomista sobre ésta.

9. — No podemos detenernos a profundizar en la metafísica de lo bello. Bástenos decir que la belleza es un transcendental del ser, identificada con él, y que ella se realiza en el mismo grado de realización del ser o acto, desde el Acto Puro de Dios hasta el acto del ser corpóreo sumergido totalmente en la materia. Tratándose de la belleza proporcionada al alcance del hombre, S. Tomas la define como el "splendor formae", la forma, es decir, el elemento constitutivo inteligible del ser, brillando y como sobresaliendo y dominando la materia. La belleza no es sino la forma en cuanto bien de la inteligencia, la forma no como inteligible sino en cuanto bien que engendra el goce del apetito natural del entendimiento hacia la verdad, el *gaudium de veritate* de S. Agustín.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

10. — Ahora bien, esta forma de belleza, este elemento natural y eterno, no llega a plasmarse en la obra de arte sino a través de dos encarnaciones temporales sucesivas: una inmanente en las formas imaginativo-sensibles del artista y otra trascendente en las formas de los seres materiales.

Para efectuar su obra, el hombre necesita primeramente concebirla, trazarse el modelo o idea ejemplar que lo dirija. La psicología demuestra que toda idea tiene su origen en los sentidos y que el entendimiento sin estas ventanas que le traen la luz inteligible del ser, quedaría encerrado en la obscuridad y la inacción. Tampoco el ideal de belleza, que el hombre quiere realizar en el mundo externo, puede forjarlo en su inteligencia sino es trabajando sobre los elementos tomados de la realidad. El hombre aprende a hacer su obra contemplando la obra de arte de Dios, la naturaleza, y tomando de ella los elementos iniciales de su concepción artística, que luego transforma y hasta sobrecarga con significaciones analógicas, que los sobrepasan.

Ahora bien, las obras naturales, las obras bellas de Dios, no son sino la realización de una forma en el seno de la materia. La forma es quien constituye a las cosas en lo que son, la raíz de su perfección, y quien les otorga su unidad substancial, no obstante la multiplicidad de sus partes. Pero, según dijimos más arriba, toda forma es bella, como acto o perfección que es. Por eso, la realidad sensible es bella en la proporción de la superioridad de la forma sobre la materia y, consiguientemente, de su unidad resplandeciente en la multiplicidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En posesión de las formas sensibles por su conocimiento intelectual a través de los sentidos, el hombre llega a elaborar con ellas conceptos análogos, con los que toca las formas espirituales y logra alcanzar hasta el mismo Acto Puro o Forma Subsistente de Dios.

En un movimiento práctico-poiético desde su raíz, con todos esos conocimientos, inicialmente tomados de los seres sensibles, y con las emociones estéticas con que van ellos impregnados, el artista crea así su ideal, una cuasi-forma nueva de belleza.

Mas el movimiento práctico que ese ideal encierra desde sus raíces más profundas del espíritu, no se realiza sino es encarnándose en los elementos de la imaginación y de la sensibilidad, no toma realidad artística ni siquiera en la inmanencia creadora, sino es en las formas sensibles de que se reviste. Quien sólo concibiese en el seno de la inteligencia un ideal de belleza por expresar y no supiese encontrarle las formas sensibles que lo encarnen y produzcan el goce estético correspondiente, no sería un artista. En esta forma sensible que su imaginación creadora le sugiere, el artista encuentra su lenguaje, su verbo. Más aún, como la idea ejemplar de belleza desde el comienzo de la creación artística tiende a su realización extrínseca, del mismo modo, sólo llega a forjarse plenamente en el esplendor con que la imaginación creadora, con los elementos emotivos consiguientes, la reviste. Recién entonces la concepción desciende al mundo de la belleza humana —espíritu y materia— y adquiera la eficacia de idea ejemplar de una obra de arte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La concepción artística, como la obra de arte que dirige, y como la misma obra natural, la obra de arte de Dios sobre la que se calca, encierra estos dos elementos irreductibles so pena de deformación esencial: lo formal inmaterial y eterno, la forma bella en sí, y lo temporal, la materia o expresión sensible adecuada en que se encarna en el interior del artista, primero, en un movimiento trascendente que la capacita para poder dirigir después, como idea ejemplar encarnada, la actividad estrictamente práctica de su ejecución material.

Sin el aliento de inspiración creadora, que arranca de lo más profundo del espíritu, podrá constituirse la idea factible de una obra técnica, pero nunca artística en sentido estético: estaría ella privada de su elemento esencial y su realización sería el desvío más profundo de la poesía o del arte, como que encierra la exclusión del alma misma de éste, de su elemento que le otorga su belleza. Sin el elemento material adecuado, que trasunte más o menos transparentemente en formas sensibles esta forma interna de belleza, el arte se desnaturaliza como obra humana, muere como muere el hombre cuando el alma no encuentra un cuerpo adecuado al ejercicio de su vida. La concepción del arte se mueve, pues, entre dos elementos extremos que la constituyen: la belleza como su alma, como elemento eterno, que con la perfección de la forma trasciende su encarnación temporal de la materia, y las formas sensibles como su expresión o cuerpo, como elemento temporal que la sustenta.

11. — La idea ejemplar, comprendiendo en ella también los elementos imaginativos y emotivos de que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se reviste ya en la mente creadora para la dirección de la ejecución de la obra artística externa, a la inversa del concepto que llega a la realidad en la inmanencia de su verbo mental por la identidad intencional con ella, se pone en movimiento hacia su realización material trascendente, busca en las formas sensibles su cuasi-verbo material que le dé expresión y existencia en sí de un modo permanente.

De aquí que el movimiento práctico del arte no se detenga en la idea ejemplar. Elaborada en las capas más profundas del espíritu, tiende a su encarnación y vida propia en la realidad sensible.

12. — La belleza, como forma pura que encierra en la simplicidad y transparencia de su ser un ideal en cierto modo infinito y eterno, desbordante de toda limitación temporal o espacial, no encuentra su expresión o verbo sino en las formas sensibles, primero y vialmente en la imaginación creadora y en la sensibilidad del artista y luego, definitivamente, en la realidad sensible, término de la órbita recorrida por la actividad creadora del arte.

Como la forma substancial, que según la doctrina tomista, cuando es pura o subsistente se individualiza por las mismas notas específicas, de tal manera que encierra toda la perfección de la especie y es, consiguientemente, infinita, en su propio plano, trascendiendo toda limitación de espacio y tiempo, del mismo modo ocurre con la forma substancial pura de belleza en el orden ontológico (los ángeles y sobre todo Dios en un sentido de infinitud absoluta o en toda perfección)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y también con la forma de belleza que surge de las entrañas mismas creadoras de la inteligencia del artista, en una suerte de conocimiento intuitivo —no conceptual— por connaturalidad, que al carecer aún de formas sensibles, en las que logra su cuasi-verbo o expresión, encierra una suerte de infinitud.

Y del mismo modo también como las formas que no subsisten sino en la materia, son por eso limitadas e individualizadas en su perfección espècífica, también el bello ideal del artista es coartado con la limitación individual de las formas sensibles, primero más aladas y ágiles de la imaginación y emotividad del poeta, y después más rígidas de la materia sensible.

Más semejante dificultad de infusión de la forma bella en la materia se agiganta mucho más cuando quien ha de realizarla no posee en sus manos las formas substanciales del ser material y ha de introducirla en él mediante frágiles formas accidentales. La infinita belleza ideal del espíritu ha de volcarse en la pobreza y limitación de los rasgos materiales, y su rica unidad y simplicidad ha de substituirse y manifestarse en la multiplicidad de las formas de la realidad sensible. Mientras Dios expresa su idea ejemplar de belleza en un ser compuesto de materia y forma, el artista —quien, por lo demás, aun su mismo ideal ha de forjarlo a partir del conocimiento de las cosas sensibles— no puede hacerlo en un ser, sino en la multiplicidad accidental del "arte-factum", de un ser ya substancialmente constituído, en quien no hace vivir su creación sino mediante las modificaciones accidentales de la materia. El Moisés de Miguel Angel, desde el punto de vista de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la constitución esencial, no es sino un block de mármol *accidentalmente* modificado en sus líneas y figura. Su valor reside, precisamente, en que con formas tan frágiles y pobres, su autor haya podido infundirle tamaña belleza. Contrasta en el arte la grandeza de lo espiritual y de lo eterno con la pobreza del cuerpo en que se encarna. La forma interior de lo bello no puede encontrar jamás su lenguaje adecuado. El arte es siempre, por eso, el tormento del artista: tormento en su concepción y tormento en su realización, nunca es *su* obra, la que él antes había vivido en su imaginación y sensibilidad, y mucho menos la que antes había conmovido lo más íntimo de su espíritu. De ahí que entre el ideal artístico inenarrable y la concepción ya expresada en las formas de la imaginación y emotividad, y entre este ideal así formulado en la inmanencia del artista y su encarnación en la materia, media una distancia infinita, o mejor aún, un descenso infinito. Tal el origen de la angustia, la tortura de la gestación artística interna, este "ideal nunca expresado", que todas las formas de la imaginación no pueden encerrar, ni agotar las cuerdas de la sensibilidad, y a quien la encarnación en el barro siempre limita y desfigura mucho más todavía. No existe artista auténtico que ante su obra terminada no haya sentido la desilusión y el penoso desencanto y la nostalgia y —cuando la experiencia se repite— hasta una suerte de desesperación de impotencia de un ideal irrealizado o destrozado en los pesados rasgos materiales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

13. — Existe una gradación ontológica de las formas, según su independencia y superioridad, sobre la materia. Diríamos que toda forma por su concepto de acto, tiende a evadirse de la potencia de la materia y que el grado de su perfección está determinado por el grado en que logra esta evasión, en la medida de su inmaterialidad. Semejante independencia de la materia, cuando es total, trae consigo la amplitud o despliegue perfecto del acto de la forma, sin restricción individual limitante, espacial y temporalmente ejercida por la materia, con la consiguiente concentración y posesión intencional o transparencia inteligible de sí misma. Y en los grados intermedios, la forma alcanza su perfección actual en la precisa proporción de su desprendimiento material. Comenzando por la Forma no sólo inmaterial sino subsistente del Ser, en quien su Esencia o Forma es su misma Existencia (Acto Puro), descendiendo luego a las Formas puras de los seres creados compuestos de sola esencia y existencia, y siguiendo primero con las formas espirituales unidas a la materia, aunque independientes de ésta en su ser y obrar específico, y luego con las demás formas dependientes más y más de la materia en su ser y operar (de los seres sensibles, vivientes e inorgánicos), como la perfección del ser va descendiendo su inteligibilidad, de tal modo que al llegar a la esencia de los compuestos de materia y forma, ésta es inteligible sólo en potencia y necesita ser abstraído de la materia para obtener su inteligibilidad en acto. Sin embargo, para el hombre que conoce de un modo proporcionado a su ser compuesto de forma espiritual y materia —según el adagio de la metafísica to-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mista del "*agere sequitur esse*", "cada ser obra de acuerdo su forma o esencia"— el objeto formal propio de su inteligencia no es la forma pura, más inteligible en sí, ni mucho menos el Acto Puro de Dios, sino la forma de los seres sensibles, únicas con las que puede ponerse en inmediato contacto una inteligencia que no alcanza su acto sino por el ministerio de los sentidos.

En nuestra inteligencia, no entran directamente otras formas más que las de los objetos materiales. Las formas inmateriales sólo pueden llegar a nosotros por conceptos prestados de las cosas sensibles, que, purificados de sus elementos materiales por un proceso de abstracción, pueden significar, bien que de un modo impropio, algo que los sobrepasa pero con lo que conservan alguna analogía. La realidad inmaterial no entra en nuestra alma sino por la "puerta angosta" y pequeña del concepto del objeto material. Es así como nos formamos las ideas de los objetos más nobles de nuestro entender: inmaterialidad, espiritualidad, inmensidad, infinitud y Dios. Y aunque el modo de significar tales nociones es negativo —por imponerlo así el origen sensible de donde están tomados sus elementos— lo contenido en ellas es algo positivo y significado, sino con propiedad y claridad, al menos con justeza en el claro-obscuro del concepto análogo. A las realidades espirituales no las alcanzamos directa e inmediatamente en sí mismas, no tenemos el contacto de su esencia; las llegamos a conocer solamente por sus efectos (así al alma por sus actos, y a Dios a través de sus creaturas). Y este origen sensible inicial de nuestro conocimiento sigue pesando siempre en nuestras ideas. La luz radian-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te de la inteligibilidad de la forma es demasiado fuerte para los débiles ojos de una inteligencia encarnada y forzada a ponerse en contacto con su objeto a través de los sentidos.

El concepto propio de la forma sensible, purificándose más y más de la materia y reforzándose en el elemento de ser y de forma que resta, se va sobrecargando con una significación más y más noble y elevada, que contrasta con la pobreza de sus elementos iniciales que lo constituyen. De ahí la dificultad de esos conceptos análogos, la improporción que guardan con el objeto, señalado más que representado, con la consiguiente obscuridad de su modo de representar cosas que lo sobrepujan enormemente en perfección. Diríamos que la inteligencia ha de agobiar estos conceptos con un peso infinitamente superior a aquel para el que originariamente fueron hechos: expresar con proporción y adecuación las esencias de los objetos sensibles, imponiéndoles las cargas de realidades espirituales y divinas.

Por este origen sensible de nuestras ideas, las formas de los seres materiales son las únicas captadas con conceptos tomados directamente de ellas mismas, con conceptos propios. Su conocimiento es, por eso, connatural y fácil. Pero a medida que ascendemos en los objetos y nos alejamos primero de lo material para llegar a las formas puras y luego hasta de todo lo potencial para alcanzar el Acto Puro, si bien es verdad que el conocimiento sube en nobleza en razón de su objeto, también lo es que es más difícil y pobre, y los elementos constitutivos del concepto sufren con una sobrecarga es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

piritual para la que no fueron originariamente hechos y para la cual, por ende, no están proporcionalmente dotados. Y esta pobreza y sobrecarga se acentúa más todavía, si nuestros conceptos son utilizados por la fe para expresar realidades divinas, que no sólo exceden todo lo material, sino aún todo lo espiritual creado o natural.

Hemos querido insistir en este punto fundamental de la psicología tomista sobre el modo de nuestro conocer las diferentes formas, porque siendo la belleza la "*forma splendens*", y el arte su realización, su cuasi-concepto o verbo en que ella se expresa, lo dicho acerca de los conceptos encontrará en el arte su equivalente análogo.

14. — El arte es en el orden material a la encarnación de la forma pura de belleza, lo que el concepto es en el orden espiritual a la forma, su objeto esencial.

De aquí que ninguna forma de belleza será más fácil y proporcionadamente expresable que la de la belleza material. La hermosura sensible por realizar, presente en la inteligencia del artista, y el elemento material de su expresión artística están en un mismo plano de adecuación y aquélla no encuentra en ésta especial dificultad para su encarnación. El arte que encarna una belleza puramente física (el arte griego, por ejemplo, y en general el arte clásico) es el cuasi-concepto propio o expresión adecuada o proporcionada de lo bello, es el arte del equilibrio entre forma y contenido de belleza y su expresión artística. Una tal belleza encuentra una expresión adecuada a las formas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sensibles: es el alma que encuentra *su* cuerpo. De ahí lo rico y agradable del arte clásico, la facilidad de su comprehensión y asimilación por todos. Piénsese en la hermosura de una estatua griega o en la elegancia de un período ciceroniano o de una oda horaciana. La belleza está allí toda ella rebosante y al alcance, como a flor de labios, sin sentido recóndito o trascendente, realizada por lo demás, con una técnica impecable.

El arte clásico es, por eso, también el más *humano*, porque es el que más se adapta a nuestro modo de ser y de captar lo bello. Desde el punto de vista de la constitución armónica de sus elementos, es indudablemente el arte más perfecto.

No es una mera coincidencia sino que tiene sus raíces en una concepción general del hombre y de la vida, en una *Weltanschaung*, el hecho ocurrido en la Francia del siglo XVII, el de la aparición y florecimiento conjunto del racionalismo cartesiano en filosofía y del clacicismo artístico de Boileau y de Racine. La simplificación del conocimiento a una mera "*copia*" de la realidad, la reducción del alma al pensamiento y de la materia a la extensión y mil otras "reducciones" de su filosofía, esa aspiración constante de Descartes a "las ideas claras y distintas" con el desconocimiento de los conceptos análogos precisamente en las zonas más elevadas y complejas del objeto de nuestra inteligencia, todos esos rasgos que constituyen el racionalismo cartesiano y que podríamos sintetizar como la adecuación perfecta en cuanto al modo, entre pensamiento y realidad, está traducido en el terreno estético por los preceptos precisos y cortantes de Boileau y llevados a la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

práctica por el teatro de Racine, como una adecuación proporcionada entre la forma de belleza y su expresión externa. Y por eso, al igual que la filosofía de Descartes con sus ideas "claras y distintas", el clasicismo *seduce*, está más al alcance de nuestras facultades, se presenta como más humano. Y lo es en realidad, al no imponer a los hombros del arte —realización material de belleza— otra hermosura más que la material y humana, o al menos, al reducir y encerrar sin protestas ni torturas —como Descartes lo hacía con toda la realidad— toda otra belleza superior al modo y tipo humano de belleza.

Pero hay valores de más precio que el equilibrio y la armonía entre el contenido y la forma externa y la fácil comprehensión y adecuación con nuestro ser humano. En efecto, recuérdese que no son nuestros conceptos propios de las formas o esencias sensibles los que más nos ennoblecen y enriquecen. Precisamente a medida que el objeto significado más se eleva y espiritualiza, más nos cuesta también, su comprehensión y más nos encumbra y ennoblece. Vale más nuestro pobre y desteñido concepto de la esencia de Dios que toda la copiosa riqueza y facilidad de nuestras nociones de objetos materiales.

Otro tanto ocurre con el arte. El artista no posee otro cuasi-concepto propio para expresar la belleza espiritual que las formas sensibles, que de sí, acabamos de decirlo, sólo se avienen a expresar con propiedad, la hermosura del orden físico. Como la inteligencia lo hace con sus conceptos propios en el orden cognoscitivo, también el artista ha de sobrecargar las formas sensibles con una belleza espiritual muy superior a su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

poder connatural de expresión, ha de modificar y hasta agobiar y torturar esa materia para capacitarla a llevar y encarnar en sí, sino con naturalidad (lo cual es imposible) al menos con verdad y dignidad el peso de un ideal de creación espiritual que la sobrepasa infinitamente.

Para ello el artista necesitará crearse, muchas veces, una técnica nueva, distinta de la corriente, una simbología propia, muchas veces hasta personal, que no exprese nada material para no macular con ella la belleza espiritual que soporta, y por eso mismo más esotérica y menos comprehensible a primera vista que la del arte clásico, quien echa mano de una expresión al alcance de todos, como la belleza que ostenta, y que no necesita reprimir o modificar la materia para poner de relieve en ella una belleza que la supera. Esta realización material de una belleza espiritual encierra una desproporción y una suerte de distensión entre el contenido espiritual y eterno y su envoltura material y temporal, un desequilibrio que le priva de esa suave emoción sensible del arte clásico.

Esta encarnación de la belleza espiritual en formas sensibles, con todas las dificultades y pobreza de expresión y comprehensión derivadas de ésta que podríamos llamar *analogía del arte*, es sin embargo una forma superior de creación artística. No hay que olvidar que si el cuerpo es necesario al alma, ésta es, sin embargo, superior a aquél y a su fin, y que vale más una alma grande en cuerpo débil que una alma común en un cuerpo robusto, y que es superior aquel desequilibrio con todas sus penosas consecuencias que un equili-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

brio mediocre. Lo mismo acontece en el dominio del arte. La belleza necesita y no puede prescindir de la expresión sensible, so pena de desnaturalizarse y hasta aniquilarse como obra de arte; pero es lo cierto que por hermosa que sea la del arte clásico, es superior la de aquel otro que, en la impotencia radical de lograr el equilibrio entre la belleza espiritual y a las veces hasta divina y su expresión sensible, renuncia a esa adecuación, para alcanzar en la pobreza y mortificación de las formas sensibles, la expresión analógica de su ideal sobrehumano. Es el arte que a costa de la materia —a quien tortura y desfigura con una carga superior a sus fuerzas— llega sino a encerrar "clara y distintamente", ciertamente a *sugerir* en la penumbra de la analogía y del símbolo, la belleza del espíritu; no de otra suerte que nuestra inteligencia no alcanza su objeto más sublime, Dios, sino es apartando su plácida mirada de las ideas claras y distintas de los objetos materiales, adecuados a la luz de nuestro conocer, para penetrar con esfuerzo en la obscuridad de la nube del concepto análogo, único medio refringente que permite a nuestros débiles ojos acercarse, sin herirse, a la luz del supremo Inteligible. Diríamos que el artista no puede comprar la grandeza estética de su obra, la encarnación de una belleza sobrehumana, sino es renunciando a la perfección de la factura artística o técnica misma. Arte de humildad y de pobreza el del cristiano, que se empeña en la expresión material de lo divino. Como en la vida, también en el arte —prolongación trascendente de la propia vida del artista— sólo los "pobres de espíritu", los que han aligerado su arte del peso de lo terreno,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

obtendrán la posesión del "reino" de la belleza, y los "puros de corazón", en la limpidez y transparencia de las formas sensibles, en el recogimiento de lo material, "verán a Dios".

Nadie negará seriamente que el arte clásico es más equilibrado y más perfecto, en el sentido de realización artística, que el arte gótico; pero nadie tampoco podrá negar que éste, encarnación material menos equilibrada y tranquila, supera en espíritu, y por eso estéticamente debe ser valorado como superior a aquél. Precisamente su desequilibrio de contenido y expresión sensible le ha sido impuesto por la grandeza de su ideal, de su forma de belleza, que rebasa los moldes de la hermosura física y humana del arte clásico. En cambio, el alma del arte crece, y en la medida de su crecimiento, en la medida en que la belleza por artificiarse trasciende la belleza terrena y humana, surge la imposibilidad de su acuerdo con las formas sensibles del arte, el conflicto entre la expresión sensible y su contenido espiritual que la rebasa. Desde entonces, la belleza puede encontrar una realización material artística análoga tan sólo, que signifique y señale lo mejor que pueda lo que no puede naturalmente expresar. Lo que deberá hacer el artista que no quiere renunciar a su vocación, es buscar la manera más decorosa de factura sensible, que señale en la analogía y en el misterio lo que no puede hacer por connaturalidad con solas sus formas sensiblemente bellas. El arte, por eso, que no quiere renunciar jamás a su alma eterna, a la belleza que lleva en su frágil vaso, ha de renunciar muchas veces al halago sensible, a la voluptuosidad de las formas materiales, e impo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nerse ascéticamente su mortificación, la poda de lo que a veces más bien estorba que favorece una belleza inmaterial, para insinuar en el silencio de lo terreno de aquí abajo, la belleza eterna de arriba, para la que no tiene lenguaje adecuado, y simbolizar en sobriedad lo que no puede contener con propiedad.

Este simbolismo analógico irá en aumento lógicamente, con la desproporción de los dos elementos que el arte junta, vale decir, con la ascensión más y más espiritual de la forma, de la belleza, la cual en la medida de su ennoblecimiento más y más se aleja de los elementos corporales del arte. Y así la expresión de la Divinidad constituye la tarea más árdua del artista, jamás plenamente realizada en sus obras. Por eso también esta distensión sube de punto cuando las realidades bellas por expresar, sobrepasando los conceptos análogos del orden natural de nuestra razón, se nos manifiestan en la sobre-analogía de la fe como realidades sobrenaturales, inasequibles, como tales, a nuestra inteligencia con sus solas luces, y sólo oíbles para nosotros en el lenguaje de la Revelación. Nuestros conceptos tomados de las esencias de los seres sensibles, llevando un peso espiritual enorme en la analogía, son sobrecargados de nuevo con realidades más elevadas todavía con el pensamiento y el lenguaje divino de realidades sobrenaturales en la sobre-analogía obscura —si bien más segura— de la fe.

Si tal ocurre con la expresión espiritual del conocimiento de la inteligencia, si el troquel del verbo mental resulta tan pequeño para contener las realidades divinas de la fe, ¿qué ocurrirá a las pobres expresiones

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

materiales del arte? Y sin embargo, esta es la condición del arte, sobre todo del arte cristiano: tener que encerrar una grandeza infinita en un cuerpo artístico pobre y débil, el necesario para su encarnación humana y el indispensable para no perturbar la transparencia de la realidad bella sobrehumana. Es el arte de las catacumbas y de Fra Angélico, que en su adustez y mortificación de lo sensible, encuentra el modo de señalar realidades divinas confesando, en su humilde sencillez, no poder expresarlas adecuadamente. Es el arte gótico, que así en la audacia de sus soluciones arquitectónicas como en la simplicidad de su estatuaria y de sus vidrieras, supo sobreponer a la materia un simbolismo de realidades divinas.

Todo arte, y de un modo especial el auténticamente cristiano, implica esta lucha de una forma pura de belleza sobrenatural y divina inenarrable en el lenguaje sensible, con una materia reacia a expresarla. Su grandeza no está en la perfección de lo material ni en el equilibrio imposible de sus dos elementos extremos, sino en el triunfo del espíritu, de lo divino sobre lo material; en esta exaltación de la Belleza más grande y sublime, que brilla en una materia agobiada y negándose a sí misma, puede sobrellevar diáfanamente su carga divina.

15. — Conviene advertir, sin embargo, que no se trata de una desmaterialización total, imposible del arte, ni de una desfiguración *snobista*, de ciertos artistas modernos, quienes pareciera, ponen en la deformación en sí, la esencia del arte. La esencia está en lo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

otro, en la encarnación del elemento espiritual y sobrenatural. La mortificación de lo sensible sólo es una condición para ello, pero no su esencia, y que ha de hacerse sólo tanto cuanto sea necesario para alcanzar aquel fin y siempre dentro de los cánones, no de los retóricos sino de las exigencias esenciales del arte: realización sensible de belleza. Piénsese en las figuras estilizadas de la escuela de Beuron y de la Abadía de Maredret, y en las xilografías de nuestro Juan Antonio y se verá en los ejemplos cuanto venimos diciendo: cómo es posible en una realización original y moderna una materia desmaterializada y mortificada en sus expresiones naturales, que la capaciten para sugerir y simbolizar realidades divinas, y todo ello siempre dentro de los cánones substanciales de una expresión sensible, recatadamente bella.

16. — Pero hay más. No sólo cada forma interna de belleza (espiritual o material, divina o humana) busca su expresión sensible, adecuada o proporcionada en un caso, analógica y desproporcionada en otros; sino que —aún dentro de esos tipos más o menos permanentes del arte— cada pueblo, y sobre todo cada época, encuentra *su modo individual y temporal* de realización artística. No expresaron de igual manera una forma humana de belleza, griegos o romanos, egipcios o caldeos, medioevales o renacentistas.

Porque el arte —precisamente en razón de su constitución interna— posee un elemento inmaterial y permanente, un *valor eterno*, que no es sino la belleza cuya encarnación esencialmente busca a través de las más variadas formas de belleza sensible, y otro elemen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

to *cambiante y contingente, un valor temporal*, que no es sinò el modo particular de realización material dependiente de un sinnúmero de circunstancias mudables: de condiciones técnicas, de lugar y tiempo, de sensibilidad y educación, etc. El arte, *eterno en su esencia* de belleza encarnada, es *mudable en su existencia*, dependiente del *tiempo y lugar* en su realización concreta. Por debajo de este cambio intervienen, es verdad, exigencias absolutas y eternas del arte, aun como factura material, aquéllas que su esencia impone: que sea una realización de belleza; pero los modos teóricamente *ilimitados* de alcanzar esa realización en la materia es la que causa la mobilidad y contingencia del arte, su *temporalidad. Eterno* y extra-espacial en su esencia absoluta, el arte es *temporal* y regional en su *existencia* concreta. En efecto, enseña la filosofía tomista, la materia es el principio de individuación de los seres compuestos. La forma substancial, principio de unidad específica, queda individualizada por las notas de la materia.

Otro tanto ocurre en el plano del arte. La forma pura de belleza no logra su expresión sino en su doble sucesiva encarnación en las facultades humanas sensibles, primero, y de las formas materiales extrínsecas, después, en que alcanza nueva e independiente vida. Estas formas determinadas y concretas de imaginación y sensibilidad, por una parte, y de realización material autónoma, por otra, en que la belleza toma cuerpo, varían no sólo de persona a persona, sino también de época a época. Son esas facultades quienes determinan la vocación artística del pintor o del músico o del poeta,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

según el predominio de una u otra facultad; y dentro de un mismo arte —de la pintura, por ejemplo— son ellas las que hacen del artista un pintor de colorido, de paisajes o de caracteres.

Todo el mundo comprende sin esfuerzo, dónde está la causa de por qué la belleza humana expresada por Van Dyck es la flamenca, mientras que la de las Madonnas de Rafael evocan la italiana y la de las Inmaculadas de Murillo están realizadas con trazos definidamente hispánicos. El artista ha hecho penetrar su ideal de belleza en las formas sensibles de sus facultades y luego en la de los colores o de cualquier otra realización artística; pero cada cual lo ha hecho a través de sus facultades y temperamento, que no trabajan sino con elementos originarios de lugar y tiempo determinados, que, aunque elaborados en un todo personal de la creación estética, conservan atisbos inconfundibles de los rasgos primitivos.

Todas las influencias de tiempo, lugar, ambiente, familia, educación, etc., rezumadas, están viviendo en el artista e influyendo en su obra. Dos auténticos artistas, sometidos a la misma educación y principios técnicos, no concebirán ni realizarán jamás de igual modo un mismo ideal de belleza.

Lo que ocurre con las notas individuantes del propio artista, sucede también con las de la materia empleada. Tiene ésta sus exigencias naturales, de las que no es posible al artista prescindir.

Continuar enumerando los cambios —inagotables para el futuro— que el elemento material trae consigo e introduce en el arte, sería cuestión de nunca acabar.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Lo que queremos hacer ver es que la belleza, eterna en sí misma, tiene posibilidades indefinidas de realizaciones materiales distintas, debidas al cambio de sensibilidad, modo de imaginar, etc., del artista, y al cambio incesante del material de su expresión, en una palabra, determinadas por la intervención de la materia de dentro y de fuera del artista. La belleza, en sí misma siempre la misma, descendiendo invariablemente de la misma fuente eterna e infinita de Dios, como el ser con quien se identifica, va realizándose de mil modos distintos, según las artes, épocas, artistas y medios de expresión, sin ser jamás agotada por ellos, reservándose siempre posibilidades de encarnaciones nuevas con la variación del elemento sensible y material —y por eso mismo *temporal*— del arte.

Pero en la proyección histórica, y salvadas siempre las notas más personalmente individuantes del artista, cada época se presenta con sus rasgos fisognómicos inconfundibles de realización artística. La belleza ha encontrado la forma sensible de *su* tiempo, *su* expresión adecuada, o si se prefiere, la época, mediante todos los procedimientos temporales y espaciales que lleva en su seno, se ha forjado *su arte*, el que respondía a su sensibilidad e imaginación y a sus posibilidades técnicas de realización. Es siempre la belleza quien en una suerte de metempsicosis, va encarnándose y como adaptándose sucesiva e indifinidamente a cuerpos distintos, ofrecidos y determinados por el lugar y el tiempo.

Otro tanto ocurre con las distintas regiones, que más o menos no conservan una interacción cultural tan fuerte que llegue a fundirlas en un solo block. Esto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ocurría, sobre todo antes, cuando los pueblos vivían más aislados. Modernamente, la comunicación íntima de los pueblos en todos los aspectos de la cultura llevada por los innumerables vehículos de la técnica, ha suprimido, sino todas, ciertamente muchas de estas diferencias locales.

En cambio, las *zonas temporales del arte*, las diversas estratificaciones con que él va jalonando su paso por la tierra a través de las edades, es y será siempre un hecho permanente en la historia.

Y no se trata de un *hecho*, sino de un *derecho*. Cada región (en cuanto es distinta de las demás en los medios, etc., cosa cada día más infrecuente) y sobre todo cada época tiene una sensibilidad y un acervo de material técnico distinto de las otras. Por eso mismo ella tiene *derecho* a resolver *su* problema del arte con *sus* propias modalidades y procedimientos técnicos, con la única ley fundamental e inmutable del arte: que la factura sea realmente una creación material de belleza, que ésta encuentre realmente su encarnación en las formas materiales. El arte es algo viviente, como que procede de una plenitud interior de belleza espiritual que vibra en el alma y sensibilidad del artista. Y como, según lo acabamos de ver, cada época y también cada hombre la vive y siente de un modo distinto y posee medios nuevos y diversos de expresión, también podrán realizarla conforme a ellos. Como el lenguaje, también el arte es algo que vive con la vida de una época y de un hombre en el fondo de su alma, en lo más auténticamente vital y suyo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pretender para el arte un estancamiento, negar a cada época el *derecho a su revolución artística* —dentro de las normas eternas del arte sintetizadas en el ya enunciado principio, de que la obra ha de expresar con verdad, dignidad y hermosas formas sensibles la belleza para los hombres de entonces— es negarle la posibilidad de sentir la belleza con su propia sensibilidad y cegar las fuentes mismas de la creación sensible.

Cada época, insistimos, tiene *su* arte, grande o pequeño, pero en definitiva el arte que merece, el arte que puede sentir y relizar, y que es el único que puede vivir.

Y en este sentido, si es una petulancia despreciar las obras maestras de los antiguos, es también una sinrazón condenar toda innovación de una época nueva.

Sin llegar al relativismo escéptico de cierta crítica en boga, que preconiza la prescindencia de todo principio o norma estética y el que una obra de arte ha de ser interpretada sólo desde el punto de vista de su autor, es cierto que su creación debe estar encuadrada dentro de su inspiración y comprehendida como obra de su tiempo, de su época y de su autor, eso sí (y es lo que se echa de menos en la actitud crítica mencionada) dentro de los cánones eternos e inmutables de la estética.

17. — De semejante modo en su misma variación temporal en que realiza su elemento eterno e incambiable, el arte nos sugiere una idea más grande de esa belleza que él no acaba nunca de expresar y cuyas for-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mas sensibles no logran nunca encerrar de un modo exhaustivo.

En realidad y en última instancia, el arte con todas sus creaciones sucesivas y cambiantes no es sino el movimiento con que el hombre —consciente o inconscientemente— busca y quiere aprisionar una Belleza infinita, de la que su alma se ha encendido en sed a la vista del vislumbre de una belleza creada. Así como el entendimiento humano está hecho para una Verdad en sí, y la voluntad para el Bien en sí, de tal manera que sólo en virtud de ese movimiento a semejante término infinito poseen, respectivamente, la capacidad de conocer toda verdad y amar todo bien que encuentren a su paso; no de otra suerte, la inteligencia humana, hecha para el goce de la Belleza en sí, es por eso mismo capaz de gozar de toda belleza, y todo objeto creado bello suscita en ella esta sed devoradora de otra Belleza que trasciende la finitud del objeto inmediatamente contemplado. En realidad, en todos los objetos bellos de la tierra el alma encuentra el reflejo de otra Belleza para la que está hecha. En el diálogo entre las creaturas y el hombre, aquéllas le sugieren una Belleza infinita, que éste busca y que no encuentra en ellas: "Pregunté a la tierra, dice hermosamente San Agustín, y respondió: no soy yo eso; y cuántas cosas se contienen en ellas me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos, y a todos los animales que viven en las aguas, y respondieron: no somos tu Dios; búscale más arriba de nosotros. Pregunté al aire que respiramos, y respondió todo él con los que le habitan: no soy yo tu Dios. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas y me

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dijeron: tampoco nosotros somos ese Dios que buscas. Entonces dije a todas las cosas que por todas partes rodean mis sentidos: ya que todos vosotros afirmáis que no sois mi Dios, decidme por lo menos algo de El. Y con una gran voz clamaron todas: "El es el que nos ha hecho" ([1]). Pensamiento que bellamente ha retomado nuestro poeta Marechal ([2]): "todo llamado viene de alguien que llama; y las creaturas dicen al que sabe oir: "Somos el llamado, pero no somos el que llama". Y, negándose afirman al Llamador: lo afirman en sus nombres; pues dicen a todo el que contempla su hermosura: somos bellas, pero no somos la Hermosura que "nos creó" hermosas. Y al que medita su verdad enseñan: somos veraces, pero no somos la Verdad que "nos creó" verdaderas. Y dicen al que gusta de sus bienes: somos buenas, pero no somos la Bondad que así "nos creó". Así afirman al que llama: lo afirman en sus nombres gloriosos de Hermosura, Verdad y Bien. Y lo afirman como Principio, llamándole "el que nos creó"; y lo alaban como fin, diciendo: somos el llamado hermoso y no la hermosura que llama". Otro tanto ocurre en el caso inverso del artista. Movido siempre por el amor hacia esa Belleza infinita que conmueve y quema su propio ser desde las raíces mismas de su alma, desde lo más íntimo de su impulso creador, va idealizando y realizando una belleza, que siendo participación de aquélla no es aquélla y que, por eso mismo, nunca acaba de expresar en sucesivas creaciones. El amor de su alma hacia esa Belleza es quien lo

(1) San Agustín: Confesiones: L. X, c. 6.
(2) L. Marechal: Descenso y Ascenso del Alma por la Belleza, págs. 91-92.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trae constantemente desvelado y torturado por esa angustia e inquietud que, siempre insatisfecha en sus creaciones limitadas de belleza, lo mantienen adherido a su arte, impulsándolo sin cesar a crear más y más, como para acercarse por la multiplicidad de sus realizaciones finitas hacia la unidad de lo infinito inenarrable en su intuición materializadora. Sólo en virtud de ese amor a la Belleza, que no es en el fondo sino el amor a Dios, la inspiración se renueva sin cesar después de cada creación. Esa sed de Dios irrumpe devoradora a cada instante en el artista, y una vez aquietada en su realización material, vuelve a despertarse de nuevo más exhacerbada, si cabe, ante la insatisfacción de su obra, para repetir indefinidamente el episodio, que somete el alma del artista a un sufrimiento de tortura constante y fecunda, que sólo terminará con el cese de toda practicidad en la contemplación de Dios.

18. — Porque, preciso es confesarlo, la practicidad, tanto del *obrar y del hacer*, es un signo del carácter transitorio y vial de nuestra vida del tiempo.

Hecho para el Bien infinito, abierto por sus facultades espirituales hacia un Dios que no posee plenamente por la voluntad dirigida por la inteligencia, por su *actividad práctica*, el hombre *tiende y se encamina* hacia su perfección.

Dentro de este movimiento estrictamente *práctico* o del obrar, por el que se acerca a Dios, la actividad artística, incluso la de las bellas artes, no es sino un *episodio* que se inserta y sirve a aquélla. Por ella el hombre realiza fines o bienes extrínsecos a su último y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

supremo Bien, a fin de valerse de ellos, de esos artefactos, como de otros tantos instrumentos o peldaños que faciliten su ascensión y retorno a Dios, por quien anhela con el movimiento más profundo de su ser.

Y dentro de este arte en general cabe la mejor parte al arte bello.

El arte, por eso, parte de la actividad práctica, esencialmente temporal del hombre, como toda ella cesará con la posesión del fin, del Bien y Belleza infinita hacia la que tiende, para dar lugar al acto perfecto de la vida contemplativa de la inteligencia —único camino de acceso a la plenitud— en la visión de Dios.

Entonces la contemplación de la Belleza en sí, cara a cara, "*sicut est*", hará inútil el *medio* del arte para acercarnos a ella. Y así como la fe y la esperanza dejarán de ser para dar lugar a la visión y a la expansión y gozo de la caridad en la posesión del objeto amado, también el arte, hijo del estado práctico, esencialmente imperfecto y vial de la presente vida humana, de una alma unida a la materia, cesará para dar lugar al contacto inmediato de la inteligencia con la Belleza en el goce de la posesión de la Verdad.

Entonces caerá lo temporal del arte, las ataduras corporales con que el arte aprisionaba la Belleza, y sólo permanecerá su alma eterna e inmutable en los esplendores puros y sin velos de la infinita Belleza de Dios...

OCTAVIO NICOLAS DERISI

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DE LAS ESPIGAS

¡GLORIA a Ti, Padre, pues me has hecho y he manado!

Tu trigo lo guardé en mi país de plata,
las espigas son tus señas,
son tu blasón en mi campo,
¡gloriosa es su claridad, su primavera!

¡Como iniciales de verso aguardan por la noche
y en el alba ordenada son ballestas!

¡Sus alas no se pierden en su número de estrellas
ni sus cifras se desatan sino en columnas se muestran!

¡Hablan tu gloria, mira el país!
por la noche están listas todas sus cuentas:
las coyas en el violín,
cortadilo, cortadera,
y tus peces ordenados trayendo al dorso una cesta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡Los peces primaverales en el otoño de emblemas!
¡Anclados sobre los cielos, atados bajo la piedra!
¡En sus directas columnas alzados sobre mi tierra!

¡Su trigo lo guardé, tus manos lo guardaron
en nuestra boda serena!
¡Como torres florecidas, todas en plata nupcial,
atado contra mis venas!
¡En sol y luna, velando, junto al molle,
en las tormentas!

Tal como siervo de amor, que ya no pierde tus señas.

BASILIO URIBE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA REALIDAD DEMOCRATICA
en la Argentina

PARA la mayor parte de los argentinos del siglo XIX, la organización política de los pueblos podía conocerse por una sintomatología sencilla y universal. Donde había un rey había Despotismo, pero la verdadera Libertad se alcanzaba con una Constitución. Y si en un estado no habitaba ningún conde ni marqués es porque allí se vivía en plena Democracia.

Ahora bien, en el Río de la Plata escaseaban los títulos nobiliarios. Las "Provincias Bajas" —como se llamaban las que componen hoy la Argentina— parecían merecer el adjetivo no por su posición geográfica sino por su categoría social, ya que aún durante la Monarquía no se encontraba casi ningún titulado, según hizo notar Azara escribiendo:

"Reina entre estos mismos españoles" (los criollos rioplatenses) "la más perfecta igualdad, sin distinción de nobles y plebeyos. No se conocen entre ellos ni feudos, ni sustituciones, ni mayorazgos. La única distinción que existe, es puramente personal y es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

debida sólo al ejercicio de los cargos públicos, a la mayor o menor fortuna, o a la reputación de talento y honradez. Tienen tal idea de su igualdad que creo que aunque el mismo Rey concediera ejecutorias de nobleza a algunos de estos particulares, nadie los miraría como nobles y no obtendrían más distinciones y servicios que los otros".

El cuadro democrático pintado con las frases transcriptas es, como dicen los ingleses, "*too good to be true*". Cualquiera advierte enseguida que Azara traduce menos la realidad de la Argentina monárquica del siglo XVIII que el entusiasmo de un hijo del siglo de las luces —que por notorio afrancesado era también seguramente H. Fracmasón— por las formas ideales del pacto social, cuya perfección se creía entonces —como ahora— encontrar en el suelo de América.

Por lo demás, los que conocen un poco de historia local saben que en el Virreinato de Buenos Aires no se alcanzaban empleos —ni siquiera novias— sin previa exhibición de la "ejecutoria de nobleza e hidalguía", de las que quedan numerosos ejemplares en archivos públicos y privados ([1]).

El mismo Azara, a renglón seguido, se encarga de apagar cualquier exagerada alabanza igualitaria a nuestros tatarabuelos, pues expresa que "los españoles de todas estas regiones creen ser de una clase muy superior a la de los indios y las gentes de color". Por

(1) Véase el folleto de Raúl de Labougle "Litigios de Antaño" (inserto también en el Tomo XIV del "Boletín" del Instituto de Investigaciones Históricas de la Fac. de F. y L.) que es quizás la única publicación que documentadamente contradice el lugar común igualitario de la antigua Argentina.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

españoles, claro está, se entendía entonces a los blancos, tanto criollos como peninsulares.

Pero la existencia archiconocida en nuestro país de las probanzas de "limpieza de sangre", de la esclavitud y de las inevitables capas jerarquizadas en la sociedad (la línea divisoria del "guarangaje" que con tanto "*flair*" distinguen las viejas señoras porteñas) no impidió al general Mitre repetir casi textualmente los conceptos de Azara:

"Las Provincias Argentinas, constituídas después en cuerpo de nación, diseñaban ya su carácter democrático. Méjico y Perú fueron verdaderas cortes coloniales, con aristocracia de condes y marqueses", (el bueno de Don Bartolo tenía de la aristocracia el mismo concepto que Georges Ohnet) "que profesaban el culto por la nobleza y sostenían la institución con todas sus consecuencias... Sólo las Provincias del Río de la Plata presentaban la homogeneidad de una democracia genial, en que todos eran iguales de hecho y de derecho. Sin nobles, sin mayorazgos, despreciando por instinto los títulos de nobleza, sin clases desheredadas, sin antagonismos de raza ni intereses... y animados de un espíritu de igualdad nativa, un mismo nivel pesaba sobre todas las cabezas".

A pesar del énfasis, ya es más difícil de pasar eso de la ausencia de clases desheredadas —en momentos en que se publicaba "Martín Fierro"— o de antagonismos de raza cuando en la familia de Mitre, sin duda alguna, no faltaría algún servidor pardo o moreno recién manumitido. Pero era tal la fuerza de ilusión del liberalismo nuestro en el siglo XIX, que todos los argentinos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se quedaron convencidos de su plebeyez; y si en algún punto peligraba su convicción democrática, era por la soberbia de considerarse más plebeyos que ningún otro pueblo del mundo.

Llegó a tan alto punto el ardor en la creencia igualitaria, que al empalmar ésta con la prédica antiespañola (alimentada a base de "Leyenda Negra") experimentábamos la fruición coprófaga de creernos descendientes de presidiarios huídos a Indias. Los excelentes criollazos, tan probos, tan punto y coma, tan temerosos del ridículo y celosos de su dignidad, pensaban ingenuamente que la república ganaba en virtud si ocultaban sus orígenes —generalmente hidalgos— para nivelarse con el próspero norteamericano "*standard*" al que se suponía siempre hijo de sus obras aunque fuese a menudo hijo de otra cosa.

Lo que bien puede llamarse aberración democrática —por lo que significó de suicidio político, según veremos— hizo olvidar a varias generaciones una cosa perogrullezcamente obvia: que América es tierra de conquista.

De ese hecho que todos, en un mutuo engaño, pretendían pasar por alto, resultaba una contradicción permanente entre la realidad viva, existencial, del grupo conquistador y la teoría especulativa y exóticamente inaplicable de la igualdad política de todos los nativos.

Pues mal podía existir una democracia hispanoamericana (o americana "*tout court*", pues en Estados Unidos la población de color, que es 1/6 del total, repite en tono acentuadamente más obscuro las condiciones sociales de "*South America*") desde el momento

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que un grupo étnico extra-continental se había adueñado del territorio dominando a los aborígenes e importando africanos para su servicio.

Poco importa que la magnanimidad española adoctrinara a los indígenas y les asegurara la supervivencia con la prenda máxima de la fusión de sangres. Pues esa fusión no fué en ninguna parte tan completa o tan equivalente en las proporciones que permitiera alcanzar un nivel de cultura homogéneo. Siempre quedó el grupo preponderantemente europeo, al menos en el sentido de los hábitos de vida y principios de conducta, encastrado en la masa autóctona, dominándola con sus calidades superiores y asumiendo legítimamente una función rectora que mantuvo en vigencia el espíritu de la Conquista.

Tampoco en las orillas del Río de la Plata, aunque la población proviniese principalmente "de las reclutas de inmigrantes" procedentes de España, dejaba de intervenir ese factor atavicamente americano de la Conquista que imprime a todos nuestros países —para escándalo del candor democrático— el sello de una irremisible jerarquización.

En primer lugar, porque a pesar de la escasez originaria de indios rioplatenses y de la copiosa transmigración peninsular, las "castas" constituían una parte considerable de la población; quizás el 50 % hasta principios del siglo pasado.

En segundo lugar porque el campesino, por europeo que fuese, aislado en las pampas, lejos del rigor de policía de los centros poblados, sufría esa inevitable relajación de los resortes morales que parece la maldi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción aneja a la abundancia y libertad de la vida americana. Es un hecho anotado por todos los antiguos cronistas, que en las vastas campañas y aldeas del interior, el estado de naturaleza tomaba su revancha sobre la rígida disciplina de la vida civilizada, o sea de la vida a la española. Esta conservaba su vigor en función directa de su cercanía a su propio centro, la Península.

De ahí que en el puerto de Buenos Aires, por ejemplo, las costumbres eran "buenas, racionales, y es pueblo edificante" (1) por observancia de la moral católica; por su sentido romano de lo organización familiar; por su respeto a la propiedad y a la palabra empeñada (era la época de los contratos "sin papel" y cuando, según Aguirre, "se giraba con crédito y honradez"). Porque los porteños se manejaban, en suma, "con la misma civilidad que en las mejores ciudades de España" hasta en los detalles accesorios —pero no fútiles, porque son sintomáticos de vida europea— como el traje, la habitación, los muebles, la comida (que carecía del picor indígena de la zona del Pacífico) y hasta en el hecho de "no faltar un clave en casi ninguna casa".

Pero las noticias que se nos dan por la misma época de los gauchos contrastan infelizmente con la "civilidad" de la capital del Virreinato.

Entiéndase por gauchos no al hombre de campo, según la generalización corriente hoy día, sino a cierta clase de éstos que en las llanuras platenses y especialmente en la Banda Oriental, vivían en forma "sui

(1) "Diario de Aguirre", en "Anales" de la Biblioteca, Tomo IV.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

géneris" que un conocedor nos describe con estos párrafos poco aduladores:

"Ellos regularmente, aman la libertad y desean satisfacer sus pasiones (lo mismo sucede a casi todos los hombres) en cuyo estado, que no deja de ser un símil del de Brutalidad, viven mucho más contentos que los racionales virtuosos, pues a éstos los aflije demasiado el remordimiento de sus conciencias y a aquéllos no les atemoriza el terrible porvenir, en razón de las limitadas ideas que tienen de la Religión, de la cual generalmente ignoran toda; pues hay muchos de ellos que se han bautizado a los ocho o diez años, (y yo he presenciado el de uno a más de los treinta) se han confesado tres o cuatro veces en veinte años, y en todo el resto de sus vidas habrán oído cincuenta misas, la mayor parte montados a caballo. Ninguna radicación tiene la Fe en ellos, y por consiguiente no contienen sus desórdenes; el amor al premio ni el temor al castigo puede estimularlos. Esto proviene de la corta civilización que tienen; de la instrucción que reciben de sus padres y del abandono en que viven; especialmente los que distan de cuarenta a cien leguas de la población, pues en éstos es una gracia cuando al cumplir diez o catorce años solicitan a la madre o hacen propagar la generación con sus hermanas. Nada de Europa ni del resto del mundo por halagüeño que sea lisonjea la pasión de ellos ni tiene relación con sus deseos; al contrario, los irrita, y no gustan de otra conversación más que de sus chinas, caballos y carreras" (1).

(1) "Dictamen imparcial sobre los gauchos", escrito anónimo del Archivo de Indias, publicado en el Tomo V del "Boletín", etc. Sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A pesar de las indudables gradaciones que deben interponerse entre los extremos, habían, incluso en el Río de la Plata, un grupo o clase política que mantenía la riqueza, la cultura y el poder, y transmitía sus prerrogativas por la herencia. Fué este grupo, diferenciado de la mayoría, a veces por su pureza racial y también por el dominio de la tierra, el ejercicio del comercio, y sobre todo por la disciplina de su conducta, el que hizo la Revolución de Mayo. Y la hizo contradiciendo con hechos cuya ejecución les imponía la realidad americana los "inmortales principios" de 1789, que jamán llegaron en América a ningún fin. Porque toda su pretendida igualdad era un mecanismo de vaso cerrado, sin comunicación alguna con la masa popular que cuando no era despreciada era simplemente ignorada.

Porque desde el primer Cabildo Abierto (abierto para setecientos invitados y cerrado para el resto de los sesenta mil habitantes) hasta las largas guerras extranjeras con que el autócrata Rosas da cima a la Independencia, puede repetirse, año por año, la pregunta del Síndico Procurador: "¿Dónde está el pueblo?".

El pueblo con su natural conservatismo y sin apremios económicos o inquietudes políticas en la Jauja virreinal, no estaba para aventuras revolucionarias. Todavía en 1836 Darwin encuentra en Chiloé, gente de la plebe que añora al Rey.

Porque carece del favor popular, la Revolución carece también de todo carácter especificamente ameri-

conclusiones concuerdan con las de todos los relatos españoles anteriores a la Independencia (Concolorcorvo, Azara, Aguirre, Espinosa).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cano. La clase o casta gobernante, con su mente europea y su idealismo ibero, se plantea problemas y soluciones fuera del tiempo y del espacio: la religión, el liberalismo, el progreso humano; todo lo que preocupa simultaneamente a las clases altas del imperio español en decadencia.

Se ha estudiado y dicho mil veces que en la España peninsular, el pueblo —en el sentido democrático— estaba por el *statu-quo* y defendía la Inquisición (el clásico "¡vivian las caenas!") mientras las Logias enseñaban esotericamente ideales ajenos de filiación inglesa o francesa. Pues masones, afrancesados, Cortes de Cádiz y el resto se reproducían sincronicamente en las provincias del Plata. Más tarde, el mismo clarín de guerra llamaría españolamente a la lucha religiosa a carlistas y federales contra cristianos y unitarios.

¿Qué podían significar las querellas europeas a los que "nada de Europa ni del resto del mundo les lisonjeaba la pasión ni tenía relación con sus deseos"; ni qué fanatismo religioso podía mover una lanza en manos de los que tenían "limitadas ideas de la Religión, de la cual generalmente ignoran toda"?

Sin embargo, Quiroga enarbola el estandarte de "¡Religión o Muerte!" y Rosas moviliza la fidelidad católica contra los logistas que saludaban "a la estrella protestante que aparecía en el horizonte".

No hay la contradicción que pudiera sospecharse. Es que la clase culta —la única que podía pelear y morir por principios arraigados o móviles impersonales— multiplica mecanicamente las fuerzas de sus banderías, enrolando regimientos de guardaespaldas, como los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Colorados del Monte". De acuerdo con lo que dice Gaetano Mosca en su "Elementi di Scienza Política":

"Doquiera, pues, donde una fracción de la clase política, porque convertida a una nueva fórmula política o por otra razón, aspira a derrocar el gobierno legal, acostumbra siempre a apoyarse sobre las clases inferiores que la siguen facilmente cuando son enemigas o indiferentes hacia el orden de cosas constituído. Por esta alianza, tan frecuentemente concluída, es que vemos a la plebe como instrumento necesario de casi todas las conmociones y revoluciones; y por eso mismo vemos también, frecuentemente, estar a la cabeza de movimientos populares, hombres de una condición social superior. Sucede otras veces el fenómeno opuesto: que aquella parte de la clase política que tiene en su mano el poder resiste la corriente innovadora y se apoya en las clases bajas que permanecen fieles a las antiguas ideas y al antiguo tipo social. Así sucedió en España después de 1822 y hasta el 1830...", etc.

La pretendida "democracia" federal y rosista — tópico común de los que hacen historia sin situarse en el tiempo— no obedece a otras razones que a las dichas por el agudo sociólogo italiano. En ningún momento el grupo social superior abandona las riendas ni el rebenque. Rosas, sobrino nieto de un gobernador de Buenos Aires, suplanta a la camarilla de Rivadavia — yerno de un virrey— y luego combate a su compadre Lavalle (cuyo progenitor sirve en la administración federal) mientras su ministro Arana será sucedido en el mismo puesto y bajo un gobierno exactamente contrario por el sobrino Elizalde.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Digamos de una vez que esa clase política que arrastra los entreveros y el ostracismo y desangra sus gargantas cuando cae vencida luchando por ideales de rango universal, inalcanzables para la plebe, constituye una verdadera aristocracia, un gobierno de los mejores en el sentido tomista de la Virtud. Ella acapara casi todas las altas condiciones de la civilización española y cristiana, mientras morenos, pardos, orilleros y gauchos no han podido todavía asimilarla o la han perdido al contacto de la libertad de las pampas. De hecho el gobierno —cualquiera sea su eventual acento político, liberal o tradicionalista— reside en el grupo cerrado de "la gente decente". Y el vocero más genuino de esta soberanía de casta es nada menos que Domingo Faustino Sarmiento, que predica el exterminio de los que no piensan "liberalmente" como él, o sea del paisanaje; el "pueblo" de los demócratas.

Sería erróneo equiparar la antigua aristocracia argentina a los señores feudales del medioevo como suelen hacer algunos observadores superficiales. No sólo porque sus componentes eran a menudo tenderos o profesionales, sino porque el señor y el siervo eran iguales en todo menos en derechos; mientras el estanciero o el hombre "de suposición" de la ciudad guardaban la distancia por su mayor cultura, por la estirpe y hasta por el idioma si en la región se hablaba el guaraní o el quíchua.

De ahí que el fundamento de la organización aristocrática fuese en América inatacable, porque se fundaba en el ejercicio de virtudes propias de la civilización católica, practicada sin saberlo —como la prosa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de M. Jourdain— por los mismos que la combatían militando en el liberalismo.

De haberse cristalizado en el derecho político esa situación espontaneamente nacida de las condiciones americanas, es seguro que el país habría afirmado su personalidad con ventaja, en vez de diluirla con la imitación de sistemas importados. Pero la aristocracia criolla se vió enredada por la ideología del siglo XIX. Los mismos que hablaban de "derramar sangre de gauchos porque la sangre es lo único que tienen de humano", se encargaban de propiciar una organización democrática que los sometiera eventualmente al capricho legal de esos mismos gauchos.

El odio sarmientino contra la gente humilde de la campaña, compartido por toda su generación, fué el resultado de otro fenómeno inevitable desde que triunfaron las ideologías anglo-sajonas y protestantes.

Porque perdido el entusiasmo misional, o mejor dicho, conscientemente abandonado como propio del "oscurantismo jesuítico", no se renovó nunca más la obra evangélica de la antigua España de los Austrias y la "gente decente" no supo colmar el pozo cultural que la separaba de la "chusma".

Se volvió entonces, logicamente, hacia los extranjeros de Europa, cuyos hábitos les eran agradablemente semejantes. Los pocos que venían en los barcos de vela, solían traer la novedad de algún último adelanto europeo y pertenecían a veces a estratas sociales muy poco distantes de la sociedad porteña. Se asimilaban enseguida, porque la vitalidad de la aristocracia criolla los subyugaba facilmente. Unase a la simpatía despertada por el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

orgullo de sentirse envidiados e imitados, la evidencia de la mengua creciente del prestigio español en el mundo, y el debilitamiento de la intransigencia católica y se explicará que aquellos buenos criollos volvieran la espalda a los humildes que debieran haber protegido y se encandilaran, en cambio, con las supuestas ventajas de la inmigración y del exotismo institucional.

Pagados de palabras que contradecían diariamente con actos, los liberales, desde Caseros en adelante, siguieron con sus dictaduras igual que los "mandones" federales en sus "aduares", según la imagen de Vicente Fidel López. Les bastaba, para convencerse de la realidad democrática que creían practicar, con el contralor del grupo afín de amigos del dictador —al que llamaban partido político— y que como ocurre en las dictaduras, desempeñaba su misión crítica con bastante eficacia.

Y ayudaba a mantener la ficción el que la palabra "democracia" había adquirido en toda América un significado especial, muy lejano del primitivo. Ya no era el poder político de la muchedumbre o de los pobres, como enseñaba Aristóteles, sino la oportunidad económica para ganar en los negocios y hacerse rico. Hasta los negros de Georgia creen vivir en una democracia si consiguen robar algo antes del linchamiento; y el que se saca la grande en la Argentina, piensa que debe su fortuna al régimen.

Pero no hay ficción que sobreviva a la experiencia. Cuando los inmigrantes del Litoral empezaron a encontrar la ganancia más difícil, y cuando la pendiente de las ideas les dió a ellos y a sus hijos el instrumento

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

político del voto, sus huéspedes argentinos comprendieron que había pasado la época de "*non curanza*" liberal.

La primera reacción fué instintiva. No es otra la causa del llamado fraude electoral; recurso subconcientemente defensivo de la clase rectora (que por oposición a los recién venidos había pasado a ser la auténticamente nacional) contra los modos, arrebatos y costumbres que amenazaban el ser mismo de la Argentina.

Paralelamente, la clase rectora descubría que había más parecido entre ella y el olvidado campesino criollo y aún indo-criollo, que con esas gentes de afuera, cuyo físico, costumbres y acento, aunque también podían legalmente llamarse argentinos, contrastaba con la tradición del país. Y se recordó romanticamente al gaucho idealizado, convertido en prototipo de las antiguas virtudes del linaje hispano-criollo.

Quizás fuese tarde para la defensa. Una aristocracia a la que se enseña que no tiene obligaciones especiales porque los demás son como ella; que embota su suspicacia moral por la consecución de la riqueza mercantil; que corta con su tradición —especie de parricidio— y entierra los valores propios para imitar lo foráneo — especie de suicidio— una aristocracia a la que no en vano se la ha enseñado a ignorarse y a corromperse, tiene un arduo repecho por delante para recobrar su antigua preeminencia espiritual.

El tiempo dirá si la reacción que apunta hará triunfar el legítimo anhelo de vivencia de los argentinos auténticos. Pero lo que el tiempo ha dicho ya con voz secular es que la democracia carece de antecedentes en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nuestra tierra, y que si en el futuro —para satisfacción de los huéspedes— diésemos la zambullida en las turbias aguas democráticas, tendremos que dejar en la orilla los hábitos más arraigados y las creencias más hondas de los argentinos.

H. SAÉNZ Y QUESADA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FLOR DE LEER



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ENRIQUE BANCHS

YENDO hacia qué país te fuiste a pique?
¿En qué profunda cueva submarina
te aprisiona maléfica madrina?
¿Por qué no cantas, silencioso Enrique?

Fernández Moreno comenzaba así un "Soneto a Enrique Banchs incitándole a cantar". Era el año 1927. Estamos en 1941 y todavía podemos hacer las mismas preguntas, todavía seguimos asociando el nombre de Enrique Banchs al silencio. Un aire de renuncia se fué insinuando en el recogimiento de su poesía señorial. Si en su primer libro "Las Barcas" (1907) su voz era impetuosa cuando decía: "¡Gloria al esfuerzo virgen! ¡Paso a la barca nueva!" y si en "El libro de los elogios" (1908), al elogiar *el verso que llega*, aproximaba este grito: "¡Qué alumbre los aires la trompetería!", más tarde, en "El cascabel del halcón" (1909) — obra que nos une a lo tradicional de la poesía española— Banchs nos va diciendo en voz baja: "Que no tenga en tu vida — mucha importancia el verso. — Tú que los haces sabes — qué poco vale eso". Se iba ya anunciando ese silencio cada vez más persistente y apretado en el que Banchs fué cerrando su propia expresión lírica y que le hizo interrogar a Fernández Moreno:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Por qué cesó tu juvenil repique,
finísima campana matutina?
¿Quién te ligó las alas, golondrina?
Di la palabra mágica que explique.

No nos detengamos aquí a decir cómo está hecha la substancia de la poesía de Banchs, no vayamos ahora señalando la extensión y la profundidad de su verso y de su canto para mostrarlos en una exégesis crítica. Digamos, por ahora, que su sinceridad, su sencilla sinceridad de hombre, que le impulsó a escribir sus libros citados y la "Oda a los padres de la patria" (1910) y "La Urna" (1911) y las poesías no recogidas en libro, le hizo también ser fiel a la belleza en sus prosas breves, algunas de las cuales —por ejemplo: "Lecturas" (1920)— fueron injustamente olvidadas hasta por el propio autor.

¿Cómo explicar que "el canto de la cigarra siempre está lejos"?... Dejemos la explicación que sólo cada poeta cobija en el misterio de su ser y oigamos, de nuevo, la invitación del soneto:

"Vuelve a sumarte al armonioso coro,
turbe de nuevo el cascabel de oro
del fiero halcón los apacibles valles"...

La emoción afinada de Banchs, la gama de sus expresiones y el despliegue de sus temas que no están nunca fundados en una actitud literaria y artificiosa sino en una sincera posición de hombre, demuestran siempre la presencia de la Poesía, cautiva en la vida de sus libros y en sus páginas lamentablemente dispersas. Frente a los escasos poemas que hoy recogemos de esa dispersión y mostramos en esta "Flor de leer", finalicemos el recuerdo de aquel soneto con intención firme de actualidad:

"¡Sol al soneto y luna a la balada!
¿Acaso está la patria tan sobrada
de grandes voces, para que tú calles?"

OSVALDO HORACIO DONDO.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

P O E S I A S

ELOGIO DE LAS MANOS MATERNALES

Los que hemos visto venir
E ir
Por la casa la serena
Generosidad que llena
Tus manos, somos cautivos
De lo grande entre los vivos.
Madre, en una estampa ví
Coronados de alelí
Dos ángeles a la puerta
Abierta
Del Paraíso
Y una paloma en el friso
Que era el Espíritu Santo,
Temblorosa como un canto.
El símbolo penetré
Y es mi fe
Que en la casa son tus manos
Como arcángeles lozanos
Protectores
Y en sabia bondad doctores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Señora, pues nos tocaron
Tus manos, ya somos altos
De alma para hechos humanos.

Madre, si partes el pan
Tus manos consuelos dan.
Los sollozos
Temblorosos,
Señora, en dulzura mueren
Cuando tus ternuras quieren
Bajar a nuestros arcanos
Por la senda de tus manos.
Ahora que entro a la vida,
¿Quién de mi espíritu cuida?
Mis pupilas
¿Quién las hace más tranquilas?
¿Quién puso signo clemente
En mi frente
Pensativa
Como fronda de una oliva?
Tus manos me han puesto al sol,
Madre, como un girasol.

VILLANCICO

Señora, pues nos tocaron
Tus manos, ya somos altos
De alma para hechos humanos.

Los que hemos visto venir
E ir
En el hogar grande y santo
El encanto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De las dos manos hermanas,
Un poco austeras y ancianas,
Somos ricos de ilusión...
¡Oh, el iluso corazón!

Sabias en adormecer
Y tejer
Y despedirnos de lejos,
Besos moviendo y consejos;
Sabias manos, sabias manos
Que perfuman nuestros vanos
Sueños juveniles con
Olor a divina unción...
Manos profundas y graves
Que estos pobres ojos suaves
Cerrarán,
Ved que en estos días van
Mis ruegos
Como risueñores ciegos,
A pedir que mi cabeza
Baje vuestra fortaleza.

...Y estoy de hinojos. El Bien
De tus manos venga. Amén.

VILLANCICO

Señora, pues nos tocaron
Tus manos, ya somos altos
De alma para hechos humanos.

(De "El libro de los elogios").

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SONETO

Quiero y no quiero que me quieras. Quiero
abrir el corazón para tu pena,
y al mismo tiempo, con orgullo austero,
dejarlo intacto, como cosa ajena.

Como no sé lo que con él espero
ni qué misión obscura lo encadena,
dueño suyo no soy y en él no impero:
ola soy que lo lleva y no lo llena.

La Muerte dejó en mí este cáliz preso
para apagar su sed en el regreso.
Y yo no sé si lo hallará vacío...

Mas cuando lo alce para el sorbo largo,
diré: ha vivido, pero no es amargo.
No me atreví a tocarlo: no era mío...

ROMANCE DE CIEGO

De Ponciano, varón firme,
los hechos ¿quién contará?
Yo, de la flor de la vida:
la muerte — quiero contar.

En Roma, la gran nombrada,
un hombre subió a imperar:
no la ganó por saberes,
tampoco por leche real;
mas por combate muy fiero
medró mucha autoridad.
Cogió el poder en la hondura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de su broquel militar,
como niñuelos que cogen
la fruta en el delantal.
Maximino era nombrado,
no lo queráis olvidar.

Maximino, ese rey vano,
hinchado de vanidad,
alzaba pecho tras pecho
y todo era para holgar;
no lo metía en las arcas
todo el oro que le dan,
lo aventaba en fantasías
que nunca querré contar.
(Todas las cosas podridas
en escrito no estarán).
Tenía un pie mal nacido,
daba risa al caminar,
las gentes que le seguían
dicen: ¡Y qué bello andar!;
un ojo tenía muerto
circuído de enfermedad;
su compañía gritaba:
¡Ve más que un buen gavilán!
Mas no precies las palabras
lo que quieren figurar:
frase de cortesanía
por grano viejo la habrás.
Este rey que está en escrito
a Orígenes hizo mal.
Orígenes casó el seso
humano y el divinal.
Siete doncellas a un lado
oyendo su labio están,
siete mancebos al otro
oyendo su labio están,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

componiendo sus dictados
liliados de santidad.
Si ahora no está con los santos
el cielo responderá.

Ponciano, pecho de plata,
flor del jardín del Señor,
en la era de trescientos
por nosotros padeció.
Fuera viejo, fuera papa,
sideral predicador,
decía el discurrimiento
como en mayo el ruiseñor.
El pan que daba a las viudas
con su mano lo amasó;
la voz que daba a los vanos
la alzaba en su corazón;
las siete artes sabía
como buen entendedor;
las siete artes sabía
mejor que las sabéis vos.
Era de manos ligeras,
de finos ojos de azor,
los cabellos blanquecidos
entre anocheció y nevó.
Como bajo vieja capa
se oculta buen bebedor,
bajo su túnica pobre
moraba un santo varón.

Nadie quiso que sus dioses
los vayan a derrocar,
porque la ilusión más vieja
es la más dulce verdad.
El emperador que viera
que los dioses andan mal,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por no trocar sus costumbres
arruina la cristiandad.
A los cristianos de precio
mandábalos tormentar,
unos que beban amargo,
otros al río echarán.

A Ponciano, varón firme,
lo fueran a tormentar:
—¡Eh!,; mentiroso, piojoso,
cuero hinchado de maldad,
tus ángeles de seis alas
ahora te librarán! —
Los ojos no alzó del suelo
con humillación sin par,
los ojos no alzó del suelo:
¡fructifique su humildad!
Bajo estandartes gentiles
lo llevan ribera al mar,
lo meten en una nave
que estaba ribera al mar.
La negra nave ligera
volaba en el blanco mar;
oía la voz del santo
la golondrina del mar,
y las estrellas lloraban
sus lágrimas en el mar.

En la tierra de Sardeña,
que la tierra no se ve
porque está dormida bajo
paños de pesada mies,
donde pisan las sandalias
y hacen ruido de rabel
porque están pisando espigas,
que revientan bajo el pie.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a Ponciano allí dejaron
con su báculo y su fe,
con un cuenco de madera
y con su manto también.
(No lo usaba por la nieve,
pero sí por desnudez.)
La nave de alados remos
las ondas aró otra vez
alegremente en los mares,
más ligera que otra vez:
la vuelta a la arena patria
divinizaba al bajel.

Ponciano, ese varón firme,
sus días allí contó,
y cada día sacaba
un mal de su corazón,
como se poda un sarmiento
si el invierno se anunció.
(Siempre se anuncia la muerte:
podad vuestro corazón.)
Ponciano, ese varón firme,
como vivía, vivió.
Es sello de almas alertas
no enflaquecer el valor,
no trastrocar las costumbres
por más que pegue el dolor.
Predicaba en el desierto,
por eso no se inmutó:
le oía el trigo espontáneo,
la oruga y el nardo en flor;
por oir los labios papales,
la golondrina bajó.
Y estaban todos sus gestos
vestidos de blanco sol:
ropaje de más riqueza

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no lo tuvo emperador.
Y él estaba con sus manos
bendiciendo el nardo en flor,
y él estaba con sus hombros
benditos de blanco sol.

Quinciano y Severo, cónsules,
la nave tornaba allí;
volvía la negra nave,
pero era con carga vil.
Marineros descendieron
(¡que no muriesen allí!),
preñados los gordos vientres
con la pasión más ruin.
—Ponciano, por nuestras manos
hoy día habrás de morir.—
Ponciano que nada dice
magüer propincuo su fin.
Naciérale una sonrisa,
sonrisa de serafín,
como hombre que bien sabía
lo vano de este vivir.
Hincó los blancos hinojos,
dobló la cabeza, así
que los cabellos ancianos
cayeron — girón de lis —,
alando las dos mejillas,
y dijo sin odio: Sit.
Irrumpieron los villanos
clamores que sólo oís
entre águilas de espolario.
Dieron al hombre infeliz
unos con varas de almendro,
que hacen al aire gemir;
otros, con varas de pino,
que hacen los huesos crujir...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hasta que lo dejan muerto,
muerto lo dejan allí.
El alma se fué volando
como una paloma gris.

Palomas grises que vienen
quieren su cuerpo guardar;
no lo coman las hormigas
que juntan grano cereal;
abejas sin miel no injurien
sus ojos que no verán.
Tal milagro será hecho
que los libros lo dirán,
lo dirán en letras de ágata
que no se puedan borrar:
las hormigas que viniesen
al cuerpo pontifical,
al tocar la piel del santo
diamantes se volverán.

Cuando es la primavera,
¿sabéis?, canta el ruiseñor
con esa canción tan fina...
La primavera llegó
con esa canción tan fina,
dicen las gentes: — Señor,
¿dónde está Ponciano, pecho
de plata? ¿Vive o murió? —
Una palabra escondida
decía: — El santo murió;
Sardeña, la muy granada,
tiene sus huesos al sol.
Ireisle a buscar ahora
que primavera llegó. —
A buscarlo fueron todos:
San Fabiano acaudilló.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En negra nave ligera
lo traen por el mar azul.
Rodeado de grandes cirios,
que dan las luces en cruz;
rodeado de sollozares,
de lira, flauta y laúd,
todas las constelaciones,
las del Norte y las del Sud,
miraban su cuerpo blanco
ceñido de blanco tul.

Gloria a los santos humildes,
copas eternas de miel;
gloria al esfuerzo, a lo bueno,
a la pureza y la fe;
gloria a los pobres copleros,
que hacen la vida querer
(¡bendito sea el que escribe!):
pueda algún día tener
alguna corona seca
sobre el lecho, en mi vejez.

(*De "El cascabel del halcón"*).

SONETO

¡Oh, pobres, pobres, lamentables cosas!
¡Llenas de eternidad y son de un día!
¡Oh, ciegas, que no saben todavía
lo que duran las rosas!

Mi alma está floreciendo de alegría;
viene la tuya, hecha mariposas,
y escuchan, juntas, las maravillosas
fábulas de la propia fantasía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y no sabemos que tan sólo ha sido
por tu piedad, Olvido, que así truecas
en ala y flor dos almas angustiosas,

para que el viento de lo que ha vivido
no nos arrastre con las hojas secas,
¡oh pobres, pobres, lamentables cosas!

FLOR DE LAS FLORES

Flor de la estrella-federal,
en soberano orgullo empurpurada...
mas yo, en mi torre, aparto la mirada.

Flor de la liana tropical,
te acercas a mi torre, alta y serena,
pero floreces con la sangre ajena.

Flor del sombrío lauredal,
sube obscuro y pesado tu perfume
que, como pesadilla, me consume.

Flor de verónica pradal,
pequeña y tierna, tu humildad es tanta,
que mueres cuando uno te levanta.

Flor de arrayán, flor vesperal,
aunque escondida estás, iré a buscarte
y bajo de mi torre para amarte.

Flor de arrayán, flor vesperal,
voy a buscarte antes que muera el día,
y me dicen, mi amor, que no eres mía...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Flor de arrayán, flor vesperal,
aunque tú no mes ves, siempre te miro.
Con el viento te mando este suspiro.

Flor de arrayán, flor vesperal,
y con la luz te mando esta mirada,
porque jamás podré decirte nada...

SONETO

Fueron un tiempo mi agraciada suerte
diminuto dolor, dicha menuda:
la vida a un lado me dejó, sin duda;
sin duda a un lado me dejó la muerte...

Temí esa paz que sordamente anuda
el nervio fino más vibrante y fuerte;
temí que el alma, poco a poco inerte,
se me quedara para siempre muda.

Pero el silencio, roto apenas, era
acecho inmóvil de escondida fiera...
Saltó de pronto en la callada ruta

y supe entonces del vivir bravío,
tanto, que ahora solamente ansío
dolor menudo y dicha diminuta.

VERSOS DE LA SOLEDAD

Mi obsesión de pavor
va y viene en el pasado:
pájaro alrededor
del nido despojado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Más que huracán y espada,
me conmueve la torre
el agua soterrada
que sordamente corre.

Abrió mi mente una rendija
en el muro de obscuridad:
sólo vió la mirada fija
de la inmutable realidad.

Nave: quisiera partir,
mas tanto me ata el querer,
que quizás anhelo ir
por la dicha de volver.

¿Acaso estas flores de amores
dirán mi recóndito anhelo?:
¿acaso decís, surtidores,
el negro secreto del suelo?

Ausencias sin despedida
al fin encuentran paciencia.
Menos clemente es la vida
para el adiós sin ausencia.

Al corazón sin destino
todos le toman rehén;
y al fin, solo en el camino,
llama, sin saber a quién.

¿Buscando qué, mi angustia va?
(No hay más remedio que seguir).
No he de decirlo, porque ya
no hay más remedio que vivir.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pasión fatal maté, callando.
Ya nadie ve la cicatriz...
¿Y esto que sigue devorando?:
es la raíz.

Cielo azul, alma serena,
cielo azul, cielo dorado,
cielo azul sin una pena
como si hubiera llorado.

ESTELA

Si en el mar de la vida soy estela
que se deshace apenas levantada
tras un brillo fugaz de lentejuela:
estela, espuma, nada...

si en la onda, después que me revela
nada queda de mí, a onda tornada
y muero sin poder seguir la vela
que me crea y se aleja despiadada:

¿por qué del mar fatal alzarme quiero,
y ansioso el rumbo de la nave miro
y un miraje de playa me desvela?

¿por qué, si no sé ir, llegar espero,
por qué mi fe, por qué luchando aspiro
si en el mar de la vida soy estela?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aunque soy la rama inerte
que se lleva el agua ciega,
una voz a veces llega
que me dice que despierte.

Mucha gala y flor primera
tengo cerca cuando paso...
Pero dejo yo al Acaso
que me lleve como quiera.

Bien podría detenerme,
—pues, al fin, a nada sigo,—
pero, ¡bah!, yo mismo digo:
¡sigue siempre!... ¡sigue y duerme!

Aunque soy la rama inerte
que se lleva el agua ciega
sé que el alma a veces llega
a vencer su propia suerte.

Pero de un silencio sé,
—¡qué total y qué vacío!—
cuando inerte, quieto y frío,
me pregunto: ¿para qué?

¿Para qué parar el paso
si tendré que caminar?
¡Si más pronto he de llegar
en el agua del Acaso!

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SONETO

¡Vienes a mí!: y el Universo nace
lleno de repentina primavera.
Sube, desvaneciéndose ligera,
la Tierra al Cielo, para que la abrace.

La Tierra ondea como gran bandera
que a nuestros pies pomposamente yace;
se extiende, se levanta y se deshace
etéreamente en la celeste esfera.

Postrada está la Tierra ante nosotros;
lejos, en ondas áureas se levanta
trémula, melodiosa, pura y santa.

No tiene crimen; no la hollaron otros;
es torrente levísimo de flores
que está manando de los dos amores.

CIELO AZUL

Con repentino sobresalto
—¡qué sólo estoy!, no tengo nada...—
vuelvo los ojos a lo alto:
el cielo, azul; la nube, blanca.

¡Qué sólo estoy, solo y perdido,
rota en pedazos la esperanza!...
Pero me entrego al hondo olvido
del cielo, azul; la nube, blanca.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡Oh, cuántos trágicos afanes
ceniza son, ceniza amarga!...
¡Calla!, ¡no hables!, no profanes
el cielo, azul; la nube, blanca.

Nada reprocho, nada digo;
vuelvo a la altura la mirada:
Lejos, muy alto, están conmigo
el cielo, azul; la nube, blanca.

¡Yo bien sabía que no duran
las cosas nuestras: son palabras...
¡Calla!, ¿no sientes cómo curan
el cielo, azul; la nube, blanca?

Un gran perdón y un gran consuelo
como en un sueño lavan mi alma...
¡Oh, qué piadoso sueño el cielo,
el cielo, azul; la nube, blanca!

¿Tuve algún día, de algún modo,
una amargura, una esperanza?
¡Oh, qué me importa! Allí está todo:
el cielo, azul; la nube, blanca.

QUERELLA

Los ojos que la ven están celosos
del labio que la nombra:
—Es nuestro el raro bien que codiciosos
robamos; y esta lágrima es su sombra.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vosotros sois tan sólo del presente,
prisiones de un instante y no retiro:
no hay más reliquia de la gracia ausente
que el nombre, cuya sombra es el suspiro.

—¡Paz!, dice el corazón: ¡paz!, fraternales
contiendas de dos penas siempre iguales:
Como dos aves de la misma selva,

las dos unidas en un mismo canto:
la seguís si se aleja, ojos con llanto,
vosotros, labios, le decís que vuelva...

LA ESPERA

Poco tengo preparado
para el viaje sin retorno;
miro lo que tengo en torno
y me digo: no es bastante.
Falta, puro, algún diamante
para el alma, un pensamiento
que se lleve como el viento
vanas obras y quimeras
de otros tiempos... ¡Oh, de veras
poco tengo preparado!

Siempre hay algo que me advierte
lo inseguro del camino.
Yo me digo: es mi destino
divagar con el acaso,
ir sin rumbo, dar un paso
sin saber qué cosa quiero
y creer que nada espero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

si no es lo cotidiano.
Mas, que todo eso es vano
siempre hay algo que me advierte.

¿A qué sirve estar soñando
sin ver nunca vivo un sueño?
Desear cosas sin ser dueño
de poderlas conseguir,
anhelar justicia e ir
silencioso lejos della,
en la nada ver la estrella,
sin amar hablar de amar
y ser pronto en olvidar...
¿A qué sirve estar soñando?

Pero ¿esperará mi suerte
que cambie mi corazón?
Que enderece mi atención
a la obra duradera,
que acabe esta vaga espera
de cosa que nunca viene,
que el alma se me serene
y vea esa bruma enorme
de la muerte al fin conforme...
Pero ¿esperará mi suerte?

VETERRIMA LAURUS

Muerta suntuosidad, marchitos oros,
púrpura desteñida, pompa inmota,
corona seca en la columna rota
del templo solo, silenciosos foros;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

parques que el olifante hizo sonoros,
caída estatua en la que puso cota
sombría el musgo, pátina que embota
el brillo agudo en bruma de tesoros:

morada son dilecta de mi alma
que, alumna secular, prefiere ruinas
próceres a la de hoy menguada palma,

y pliega, entre el fragor de vanos vientos,
las inútiles alas aquilinas
en las cenizas de los monumentos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LAMENTACION DE LA ESPADA

La primera vez que el Espíritu del Sabaoth habló de mí, fué para que los hombres no olvidaran que se me había visto, toda en llamas, sobre el dintel del Paraíso perdido.

En aquella remota época era yo una espada de fuego, empuñada por la mano de fuego del Querubín que custodiaba, conmigo, el sendero del "Arbol de vida".

La Familia Humana huía ante la ironía espantable de Dios, por entre las espinas de un mundo desconocido y sembrado de maldiciones, y en donde animales gigantescos —hostiles ya— la miraban hundirse.

¡Ah, dioses tristes y extrañamente desamparados! Agonizaban de juventud y la inexperiencia del Dolor correspondía en sus dos seres —que debían engendrarlo todo— a las inefables fatigas de las postrimerías.

Quizás no era mucho lo que se soñaba en los crepúsculos de tal destierro. Montes y ríos anteriores al Diluvio exhibían en vano sus prodigios y en vano mostraban las mesetas sus vegetaciones enfáticas.

El sol había palidecido para siempre y se agazapaba sobre la Creación la tristeza inmensa del orgullo. Se recordaba mucho al Paraíso; mucho se acordaban de mí.

Un día, por fin, después del primer Crimen, cometido no sé cómo, ocurrió que un terrible cachorro, nacido del hombre de la mano sangrienta, forjó una cosa resplandeciente que se me parecía. Puesto que el Jardín de Delicias

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sólo había existido en la medida en que el alma humana codiciaba el Cielo, y puesto que el Querubín se había cansado de salvaguardar un símbolo no amenazado ya por la nostalgia de ningún desterrado, obtuve el permiso de incorporar mi brillante imagen y de transitar por todos los valles de la muerte a modo de castigo y como divino testimonio de los Extasis.

Fué así la guerra y mi temible lumbre se convirtió por doquier en signo de la Majestad.

Aparecí como el sublime instrumento de la providencial efusión de sangre y en mi inconsciencia maravillosa de elegida del Destino, comulgué con todos los sentimientos humanos capaces de acelerarla.

La Ira, el Amor, el Entusiasmo, la Avaricia, el Fanatismo, la Demencia, fueron servidos por mí de modo tan perfecto que las historias tiemblan de tener que narrarlo todo.

Durante seis mil años me embriagué en todos los puntos de la tierra con matanzas y degollaciones. Ser justa, tener piedad, no me concernía. Bastaba que, por mi vocación, fuese indeciblemente santa y que cegase con tantas lágrimas los ojos de los mortales, para que los más orgullosos acudieran a tantear humildemente del lado del cielo. Maté ancianos que parecían palacios del Dolor; corté los senos de mujeres que eran como la luz, penetré a niños que me miraban con ojos de leones moribundos.

Día tras día galopé, sobre el Caballo pálido, la avenida de cipreses que va "del útero al sepulcro". Convertí en fuente de sangre a todo hijo del hombre que se encontrara sobre mi camino.

Si no golpeé a Jesús fué porque era demasiado noble para El. Era demasiado augusta para que El aceptase la muerte que yo doy. Eso estaba bien para sus apóstoles y para sus mártires; para sus vírgenes y para los verdugos de ellos que a su vez perecerían. No era yo lo que hacía falta al Cordero de ignominia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tengo sin duda el derecho de sentirme orgullosa, pues fuí apasionadamente adorada.

Puesto que era la mensajera o la acólita del Señor Altísimo hasta en la aparente iniquidad de mis vías, pronto se apercibieron que cumplía con una tarea divina y llegó el día en que el heroísmo occidental me dió precisamente la forma sagrada del instrumento de suplicio que me había sido preferido para la Redención.

El mundo entonces cayó en éxtasis ante mi belleza. Los adolescentes cristianos soñaron conmigo; recibí el último beso de los monarcas agonizantes; los conquistadores entrelazados de hierro se arrodillaban mirándome y la oración que inspiraba ensangrentó a continentes.

Cuando se extinguió el entusiasmo de la Cruz, condescendí a la investidura de lo que los hombres llaman Honor. En esa humillación parecí todavía bastante magnífica para que un día Europa entera se precipitara a los pies de un solo amo, que me había colocado en la Custodia de su corazón.

Por cierto que este Emperador de la Muerte no oraba, pero al menos yo infundía a su alrededor la oración del Sacrificio y de la Abnegación, la terrible oración roja que se vocifera en los mataderos de los pueblos.

¡Ah! Por cierto no fué esto tan grande como en el pasado, pero ¿quién dirá hasta cuándo no fué bello? Algo sé yo de todo esto; yo, de quien se ha escrito que debo devorarlo todo al final de los tiempos.

Entre tanto me veo humillada por ignominias indecibles. No se necesitó menos de diez y nueve siglos de cristianismo después de tantos miles de años de idolatría, para que se llegase a prostituirme, pero tal cosa es ya hoy un hecho consumado y he aquí por qué la Parca impasible se desespera.

¡Ah! Sin duda he sido vista a menudo en extrañas manos, manos de opresores, manos de verdugos o de bandidos. Hasta me han visto en la sacrílega mano de los cobardes, de los que yo huía en cuanto sentían rezongar al trueno.

No se sabe lo que peso en la balanza inicua de los victoriosos y se ignora cuán liviana me hago en el puño crispado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de adúlteros y parricidas. Puesto que mi reino es exclusivamente de este mundo, domino sobre el vasto imperio de la Caída y todas las categorías de expiaciones me pertenecen. Los cortos de vista pueden, pues, en rigor, reprochármelo todo, desde que soy, a la vez, Crimen y Castigo.

Pero es tan repugnante lo que sucede en este siglo de roña, desautorizado por la misma canalla del infierno, que ya no sé dónde deberá empaparme el Exterminador un día para purificarme de los usos inauditos que de mí se han hecho. Me he convertido en el último recurso y en la amante fatídica de rufianes en litigio y de periodistas vendidos cuya purulencia espantaría a Sodoma.

Proyectos de hombres, microscópicos Judas, logrados quien sabe por qué fétidos ayuntamientos de viejos venenosos, no contentos con volcarse recíprocamente sobre la cabeza sus almas de estiércol, aún se atreven a dirimir por mi intermedio sus querellas de lupanar.

Osan tocar con sus manos podridas, capaces de oxidar los rayos del día, la Espada de los Angeles y de los Caballeros. Se atreven a ofrecerme sus pechos, sus pechos impurificables que no podría desagotar ningún cloaquista, y de cuyas profundidades brota como asquerosas burbujas... el valor militar.

En otra época, cuando todavía quedaban seres hechos para mandar, no hay duda que hubieran guardado hermosísimos cerdos a la vera de los mismos bosques que hoy se deshonran con sus sucios combates.

Se hubieran considerado demasiado felices en poder pastar a la sombra de las encinas, soñando con robar a los nobles perros del Señor algunas pitanzas adicionales sin exponerse demasiado al garrote del cómitre. Pero estos inmundos viven hoy como si fueran concubinos de la gloria y el rebaño de chanchos que apacentan parece en verdad redondear las tres cuartas partes de la humanidad reblandecida hasta el punto de elegirse semejantes pastores.

Abusando atrozmente de la Palabra, que han convertido en basura estos abortados hermafroditas peroran en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

diarios y asambleas y se embadurnan entre ellos con sus excrementos y su sarna. Los gallos de Francia ya no se atreven a cantar y las tres o cuatro últimas águilas que se han obstinado en seguir viviendo para ser los testigos del próximo diluvio no saben ya dónde descansar sus tristes alas cansadas de sostenerlas sobre este estercolero.

Así puede verse en uno u otro crepúsculo bajo las frondas desoladas, a pálidas carroñas alinearse para esgrimas irrisorias, en las que suele hablarse de honor.

Y soy yo, la antiquísima Espada de los mártires y de los Guerreros, la empleada en esta tarea de albañal.

Pero que tengan cuidado, los palafreneros nocturnos de la yegua popular. Devoro lo que toco y apelaré de mí misma ante mí misma para castigar a mis profanadores.

Mis lamentos son misteriosos y terribles. El primero perforó los cielos y ahogó la tierra. El segundo hizo correr dos mil años de Orinocos de sangre humana, pero al tercero, el de ahora, estoy a punto de recuperar mi forma primera. Voy a volver a ser la espada de llamas y los hombres al fin sabrán, para reventar de espanto, qué cosa es este remolino del que se habla en la Escritura.

LEON BLOY



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La Orden de la Santísima Trinidad fué fundada por San Juan de Mata en el siglo XII, con la bendición del gran pontífice Inocencio III. Se proponía glorificar a Dios por medio del rescate de los cautivos cristianos que padecían entre los infieles.

Muchos frutos de santidad dió desde los días de su fundación esta Orden y por millares se cuenta el número de los que pusieron la vida por Cristo y por sus hermanos, vistiendo el santo hábito de la cruz roja y azul.

Con el correr del tiempo, sin embargo, por la humana debilidad, fué disminuyendo el celo y elevada austeridad de los hijos de Juan de Mata. Posiblemente las mismas circunstancias, en lo que a la suerte y el número de cautivos se refiere, influyeron en esta decadencia. Fué entonces cuando Dios suscitó a Juan Bautista de la Concepción, varón prudente y santo, para que devolviera a la Orden Trinitaria el esplendor antiguo.

Había nacido Juan Bautista en Almodóvar del Campo, España, el 10 de julio de 1561. A los 19 años ingresó en el claustro de los Padres Trinitarios, donde pudo iluminar con su luz —como manda el Evangelio— a todos los de la casa. Comprobó la disminución del primitivo espíritu y no sin inspiración divina se propuso recabar del Papa un Breve *que estableciera la reforma de la Orden.*

Después de muchas penas y trabajos, sabiendo que en la tribulación se prueba al justo, consiguió lo que ansiaba su corazón. Hubo de recorrer entonces los campos de España, propagando la nueva disciplina en todas las casas trinitarias. La santidad de su vida y el ardor de su ferviente caridad le precedían como el calor precede a la llama. Muchos quisieron imitarlo y, dejándolo todo, lo siguieron por el camino de la paz.

Sobre su tumba se escribió este epitafio:

El venerable Padre Fr. Juan Bautista de la Concepción, elegido de Dios para fundador de los Descalzos, que profesan la regla primitiva del Orden de la Santísima Trinidad. Hombre celestial y digno de ser contado entre los varones apostólicos. En la oración, vigilias, abstinencia y mortificación, ilustre. En padecer y vencer trabajos, más ilustre. En la obediencia, pobreza, caridad y celo de las almas, ilustrísimo. En la mansedumbre y castidad, ángel. Aunque murió, no murió: pasó de esta vida miserable a la eterna, donde se halla el verdadero gozo, alegría y felicidad, a 14 de febrero de 1613.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS
del Beato P. Bautista de la Concepción

Estas habían de ser siempre nuestras pláticas y conversaciones, de cómo habíamos de ir adelante y no pararnos, de cómo habíamos de quitar estorvos, allanar caminos y desembarazarnos de todo lo de acá abajo.

DE LA HUMILDAD

1

Cuando los mundanos pisan y desprecian al justo, y lo tienen por estiércol, entonces es cuando la humildad se engendra y se esconde y conserva entre esas injurias y vituperios.

2

Debe ser la humildad como la nieve, que si la arropamos se deshace, y si la manoseamos se derrite; y así, como virtud desnuda, no quiere parecer afuera, sino anda escondida y metida en los rincones y en lo más profundo del corazón, sin se atrever a sacar la cabeza.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3

Aunque es verdad que en cualquier género de virtud es cosa trabajosísima cumplir con los hombres, particularmente con la virtud de la humildad: quiero decir, que es dificultosísimo ser uno humilde ante los ojos de los hombres y quererles satisfacer acerca de esta virtud; porque por el propio caso que quiera dar muestras de humildad, ya no es humildad, sino soberbia.

4

Los letrados sin fruto todo lo hechan en crecer y en levantarse en alto, en envanecerse y ensoberbecerse; pero el alma santa a quien Dios informa y enllena de sabiduría del cielo, humilde se queda.

5

El verdadero humilde, de entre las manos se nos va y desaparece. Mirad a Cristo cuando lo quieren levantar por Rey, que se desliga de entre las manos, huye y esconde.

6

Es la humildad como la buena sierva y esclava que sirve a todos los de la casa, y en el punto que esta sierva quiera tomar estrado y salir al paseo, ya no es esclava ni sierva sino señora. Por eso la soberana Virgen, siendo la más humilde de todas las puras criaturas, dijo al ángel cuando le trajo la embajada del ser Madre de Dios: "*Ecce Ancilla Domini*", Véis aquí la sierva y esclava del Señor. Ahora, pues, bendita Señora; pues ya os han escogido por Reina, por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

señora de los Angeles y de los hombres y por Madre de Dios; ¿por qué os llamáis sierva y esclava? ¿Por qué? Por no perder la humildad, que entre todas las virtudes es la que no quiere estrado, majestad ni grandeza, ni salir a calle ni plaza; porque como es sierva y esclava, en queriéndose hacer señora, luego al punto deja de ser humildad.

7

¡Oh grandeza inmensa de la humildad y del humilde! Que es tan grande y tan levantado, que siendo por una parte la misma bajeza, y tan nada que no le conocemos, por otra parte es tan grande que no lo comprendemos; y si por pequeño se nos esconde a la vista, por grande se nos defiende de nuestro poco saber.

8

¡Oh dichosos humildes! que si en este mundo estáis pobres, en el otro presto sereis ricos, y tanto que seréis los Albaceas del testamento de Dios, distribuyendo por vuestras manos aquellos tesoros eternos. Lo cual nos lo dió a entender San Juan de las manos de Cristo cuando las vido humilladas, mojadas en una poca de agua, lavando los pies cenagosos y polvorientos de Judas y de los demás Apóstoles: que todas las cosas las había entregado y puesto el Padre en sus manos. Eso merecen las manos limpias del humilde, que ponga Dios en ellas su cielo, para que lo repartan a los ricos que lo merecen.

9

¡Oh qué conocimiento el de Francisco, de quien es Dios! pues dice que *Dios es todas las cosas.* Y siendo él tan humil-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de en su consideración, y considerándose por tan nada, esa nada la halla en Dios hecha algo, y tan algo que dice que Dios es de Francisco: "*Deus meus et omnia*". Pues a quien tanto ve, a quien tanto mira lleguémosle a preguntar: ¿quién es Francisco? Dirá que *nada*. ¿Por qué o cómo sóis nada? Responderá con verdad que porque *Dios es todas las cosas*. Mas dice que Dios es suyo: *Deus meus et omnia*. ¿Qué ha de ser Francisco en presencia de un Dios tan grande que es suyo?

10

¡Oh que ciencia y que gramática esta del humilde de tan pocos sabida, y sólo de este corazón humillado entendida!

11

Este nuestro corazón siempre brota y produce cosas nuevas de que desnudándole le haríamos provecho y a Dios servicio y a la humildad cortesía.

12

Llega la humildad a convertir a un hombre deshecho en un Cristo crucificado, que parece anda Dios con el hombre a porfía; porque en materia de humildad no quiere que nadie se la gane, y que siendo El el que la enseña no quiere que sea el discípulo sobre el Maestro. Y si el justo se deshace, y deshaciéndose se hace siervo y esclavo, en medio de esos anonadamientos halla al mismo Dios tan humillado por su bien, que lo halla hecho gusano hollado y pisado en un madero; y así Cristo y los humildes andan siempre juntos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

13

Sobre esa nada del hombre y grandeza de esta virtud, es sobre quien se asientan y toman firme fundamento todas las demás virtudes, y donde ella no vive las demás no habitan, y donde ella se deshace las demás se destruyen.

14

Así como la soberbia es principio y origen de todo pecado, principio y origen de toda miseria y pena, de esa misma suerte, la humildad es el cimiento, el fundamento, la casa y estabilidad de las otras virtudes.

15

¡Oh qué humildad! ¡Aprende Pedro viendo tus pies pobres junto a manos tan ricas! ¡Pies tan llenos de polvo entre manos tan llenas de cielo! Acerquémonos a Dios, y estemos ciertos que de esa cercanía hemos de aprender grande y profunda humildad, como el mismo Cristo nos convida diciendo: *Discite a me...*

16

Esta virtud en el hombre jamás acaba de madurar, de suerte que si por una parte lo miramos y nos parece humilde por otras muchas lo hallaremos hombre. Sólo en Cristo, esta virtud llegó donde había de llegar: allí la hemos de coger y de El debemos aprender como de verdadero Maestro.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

17

El profeta Isaías comparó a Cristo en su pasión a la oveja cuando la llevan al matadero atada de pies y manos, animal que entre los demás, es el que menos molesta con sus balidos. ¡Oh santo Dios mío, y quien pudiera traer a tus pies a todos los soberbios del mundo, para que aprendiendo de tí, Señor mío, verdadera humildad, dejaran sus soberbias, hinchazones, estruendos, ruidos y campanadas que con su poco saber pretenden dar en el mundo! ¡Oh Señor! y que bien, en tan buena ocasión como la de tu pasión, aprenderían cómo la humildad no tiene muestras ni rostro para parecer y darse a conocer, sino espaldas para sufrir; no tiene palabras para responder ni ojos para mirar, pues poniéndole a este gran Dios y Maestro nuestro, título sobre la cruz, de Rey, bajando la cabeza muere, los ojos quebrados y cubiertos de sangre, para nos enseñar que ha de estar Dios premiando a los humildes y levantándolos, y ellos inclinando la cabeza y cerrando los ojos, mirándose a sí propios poco merecedores de tanto bien.

18

¡Que sea Cristo el camino del cielo y camino humilde, y quiera la escoria del mundo caminar por él con soberbia! ¡Que entre Cristo en el reino inclinando la cabeza en un madero, y que quiera el gusanillo del hombre entrar levantándose en sus imaginaciones!

19

No se que hombre que mira esto y halla su vida tan distante y apartada de la de Cristo, vive descuidado, aguardando cielo y premio, que sólo se da a los humildes verdaderos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DE LA PERSEVERANCIA

1

Todo el bien del hombre en la vida perfecta consiste en la perseverancia; porque con ella, en cualquier obra de virtud, por dificultosa que sea, cada día queda el hombre más facilitado, como lo quedan todas las criaturas en sus operaciones después de largos ejercicios.

2

Más razones hallo para perseverar que para empezar.

3

El que quisiere alcanzar vida perfecta ha de seguir siempre a Cristo; no basta haberle seguido y después descuidarse, ni decir: *yo le seguiré*, que ni en lo pasado ni en lo porvenir está la perfección de la vida; porque lo pasado, se pasó y no se conserva (sino es con la duración de la perfección presente) y lo porvenir no sabemos si llegará.

4

No hay que poner los ojos en cosas pasadas, que agua pasada no muele molino; y todo ha de ser presente, no hay que excusarnos con decir que estamos cansados, imposibilitados, y que con una sana voluntad y deseo se da Dios por obligado.

5

Una de las mayores lástimas que hay en el mundo es ver los muchos que empiezan y los pocos que acaban.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

6

El bueno es el que de noche y de día persevera en meditar en la ley de Dios; pero el malo es como el polvo, que si se levanta es para cegarnos y si cae es para dar consigo en la tierra y en el lodo.

7

Es esta virtud de la perseverancia la que a todas las otras premia y quien las entra en el cielo, la que les da lustre y color, quien las hermosea y apoya, y sin quien todas las obras del hombre quedan muertas, olvidadas y como trigo a quien poco sirve el crecer en abril y mayo si en junio no grana.

8

No hay que cansarnos, hermanos, que para sacar el eslabón fuego del pedernal no se contenta con dar un sólo golpe, sino muchos, hasta que prendió la yesca; y el que pedía los panes emprestados (de quien habla el Evangelio) tres veces importunó; y Moisés muchas veces hirió la piedra, para que les diese agua. Terrible es esta nuestra carne, menester es herirla una y muchas veces, para salir con lo que pretendemos, que es *gracia* y *gloria*.

9

Bueno es que nos cure buen médico; pero mejor es no estar malo; bueno es que haya jabón y agua que lave y blanquee la ropa; pero mejor fuera no tener necesidad de lavarla; buena es una posta para el que se descuidó en el camino; pero mejor fuera no quedarse atrasado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

10

Este ha de ser el modo que hemos de tener de seguir a Cristo: que salgamos de la posada de nuestras flojedades y perezas cuando El nos llama, y caminemos tras El; El como Dios, y nosotros como criaturas; el como Maestro, y nosotros como discípulos; El como gigante que sale bien dispuesto a correr su camino, y nosotros como saetas que salimos de su aljaba.

11

¿Qué hortelano hay que se canse de regar sus arbollidos para que lleven fruta, ni se contente con haberlos regado en Abril para dejarlos secos en Mayo? ¿Quién deja de reparar su casa vieja ogaño, porque antaño hizo su deber? ¿Y quién deja de sembrar este otoño, porque recogió el año pasado? No hay holgar ni descansar mientras dura la vida del hombre: es un árbol plantado en la tierra seca de este mundo, un riego y otro tiene necesidad; es una casa vieja, que cada momento desdice de sus fundamentos y ha menester reparo. No hay hora ni momento para descansar en esta vida, aunque se haya alcanzado lo que Adán tuvo en el paraíso; ahí es necesario estar ocupado y trabajar para perseverar en la gracia. Dénosla Dios para que siempre le sirvamos.

12

Fulvius, en un libro que escribió de la antigüedad romana, dice que los romanos edificaron dos templos, uno a la *perseverancia* y otro a la *sabiduría;* y con tal orden, que no se podía entrar al de la sabiduría si no era por el de la perseverancia, dándonos en esto a entender cómo la *perseveran-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cia en todas las cosas es quien saca maestros, quien enseña y hace doctos para soltar y vencer dificultades.

13

Veo está esta virtud de la perseverancia tan desterrada de nuestros términos el día de hoy, tan reñida con los hombres y tan a sombra de tejados, que no se había de predicar otra cosa en las iglesias, ni amonestar en los conventos; y aún en todos los cantones y encuentros de las calles y umbrales de las celdas había de estar escrito esta sola palabra: *perseverancia.*

14

Si la tierra no te quiere, el cielo aguarda; que para quien la tierra falta el cielo espera.

15

Mucho ayuda para perseverar la presencia de Dios, considerar que nos está Dios mirando y que lo tenemos presente en todas nuestras acciones y obras, y que sería grande afrenta e injuria volver las espaldas a un Dios tan grande con quien hemos empezado a tratar.

16

Bueno es que un alma medite en la pasión de Cristo, que es fuego, para en ella retratar un cristo crucificado; pero ha de mirar si en esos pensamientos se ablanda y derrite, si

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se junta y pega con el mismo Cristo, si salen estampadas en sí sus llagas y azotes, sus ignominias y afrentas, deseando padecer mucho por el mismo Dios. Todos de pies a cabeza nos entreguemos en Cristo. Vaya todo, nada quede; pues de nada quiere demos parte al demonio, y en nada quiere tener compañía con él. Démosle el corazón por limpios y santos pensamientos; démosle también las manos por obras con perseverancia.

17

Nuestra perseverancia no sólo ha de ser en los deseos, sino también en las obras; porque en tanto son los pensamientos de valor y estima en cuanto salen afuera y bien se logran.

18

No quiere Dios que nadie se quede en los principios, que el reino de los cielos no es de los que empiezan sino de los que acaban y perseveran.

19

Aprendamos de aquí, hermanos, y saquemos como no ha de ser causa para cortar el hilo de nuestra perseverancia y hacernos detenidos en la virtud, el ver que corta Dios los gustos y consuelos que en los principios nos daba, sino que desnudos y afligidos, de El sólo esperemos, en El le amemos y sirvamos, no como doncellas tiernas que sólo por el olor de los ungüentos hacen grandes obras, sino como almas desposadas con Cristo en la Cruz.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1

El justo junta estas dos cosas que a nosotros nos parecen contrarias: morir y vivir; morir a sí y vivir para Dios.

2

Si preguntamos al justo para qué son tantas penitencias, tantas mortificaciones, etc., dirá que para que la vida sirva en aquello y para aquello que la recibió; y si para eso no ha de servir, piérdase; que menos se pierde perdiendo la vida que perdiendo a Dios.

3

El que se deja llevar de la carne lleva tras sí al espíritu y lo ahoga; pero el que mortifica su carne da vida a su espíritu.

4

Si el demonio acomete al cuerpo e incita a la carne no lo ha por la carne sino por el espíritu.

5

El buscar la virtud ha de ser andando y corriendo, no a saltos queriendo alcanzar por el aire lo que se ha de hallar por trabajo, bajeza y humildad; andando por la tierra y corriendo por los ejercicios santos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

6

El bueno es como el oro, que en el agua de la prosperidad no pierde su valor y en el juego de la tribulación queda más resplandeciente.

7

Sirve la mortificación como las espinas del rosal, para defender las rosas de las virtudes; son estas mortificaciones los montes altos que defienden la subida a los que quieran inquietar y perturbar a un alma; son como la corteza áspera y dura de la palma, que en lo alto conserva la dulzura de su fruto; son tantos los bienes que Dios tiene encerrados en la mortificación interior de un alma, que ésta es el pan cotidiano y la ración ordinaria con que Dios entretiene a los justos en esta vida.

8

Sucede al alma agitada con trabajos exteriores lo que a la mar cuando está turbada, que por grandes que sean las cosas que andan entre sus aguas, nada se ve; como al contrario cuando está quieta y sosegada, que cualquiera pececillo o gusarapo se descubre, y aún hasta las arenillas que están en el fondo.

9

El demonio, cuando topa a un alma ocupada en las bajezas de la carne, da tras ella y con facilidad la cautiva y prende; pero cuando la halla retirada, recogida y fortalecida

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en lo alto del conocimiento de Dios, no le dan licencia a que suba tan alto.

10

Dice Cristo que "el reino de los cielos padece fuerza"; mas la fuerza es de nuestra parte, haciéndola contra nuestras malas inclinaciones, que de parte de Dios no hay fuerza sino aquella que hace la gracia, el amor y bienes con que Dios obliga a nuestro albedrío para que nos apartemos de las criaturas y nos volvamos al Criador.

11

Si me dijeren que el justo ya tiene rendidas sus pasiones y recogidos sus sentidos y macerada su carne, pregunto: ¿Quién deja de temer cuando entra en una casa que hay un león atado y un tigre enjaulado, y que sabe se han soltado algunas veces y hecho grandes males? ¿Y quién puede dejar de temer a su carne mientras en este mundo estuviere, considerando que en casa de muchos justos ha estado refrenada, y se ha soltado y hecho grandes desastres y causado muchas muertes?

12

La imaginación del hombre es como calle y lugar público donde el demonio pasa con sus sonajas haciendo ruido, avisando de las fiestas de la plaza, de las músicas de la calle, de todos los géneros de vanidad que en el mundo corren, a cuyo fin los sentidos, como gente poco cuerda, eso les basta para desear salir y danzar y zapatear, y sólo es el espíritu el que ha de acudir a aprender, encerrar y cautivar toda esta gente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

13

Muy tierna y delicada es el alma que se marchita y seca en la virtud porque en la oración no siente consuelos y gustos espirituales. Es ciertísimo que quien hace crecer la paciencia y fructificar la oración es la sequedad que en ella muchas veces se tiene.

14

Mar es, ancho y grande, el de la virtud y perfección cristiana, mar de dificultades donde ésta nuestra carne navega agua arriba, y tanto, cuanto más le vamos apartando del puerto donde salió.

15

Esto hace el demonio, que a los que ya tiene cogidos y como debajo de red los deja con una falsa paz y quietud; pero cuando ve que el justo corre por el camino de la perfección dále mil gritos, alborota la mar, mueve los vientos y procura dé el navío al través, que no puede sufrir su envidia se le escape ese dichoso bajel cargado de ricas virtudes en el viaje del cielo.

16

Es Dios muy amigo de los perdidos para ganarlos, porque: "los sanos no tienen necesidad de médico".

17

No hemos de ser como el ruiseñor, que sólo canta mientras duran las flores de mayo, como si lo demás del tiempo no comiera.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

18

No hay cetro, imperio ni monarquía que se iguale al fruto que un justo tiene cuando tiene su voluntad conforme a la de Dios.

19

Los hijos del siglo deben tener en mucho a un siervo de Dios, por las penas, muertes y trabajos que en el camino de la perfección pasa, que son las que le constituyen en dignidad y grandeza de martirio prolongado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

L I B R O S

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL ULTIMO PURITANO, MEMORIA EN FORMA DE NOVELA. ("The Last Puritain", Traducción directa del inglés, por Ricardo Baeza). Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1940.

—"El último pelícano", éste es el título de mi comunicación a la Academia, digo, pues, a mis honorables colegas. Ustedes saben que ha pasado un lapso apreciable de tiempo sin que yo trajere aquí alguna contribución original. Este es el fruto de mi trabajo y mi silencio. Como les dije, se titula "El último pelícano".

—Me sorprende sobremanera que usted, académico por la filosofía, nos traiga una comunicación de historia natural, disciplina a la cual, precisamente, le sabíamos poco afecto. Recuerdo (¡oh!, sin rencores, ciertamente) incluso algunas de sus ironías respecto de nuestra miopía intelectual como naturalistas, y de nuestro desdén por las vistas generales, filosóficas, si usted quiere, siempre que demos por admitido que la filosofía existe. Porque los sentidos nos obligan a reconocer la existencia de los filósofos; no digo lo mismo de la ciencia que ellos han creado, como de la nada.

—Cuestión de inteligencia, mi estimado colega, académico por la naturaleza. Pues según sus métodos, la naturaleza existe, y no siempre los naturalistas.

—Antes la naturaleza, después los naturalistas.

—A veces hay que esperar bastante. En cambio, la filosofía está siempre pronta. Ella me ha guiado en la elaboración de esta importante memoria que a usted parece haberle fastidiado, puesto que se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siente invadido en sus dominios científicos; pero, tranquilícese mis métodos son muy diferentes de los suyos. Procedo por vistas generales. Así he descubierto este grave asunto de la desaparición de los pelícanos y quiero llamar la atención de la Academia y por ella, de la Humanidad, sobre el grave cambio que traerá al mundo la extinción de una raza y una especie que tanto ha hecho por el mantenimiento de nuestro mundo habitado, civilizado, a veces.

—Perdóneme usted, mi querido filósofo, pero antes de escucharle sobre tales consecuencias futuras, permítame, como a mi colega naturalista, una reflexión en mi carácter de académico por la astronomía. Usted se alarma por el mundo que será mañana pues carecerá de pelícanos. Reflexione usted que el mundo gira y rueda y ronda indiferente, a pesar que ha visto extinguirse otras entidades mucho más importantes que sus simbólicos palmípedos. Las condiciones generales de la estabilidad del cosmos son mucho más poderosas que lo postulado por usted.

—La muerte del último pelícano será un desastre para el mundo. A eso se debe mi comunicación de hoy. Ustedes no lo ven pero yo sí, porque soy filósofo. Ustedes se pierden en el caos de los pormenores. Incluso usted que profesa la astronomía: el cosmos de usted es un cosmos de los movimientos. El mío está hecho de una espiritualidad existencialista, como una cascada que luego asciende en vapores para más luego descender en lluvia benéfica.

—¡Uy! señor filósofo: esas cascadas me recuerdan peligrosamente las cascadas de sonidos y colores que edificaban las catedrales de Thomas de Quincey en sus visiones del opio.

—Malas lecturas, nada más. Ustedes los hombres de letras viven de las letras de los otros. Nunca he encontrado un literato de veras que lo fuese como un poeta, que vive de si mismo. Mi filosofía vive de sí misma, como una existencia, a veces sin lecturas. Pero volvamos a mis pelícanos. Mis profundos estudios sobre el asunto me han revelado que es el pelícano el ave-tipo. Encarna la realización superior de los ideales de las aves. Los seres existen (mi filosofía, os lo repito, es existencialista) como representación exterior de una idea-tipo. Nada más alto que el pelícano.

—Yo, señor filósofo, en mi condición de naturalista, le digo que está usted sólo en su opinión.

—Exactamente, estoy solo. Y las cosas naturales están en contra mía. Por eso el último pelícano está a punto de desaparecer.

—¿Y quién le ha dicho eso? ¿Cómo lo ha descubierto?

—Ustedes no me entienden. Creen que yo desciendo tan bajo en mi filosofía como para preocuparme por esos bicharracos absurdos,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con picos monstruosos, gargantas en bolsa, y que según dicen los viajeros son de un olor repelente que se percibe desde mar adentro. Mis pelícanos son existencialismos. Si desaparecen de mi cosmos, mi mundo queda cachado como una luna en cuarto menguante. Mi mundo es el mundo. ¿Acaso no les interesa a ustedes el mundo? El mundo es necesario. ¿Qué pueden pensar ustedes si yo no les suministro el pensamiento? ¿No decían ustedes naturalistas y astrónomos, que el cosmos no lo pueden concebir? Pues yo se los edifico. Mi mundo es el mundo de ustedes, para ustedes. ¿Acaso me sirve a mí?

—Señor, eso está contra la razón.

—¿Qué es la razón?

—¡Un momento, señores! ¿Quién es este gigante desmelenado que entra en nuestro recinto sin permiso de la Academia?

—Yo soy Domingo. Estoy harto de vuestra holganza. Profanáis las palabras. Las palabras deben alabar a Dios como los árboles y las calandrias. Estampáis pensamientos con palabras y son sepulcros blanqueados porque no tienen dentro la inteligencia, que les da vida; la inteligencia, que viene de Dios, y es un reflejo de Dios. Los seres pueden ser tomados como símbolos porque los seres son un reflejo de la inteligencia del Espíritu Santo, creador. La paloma simboliza, el fuego, la llama, simbolizan. En nuestra naturaleza caída y redimida, cuyo misterio excede a toda vuestra astronomía y biología y literatura y filosofía, necesitamos el modelo, el ejemplo invitador para saber qué cosa hacer en este pobre mundo. La paloma es el ave ejemplar, que vive de los granos de trigo, que no posa sus pies en el barro. La historia de los hombres no es diferente; los más semejantes al Hijo del Hombre son los hombres ejemplares. Todas las demás tentativas, con todos los nombres en todos los idiomas, son remedos del diablo: cátaros en la antigüedad que sabían griego, puritanos en la que ya ignoraban el latín, los dos quieren decir lo mismo. Los dos mienten lo mismo. ¿Sabéis por qué? Porque el ser humano más parecido al Hijo del Hombre era una mujer, que era su Madre. Todos los hombres que han entrado en el Paraíso, que quiere decir el Jardín Delicioso, han imitado a la Madre para parecerse más al Hijo. Pero estos orgullosos que se llamaron a sí mismo "puros" renegaron de ella, que era toda pura. Se pierde muy poca cosa con el último puritano. — *EMILIANO MAC DONAGH.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA FILOSOFIA EN LA EDAD MEDIA, por Etienne Gilson. Ed. "Sol y Luna", Bs. Aires.

Sin duda alguna estamos viviendo una época en que sufren profunda alteración afirmaciones que parecían definitivamente consolidadas. La investigación científica desapasionada aventa muchas leyendas forjadas por la hostilidad de algunos y sostenidas por la ignorancia de la multitud, especialmente la multitud de los semi-letrados y semicultos.

Entre esas fantasmagorías que se disipan figura la de la Edad Media concebida como un antro tenebroso donde la inteligencia yace aherrojada por el dogmatismo y la intolerancia, negra visión fabricada y difundida a todos los rumbos por quienes detestan el profundo sentido religioso de la realidad medieval.

Para los que siguen creyendo en la verdad de aquel oscuro cuadro, este libre de Gilson —profesor de la Sorbona y del Colegio de Francia—, tiene que resultarles, cuando menos, causa de hondas reflexiones. Sus capítulos son como otros tantos ventanales por donde entra la clara luz del pensamiento del autor. Lo que antes podía parecer brumoso y sombrío se ilumina con esa vivacidad que presentan los vitrales multicolores cuando un rayo de sol los atraviesa.

Gilson, artesano que conoce a fondo su oficio y lo ejerce con amor, no ha hecho un trabajo para especialistas sino una obra al alcance de cualquiera que, poseyendo una mediana ilustración, se interese por las cosas del espíritu. Por eso, a pesar de toda la erudición que presupone y la síntesis de saber que implica, esta "Historia de la Filosofía", es un libro sencillo pero al mismo tiempo provechoso y ameno que muestra el desenvolvimiento de la filosofía desde el siglo IX hasta el XIV.

No sólo explana el autor con rigurosa objetividad los diferentes sistemas en que cristalizó el pensamiento filosófico de la época que estudia, sino que nos descubre su entraña viva, la idea central que a cada uno sustenta, la fuente de donde derivan y las proyecciones y consecuencias que ulteriormente tuvieron en la evolución de las ideas. Para que el cuadro sea completo, no omite Gilson una referencia a las filosofías orientales, árabe y judía, cuyo conocimiento —de la primera sobre todo— reviste especial importancia si se repara que fué ese el conducto por donde llegaron durante mucho tiempo las ideas de Aristóteles a la Europa Occidental, y ya se sabe cuánto significa el filósofo griego para el desarrollo del pensamiento medieval. A la exposición de los diversos sistemas agrega siempre un breve juicio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

crítico y algunas notas biográficas sobre ciertos filósofos con lo que el texto gana en atractivos.

Ciérrase el libro comentado con un *Balance* que es un compendio de la materia tratada. Deja allí sentado Gilson todo lo que el pensamiento contemporáneo debe a la Edad Media cuyo fruto intelectual fué la escolástica, la que después de haber asimilado y superado la filosofía helénica echó las bases de la filosofía y la ciencia positiva modernas. Es falso, pues, considerar a la filosofía medieval como un episodio que halla en sí mismo su propia conclusión. La Edad Media no es una cuenca vacía y árida que separa dos épocas fecundas; por el contrario, es un período de intensa y fructuosa actividad intelectual. El estimulante de esa actividad y al mismo tiempo el gran problema de la Edad Media fué el de las relaciones entre la razón y la fe. Los siglos X y XI están llenos con los rumores de las disputas entre dialécticos y teólogos. No pudiendo aislar ni confundir la razón y la fe, se llegó a la conclusión de que era preciso distinguirlas y armonizarlas. Desde Santo Tomás en adelante se supo lo que puede y lo que no puede la razón librada a sí misma. "La filosofía moderna, —afirma Gilson—, no ha tenido que luchar contra la Edad Media para conquistar los derechos de la razón; al contrario, la Edad Media los ha conquistado para ella y el mismo acto, por el que el siglo XVII se imaginaba abolir la obra de los siglos precedentes, no hacía sino continuarla".

Esta "Historia de la Filosofía" une a su subido valor didáctico una innegable belleza literaria. La traducción castellana excelente e inmejorable, la presentación hace acreedores de un merecido elogio a sus autores. En resumen, un libro a todas luces digno de leerse con provecho y un gran acierto editorial. — *M. J. GOMEZ FORGUES.*

DOCUMENTOS DE ARTE ARGENTINO. Publicaciones de la Academia Nacional de Bellas Artes. Buenos Aires, 1939 - 1940.

La Academia Nacional de Bellas Artes está desarrollando un plan de publicaciones referentes a documentos de "arte argentino", serie de muestras gráficas realizada con acierto, mediante buenas y a veces excelentes fotografías precedidas por prólogos explicativos a cargo de los arquitectos Buschiazzo y Noel. Lleva publicados hasta ahora seis cuadernos con ejemplos de monumentos levantados por el trabajo ilus-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tre de los Conquistadores y que perduran hasta nuestros días, algunos como simples ruinas. Esos cuadernos muestran, precisamente en sus títulos, la estela de cultura que venía bajando junto con la Conquista, desde el Norte rico de verdadera riqueza, hacia el Sur poblado de indios. He aquí los nombres: I La Iglesia de Yavi; II De Uquia a Jujuy; III Por la ruta de los Incas y en la Quebrada de Humahuaca; IV De la Puna atacameña a los valles calchaquíes; IX La Estancia jesuítica de Santa Catalina; X La Estancia jesuítica de Jesús María.

¿Quién que haya andado por esas regiones, sobre todo por las norteñas, no ha visto la desolación suplantando la abundancia que estos testimonios implican? Ahí están, desmesurados frente a las poblaciones y a los hombres contemporáneos, como jalones indicando el retroceso que podría sintetizarse en la fórmula: *cultura - instrucción*. Porque, sin duda, en cualquier pueblo de hoy funcionará una "escuelita" (palabra casi de tango), y algún bolichero turco tendrá prendida siempre su radio, y simulará el comité ser expresión de la "voluntad popular". Pero qué miseria, qué nada en esas cabezas y en esos corazones, pese a la mística del gran periodismo.

"Documentos de arte argentino", titula la Academia a sus publicaciones, y está bien así, porque es un nombre adecuado. No es español. Es de estas tierras, y aunque fueran españoles los maestros —que no siempre— la obra se *coció* al fuego de aquí. Es argentino, como la gente de esa época lo fué también aunque no usara el apelativo. La Argentina ya alentaba en la colonia y nuestra historia es continuación de su historia. Y sin embargo —quién puede negarlo— aquello era también España. España trajo con el verbo, toda su vida, que nosotros heredamos. Pero no por hablar español dejamos de ser nosotros mismos, sino al contrario. Y en eso está el vínculo que a muchos puede parecer y que otros quieren ver oscuro. La familia se perpetúa en los hijos y el honor de la familia está depositado en los padres. España nos fundó y por eso nuestro honor es España que se perpetúa en nosotros. Y esto nos da identidad. Queden entonces como malhumorados gritos los de algunos argentinos que renegaron de la prosapia, porque la prosapia no desaparece aunque se grite. Eso de la generación espontánea murió como mito científico, después de haber asustado a las viejitas y haber complacido a los hombres de largo bigote: ahora va desapareciendo ese otro parecido mito laico que se quiso levantar, y que diluía nuestro origen racial afirmando, poco más o menos, haber nacido como país de golpe, cierto día lluvioso bajo unos paraguas apretados.

Pero es de mala raza despreciar a los abuelos y por eso ahora brota nuestro fervor por ellos. Brota y a veces se expresa —como todo fervor— en precipitados arrepentimientos, en gestos prontos, como quien salva lo que puede. Ahí está el Cabildo de Buenos Aires, que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fué en un tiempo disfrazado, mutilado, y estuvo a punto de desaparecer; ahí está el Cabildo fundador, otra vez lavado y como re-hecho cuidadosamente. Pero aunque puedan prestarse a críticas puramente teóricas, esos serios esfuerzos de rectificación ayudan a salvarse porque tienen algo de símbolo. Y si no: ¿cómo se explica el haber rectificado la dirección que nos alejaba premeditadamente hasta el recuerdo del "oscuro vasallaje colonial" y se produce ese desagravio hacia la más neta expresión de la colonia? No porque las directivas oficiales acusen síntomas de conversión. Sin embargo la realidad está. He ahí, como decía, el valor de símbolo que tienen esos actos inexplicables pero promisorios.

Todo esto sugiere también la publicación de los documentos de "arte argentino". La comparación entre nuestro horror y aquella grandeza es terrible. No porque nuestra nulidad sea consecuencia exclusiva del divorcio con España, pues la decadencia que padecemos es un fenómeno universal y el mundo hace rato que anda a tientas por los caminos, y con el mundo también España. Pero lo que surge como luz repentina es otra cosa, no negativa sino positiva, una comprobación gozosa. Y es que en esta tierra la arquitectura —y con ella las demás artes— tuvo expresión, si pobre en medios, plena en valor como muestra de cultura. Ya no nos avergonzaremos de nuestra realidad. La achacaremos —y con justicia— al momento que la humanidad transcurre. Y sobre todo, podremos sentir como la confianza del hijo, afirmado en el recuerdo del padre cuya vida le cuentan.

La pobreza de los medios, precisamente, es una prueba para el valer del arte, cuya más representativa manifestación es la arquitectura. Las demás artes "funcionan" dentro de ella. Pueden estar aisladas como partes de un poema, partes completas en sí, mas cuya plenitud reclama su fusión con el todo. Y la verdadera arquitectura exige, a la inversa, el concurso de esas dos otras manifestaciones. No importa que se perciba la pobreza en la mano inexperta o en la técnica novicia. Si hay vida hay arte y la vida siempre se expresa con fuerza. Por eso hacía resaltar lo de la probreza en los medios, pues sin que pueda suponerse mayor, se ha empleado en estos ejemplos —con la audacia y personalidad de que ahora carecemos— los recursos más valiosos de que pueda echar mano una arquitectura legítima, hasta llegar a trascender esplendor de formas y de colores. No se ha eludido el problema de la decoración, para llamarle con una palabra de significado corriente. Pese a las dificultades que se habrán combatido (escasez de artesanos y de recursos, mentalidades semisalvajes) están resueltas haciéndoles frente. Las tallas, los recuadros, las pinturas murales, la molduración, y sobre todo *el color*, muestran el dominio del artista, que se expresa también en la fuerza de los volúmenes y en la originalidad de las formas. Y si a veces la decoración carece de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

soltura, siempre en cambio está bien puesta donde está. Adviértense también ciertas esculturas y cuadros traídos de la Península o de los centros más ricos de América. Pero lo directamente resuelto "en el terreno" acusa sin lugar a dudas la trasmisión legítima, cosa distinta de la imitación, por cierto.

Resulta entonces que en las despiadadamente pobres regiones del Norte argentino (las Quebradas, las punas desérticas), donde el ritmo de la época a lo sumo se nota en algún nuevo surtidor de nafta (sucedáneo moderno de las antiguas formas arquitectónicas), en esas regiones que han permanecido durante lustros como muertas y donde la miseria aplasta a la totalidad del hombre, resulta que en esos pueblos alguna vez alentó la creación artística, que se da sobre la tierra de la manera igualmente misteriosa que se dan los frutos. No la creación académica. Y eso es lo importante. La creación auténtica —que en cierto modo podría llamarse popular— es cosa distinta de la académica. Esta es premeditada, estéril; la otra espontánea, fecunda. La enseñanza académica aparece donde se funda una academia y mientras un presupuesto pueda mantenerla. La auténtica brota donde Dios quiere y cuando quiere. Claro que también hay técnica y enseñanza en ésta, pero no es todo, pues si no ¿cómo se explica su desaparición allí donde se ha expresado anteriormente?

Y es el caso de señalar ahora una grave realidad de nuestros tiempos que, ciertamente, habrá sido ya destacada. No existe expresión colectiva y espontánea del arte. Si hay correspondencia entre la manifestación artística y el ambiente (tal vez la *voluntad de forma* de Worringer), es decir, si la emoción se produce por medio de formas propias de cada época y lugar: ¿qué es lo que pasa en nuestros días? Insisto en que no se trata de los casos aislados. Pero el hecho es que la "producción" colectiva de la obra es mala, es pésima. Ya ha pasado el momento fugaz en que se reclamó nuestra emoción frente a una pipa, un bidet, un automóvil. Esos son objetos secundarios, y cada época los tuvo de semejante categoría. Pero falta el aire artístico, ese milagro (posiblemente humano) causa y efecto de un ambiente cuya expresión es el tipo de creación viva y bella, desinteresada e indispensable.

La arquitectura, la pintura, la escultura, documentados en los cuadernos de la Academia de Bellas Artes, demuestran eso: que han sido obras auténticas brotadas allí, algunas entre los cardones, otras entre los arroyos del paisaje. La libertad (en el buen sentido de la palabra: elección entre lo bueno) es condicional al arte. Los estilos arquitectónicos son una prueba de ello, pues sin libertad nunca la humanidad hubiera salido de su primer estilo. Ahora se pretende petrificar la variedad que significan los estilos convirtiéndola, por increíble inversión de conceptos, en inflexible guía que corta toda inspiración. La

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

creación artística es dinámica y su clasificación en estilos sólo responde al interés del estudioso, del coleccionista. Y aquella condición está cumplida en la "falta de estilo" de la arquitectura reseca de las iglesitas atacameñas, o de la decoración del púlpito y en el Cristo de la Catedral de Jujuy, o de los patios de las casas encaladas de sol.

Por eso el nombre de arte argentino resulta adecuado. Y si se advierte todavía que la alta expresión de la cultura es su manifestación colectiva, fruto del medio en que se expresa, se tiene valorizada la calidad de la época aquella. Porque las manifestaciones individuales son nada más que un síntoma de cultura y pueden atribuirse a fenómenos de importación o de esfuerzo personal; pero la manifestación generalizada es consecuencia del ambiente y equivale a la cultura misma.

La época de la colonia era, pues, una época culta. Esta no lo es. Y si ciertas expresiones particulares sobresalen hoy por encima de las posibilidades antiguas —como un buen museo, una buena biblioteca, un buen políglota— ellas constituyen sólo esfuerzos aislados que no emergen de la raíz de la comunidad. Es que no hay estilo. No hay cultura.

Carrizo recogió de labios criollos viejísimos, restos de las canciones trasmitidas por tradición desde la época de la Conquista, es decir de España, es decir de Roma, es decir de la Cultura. Los hijos de aquellos viejos ya los habían olvidado. Habían roto el hilo que los conectaba con esa vida del espíritu y sus bocas sólo pronunciaban las palabrejas técnicas o tangueras de que se compone su reserva de personalidad.

Tal ruptura, que es regresión, se percibe en todas las manifestaciones cualitativas. Porque el campanario de cualquier iglesita de aquellas es más arquitectura que un rascacielos de Buenos Aires, y su lección es más útil —si se la aprovecha— que el conocimiento de la estilografía. Es que su existencia no nos es forastera, sino que tiene, al contrario, como un parentesco con nosotros, merced al lazo que al vincular las expresiones artísticas con los hombres, da la prueba de su autenticidad.

Confortémonos con el testimonio de esos documentos. Ahí están, fruto en estas tierras vírgenes del impulso vital de la Conquista, las obras que hoy en vano pretenderíamos realizar. Hemos caído en la idolatría del tamaño o de la moda, y nuestro gusto se ha estragado por la ramplonería. Pero ahí están esos testimonios. ¿Imitarlos? Sería una ramplonería peor. Copiar un estilo, un modo espontáneo, es un crimen de lesa inteligencia. ¿Se respetaría al poeta que pretendiera crear imitando, por ejemplo, a Góngora? El "estilo colonial" en la arquitectura contemporánea, no es otra cosa que una muestra más de incultura mezclada con impotencia. Por ahí no se llega, no se puede llegar a nada.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y no hay cosa más desgraciada que las tentativas de fecundación artificial para continuar en nuestros días con las formas arquitectónicas "coloniales", cuya vigencia exige torturar la realidad.

La lección de estos ejemplos de arte argentino es *otra cosa* y tiene los dos aspectos dichos: el de enseñarnos las obras de verdadera creación artística nacidas en estas tierras que vivimos, y el comprobarnos que las fronteras de nuestra patria en el tiempo, se abren más allá de las fechas locales y entroncan con la misma cristiandad: que somos ciudadanos del mundo y no aborígenes cercados por los océanos. Tal desmesurada lección tiene un carácter superior al simplemente estético y sus efectos se relacionan hasta con nuestro destino de pueblo. Pues si bien esas reliquias ofrecen entre ellas desigual inspiración, de todas dimana, en cambio, esta promesa: nuestra tierra, que ha fructificado en arte verdadero, espontáneo, popular, nuestra tierra, apenas la humanidad se recobre y convalezca, volverá a palpitar con la vida de la sangre, un rato interrumpida. — *CARLOS MENDIOROZ.*

HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL DE LA EDAD MEDIA, por Henri Pirenne. Fondo de Cultura Económica. México.

Mi imperfectísimo conocimiento de la materia me impide refutar el concepto corriente que atribuye a Karl Marx la valoración del factor económico en la historia. De todas maneras, pertenezca a quien pertenezca la paternidad de esa tendencia da lo mismo: "Deus escreve direito per linhas tortas". No estaría de más asignar al explosivo autor del "Manifiesto" su confortable lugarcito en las filas de la Tradición.

Porque es cierto que la historia económica se ha incorporado a la cultura de Occidente y por cuanto "crece sobre una raíz vital" —como nos decía Sepich— podemos postular que esa incorporación sea permanente.

Vez pasada hablaba Ortega en "La Nación" sobre la lentitud con que la historia ha tomado conciencia de los diversos elementos que la integran, que en tal medida ha retardado su constitución como ciencia con sus principios y necesarias conclusiones. Seguramente hay algo más que esa lentitud para estorbar en las disciplinas cuyo objeto lo constituye el hombre integralmente considerado, el paso de los principios ciertos a las conclusiones necesarias: la estructura íntima de lo humano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y aquí la certeza de atribución al amigo Karl se libera de vacilaciones. Porque si sólo a regañadientes y por mi ignorancia me resignaba a admitirlo en el armónico palacio de la Tradición, sin temor de la contraria lo confino al campo de concentración de la heterodoxia. Puede ser que antes de Marx no se advirtiera la relación necesaria de la historia y la economía, pero es cierto que antes de Marx no se pretendía la subordinación necesaria de la historia a la economía. Aquí su originalidad es evidente y su responsabilidad plena. Aunque si bien se mira no tan plena: Marx creaba un mito político y no un método histórico, más tarde vinieron los historiadores políticos y barajaron los dos mazos sin culpa del progenitor.

Henri Pirenne no era ciertamente un historiador político. Era historiador nato y rato. Si estudiaba la economía obedecía a su afán de dar razón de los hechos pasados. Es también posible la concurrencia de un motivo personal. La historia de su patria es una de aquellas —como la de Venecia, Inglaterra o Hispano América— más difícilmente comprensibles sin el adecuado conocimiento del factor económico.

Pero, desligado del preconcepto de los historiógrafos marxistas, no confunde la condición que dispone con la causa que determina ineludiblemente.

En las épocas de incomunicación y aislamiento que siguieron para Occidente de la invasión de árabes y normandos, éstos y Venecia subsistieron como únicos agentes del comercio, y este importantísimo vehículo de cultura fué fecundo en Venecia y no lo fué en Escandinavia sino muchos siglos más tarde cuando su exclusividad había desaparecido. Más sutil aún la relación del comercio italiano con las Cruzadas sin que nuestro autor ceda a la tentación de explicar lo más por lo menos. Las escuadras italianas no dan razón de las Cruzadas como la digestión de Dante no da razón de la Divina Comedia, pero es indudable que sin las escuadras italianas y sin la digestión de Dante ni las Cruzadas ni la Comedia habrían existido.

También puede encontrarse aquí la huella de la historia de Bélgica en el escritor. ¿Qué cúmulo de circunstancias económicas puede dar por sí sólo razón de la fidelidad de las Provincias Meridionales a la Casa de Austria y su separación de las Septentrionales? ¿Qué comunidad con la Metrópoli había en unas que faltaba en las otras?

Si Pirenne es impermeable a prejuicios de escuela económico-política no lo es menos a los de escuela histórica.

Nos era familiar aquel zarandeado concepto de diez siglos de Edad Media igualmente obscuros e iguales a sí mismos, pesado letargo, gozosa alborada renacentista, etc., etc. Pues en este librito el historiador

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

arremete y desbarata contra el mito en uno de sus aspectos. En "Mahomet et Charlemagne" había discutido lo de los diez siglos dando una memorable semblanza de las edades de transición, de la que no puedo ocuparme ahora, pero que cercenaba tres siglos a la pretendida "Edad Obscura".

Ahora el estancamiento en incomunicados dominios rurales que corresponde al obscuro cultural se ve confinado a la segunda mitad del siglo IX y al siglo X, ya que en el siglo XI renace el tráfico comercial y la vida urbana y la actividad económica se diversifica, y a esta diversificación y nueva vitalidad dedica Pirenne su atención predilecta.

Viollet-le Duc y Ruskin demostraron que en lo artístico no tenía vigencia el concepto de la infecunda uniformidad medioeval; De Wulf y Gilson, entre otros, extendieron la excepción al campo del pensamiento, Pirenne, con esta obrita, al económico.

Inútil insistir más para señalar su importancia. — *ALBERTO ESPEZEL.*

ESCRITOS ESPIRITUALES, por Charles de Foucauld. Traducción de Antonio Vallejo. Prólogo de Mons. Roberto J. Tavella. Gladium. Buenos Aires, 1940.

Hace veinte años ya que el Vizconde Carlos Eugenio de Foucauld viene atrayendo hacia sí la atención del mundo cristiano. Su trágica muerte, ocurrida en 1916 en el hoy célebre lugar de Tamanrasset, no sin los caracteres del martirio; la interesante biografía que le consagró en 1921 la fina pluma de René Bazin y que se difundió en la impresionante cantidad de ciento treinta y cinco mil ejemplares, y los numerosos y variados estudios de que ha sido objeto posteriormente, lo han colocado en el pináculo de la fama. En la actualidad es para los franceses un héroe nacional. Figura entre los viajeros más ilustres en razón de las atrevidas excursiones por las vastas soledades del norte africano a que lo llevó la intrepidez y el arrojo de su temple. Al lado del general Laperrine encabeza, según el senitr de todos los historiadores de aquellas últimas etapas de la conquista de Túnez y Marruecos, las fuerzas que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

extendieron las fronteras de su país en beneficio de la civilización occidental. Para Monseñor Boucher, presidente de la Obra de la Propagación de la Fe en París, es, en la vida que de él escribió, el acabado modelo de la Francia misionera. Monseñor Vaussard y el canónigo Dermine estudiaron en sendos libros la espiritualidad personal del asceta, con el fin de descubrir y vulgarizar los principios que la informaron. Y el R. P. Georges Gorrée, de los hermanos de la congregación religiosa instituída para perpetuar ese espíritu y las obras que sustenta, nos lo ha presentado en "Tras las huellas del P. de Foucauld", como el legislador de un nuevo monaquismo.

Para mostrar las múltiples modalidades de un alma tan noble y elevada, no podrían haber sido mejor escogidas las selecciones que constituyen los *Escritos Espirituales*. Bazin, que tuvo la suerte de poder compulsar una documentación de abundancia tal que le parecía haber asistido personalmente a los diversos episodios de la vida de este hombre extraordinario, afirma que no todo lo que confió al papel en los monasterios o en el desierto está hecho para la "publicación mundana". Prefiere que permanezcan muchas cosas en la recogida intimidad de los originales. Lo verdaderamente sustancial, lo que puede ser comprendido y gustado por toda la cristiandad, fué reunido en este volumen de los *Escritos*, aparecido en francés en 1923 y que ahora nos ofrece en puro y correcto castellano Antonio Vallejo. Ni "Le Modele unique" ni "L'Evangile presenté aux pauvres du Sahara" ni las cuarenta y ocho cartas al teniente coronel Henry de Castries, también escritos suyos, tienen el mismo interés, a no ser para lograr un conocimiento más perfecto de lo que tan experto misionero pensaba acerca de los métodos que habría que adoptar, si se quisiera arrostrar el angustioso problema de la conversión del Islam, que fué la obsesión de sus últimos días.

Beba en esta cristalina fuente el que desee gozar la fruición de la cálida y tierna exégesis de los Evangelios a que se reduce la doctrina foucauldiana. Seis años de reflexiones trascendentes en la Trapa; tres de humildes prácticas y altas contemplaciones en Palestina, y quince de generoso desprendimiento y santas efusiones ante el atacamiento de Dios en los confines del Sahara, todos los magníficos frutos del eremo, que forjó a los santos de otros tiempos, hallará el lector acumulados y distribuídos con inteligencia en las ciento sesenta y tres nutridas páginas de este hermoso libro. — *Juan Ignacio Pearson. Pbro.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FILOSOFIA MODERNA Y FILOSOFIA TOMISTA, por el Pbro. Dr. Octavio N. Derisi. Editorial Sol y Luna, Buenos Aires.

El libro que juzgamos es tan denso y rico en contenido que impide toda divagación literaria, encaminada a ganar tiempo y cuartillas.

Varias monografías, pronunciadas como conferencias, o publicadas en formas diversas y distintas oportunidades, reunidas en un solo volumen, organizadas y eslabonadas bajo una idea central, constituyen su unidad en la caracterización y valoración *crítica de dos concepciones de la filosofía: la de la filosofía moderna con Descartes y Kant a la cabeza... y la filosofía tradicional, que recibe la suya de S. Tomás de Aquino.*

En el prólogo escrito con brío y entusiasmo, a pesar de la aridez y descarnado del tema, el autor nos preludia la nota dominante de la obra, que en ningún momento desafinará, ya nos exponga lo que él llama la *tragedia* de la filosofía moderna, ya cuando nos devele las conclusiones consoladoramente realistas a las que arriba la filosofía tomista enquiciada en el *ser.*

La filosofía moderna *que comienza por no poder obrar y acaba por no poder ser,* ha perdido, con su desarticulación del ser, el principio indispensable de solidez y fecundidad filosófica... *La pérdida del ser ha condenado el esfuerzo de la filosofía de los últimos siglos... a la esterilidad, a la discontinuidad, a la contradicción y despedazamiento interno, con el consiguiente estancamiento y fracaso de sus sistemas. Parece haber substituído y buscado más la originalidad y celebridad que la verdad, supremo y único valor de discernimiento en filosofía.*

¿Cómo ha llegado la filosofía moderna a este saldo realmente trágico de dualidad irreductible entre el ser y el conocer, el conocer y el obrar; lo trascendental y lo real; lo fenoménico y lo absoluto; el mundo y Dios? Nos lo expone con concisión de filósofo y claridad de maestro su autor, partiendo de Descartes, que, en el *Cogito, ergo sum...*, abandona el ser extramental *para confinarse dentro de su propia e impotente inmanencia, condenado a devorarse a si mismo pensando y defendiendo un idealismo inmanente con conceptos que reciben su sentido y consistencia, precisamente del ser que niega.*

Kant con la *sutil maraña de las categorías del entendimiento, en el plan especulativo, y la de los a priori del imperativo categórico en el origen práctico, lejos de zafar la inteligencia del malentendido carte-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siano, no consigue sino hundirla más con un planteo todavía más desviado del problema crítico.

Max Scheler y N. Hartmann retoman el movimiento fenomenológico iniciado con Brentano, como una reacción antikantiana y de retorno del espíritu hacia su centro natural, hacia el objeto de sus facultades, *el ser.* Pero les faltó vigor y aliento, y huyendo de la contradicción idealista, confiaron los *objetos y valores* conquistados, a la inmanencia de las categorías y a la apercepción pura.

Ante este trágico final de la filosofía moderna, *se yergue*, plena de ancianidad y juventud, la filosofía tomista, *estructurada y alimentada en todas sus partes por el ser y sus conexiones esenciales.*

En el primer capítulo de la obra donde refuta el autor los sistemas en que entroncan, directa o mediatamente la filosofía moderna, nos dice, al contraponerles el sistema tomista, que el centro de *gravitación del hombre, de toda su actividad y de todo su ser está, especialmente fuera de sí mismo, en el ser trascendente y, en última instancia, en el SER de DIOS, en quien, lógica y ontológicamente, todo ser se sostiene en lo que es.* Contra la inmenencia de los fundadores de la filosofía moderna afirma la tesis tomista que *sólo la inteligencia capta el ser y sólo ella puede llegar a él* por una captación *demostrable y expresable;* por una captación que, en las entrañas mismas del ser, descubre los valores.

Paralelamente al sistema especulativo de la filosofía moderna se ha ido elaborando un sistema especulativo-práctico que ha originado otra, u otras éticas contrapuestas a la tomista: respondiendo así a los valores gnoseológicos nuevos sistemas éticos.

Así como en el orden especulativo pretende la filosofía moderna liberar a la inteligencia del ser, *también en el orden práctico procura liberar a la voluntad de las exigencias ontológicas de fines o bienes y de toda ley moral objetiva estructurada sobre éstos.*

En Kant, Ley Máxima constituyen el juicio sintético a priori de la razón práctica. La voluntad no recibe, *sino que es fuente creadora de la Ley... Dios y la inmortalidad, no se demuestran, pero sí debemos* suponerlos, *sin ellos no es posible* nuestra *acción moral.*

La escuela fenomenológica finca la ética en los *valores*, pero estos valores, enseña Max Scheler, no son sino la objetivación *emocional, impensable* como tal, la proyección de los a priori materiales, es decir, con contenido de emotividad. Huyendo los fenomenologistas los límites de la inmanencia son tributarios en definitiva del espíritu sujetivista de la filosofía moderna.

A esta altura del magistral capítulo I, el autor enumera las grandes desviaciones ético-religiosas de la filosofía moderna. *Del rompimiento*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con el ser extramental llevado a cabo por la filosofía moderna en todos los órdenes de la actividad espiritual... nace la autonomía del hombre... en el orden especulativo Hegel que fundamenta sobre la contradicción la fecundidad dialéctica de la idea absoluta, y Nietzsche que exalta la vida contra el espíritu y proclama la independencia y hasta la guerra contra la verdad y el bien, son el término final y significativo del desenvolvimiento lógico del pensamiento moderno instaurado por Descartes.

El hombre comenzó negando el ser y terminó perdiendo el ser. Frente a esta terrible tragedia moral, más grave que la especulativa, sino se originase en ella, se levanta el faro de luz en las oscuras tinieblas a las que nos ha llevado la inmanencia: *El hombre, ser limitado, dependiente del ser extramental en su incoercible movimiento de proyecciones infinitas... busca el ser infinito y trascendente que no está en él y que le falta, busca a Dios... posesionándose del ser creado y leyendo en las entrañas de su finitud las huellas ontológicas del Creador, alcanza al Ser divino, tal como sencilla y profundamente lo hace Santo Tomás en sus "quinque viae."*

La voluntad, paralelamente al entendimiento que busca la verdad, tiende, también a ella, su objeto, el bien y lo halla en el Ser infinito, Dios, que colma la indigencia infinita de su finitud... *la norma moral entra en el hombre con el ser por la única puerta por la que éste puede entrar en aquél: por la de su inteligencia. En las entrañas del ser, del propio ser ante todo, la inteligencia descubre su fin o bien y la jerarquía de fines con que los seres se organizan entre sí; y con el fin entra la norma objetiva u ontológica del bien moral...*

Estamos al fin del Capítulo I, el nudo de la tragedia está en su momento más obsesionante, dejemos una vez más la palabra al autor, palabra llena de entusiasmo que revela la alegría y gozo por la verdad que posee: *La filosofía moderna representa una época de acentuación individualista llena de entusiasmo y orgullo de lo humano, una época de exaltación del hombre sobre el ser y sobre Dios. Pero al fijarse y detenerse en sí, el hombre —que no es para sí sino para Dios— se arruinó a sí mismo; y, mientras en filosofía perdía el sentido y valor de su inteligencia, de su voluntad, de su moral y de su ser, en el orden sobrenatural se jugaba su filiación divina por el plato de lentejas de los valores humanos.*

El hombre medioeval... en actitud de humildad y olvido de sí mismo, logró la unidad de su ser y de su vida: de su cuerpo sometido al alma, de su ser humano subordinado al hijo de Dios que en él vivía, y del hijo de Dios amorosamente olvidado de sí mismo para ocuparse en conocer, amar y servir a su Padre...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Como bien nos lo dice Maritain en "Problemas Espirituales y Temporales de una nueva Cristiandad", la filosofía moderna nos ha llevado hasta la destrucción del ser; *ya no nos queda personalidad sino solamente el movimiento fatal de las larvas polimorfas del mundo subterráneo del instinto y del deseo.*

La filosofía tomista, enquiciada en todo momento en el ser extramental, nos ha llevado hasta la filiación divina.

Este primer capítulo magistral, contiene todo el meollo de la obra del Pbro. Derisi y se completa con el IV, donde con un análisis minucioso, preciso y completo, de esos a los que él nos tiene acostumbrados en todas sus obras, nos hace un paralelo entre los dos espíritus que animan a la filosofía del realismo y a la del idealismo racionalista.

Con claridad meridiana nos hace ver el autor la génesis potente y ardua por la que la filosofía tomista fundamenta su sistema gnoseológico-metafísico con el que llega, a pesar de la pobreza inherente *a la abstracción de nuestros conceptos, más la analogía que se les añade cuando ellos se refieren a los seres que están por encima del objeto proporcionado de la inteligencia, hasta los últimos confines del SER* valiéndose de los conceptos abstractos. Pues como nos dirá en el capítulo VII, *la inteligencia humana no llega a su objeto por una intuición exhaustiva del ser... El objeto más noble de nuestra inteligencia —lo espiritual, Dios, sobre todo— no sólo no es comprendido exhaustivamente por ella, como no lo es tampoco la realidad material, sino que ni siquiera es alcanzado o representado con notas tomadas del propio objeto; sólo se le* significa *a través de la imagen de las cosas sensibles, en la oscuridad de los predicados tomados de las cosas materiales, "in speculo et in aenigmate".*

De aquí surge esa insatisfacción de la inteligencia humana en su obra metafísica, ese hacerse cuesta arriba la filosofía y esa tortura y martirio a que por vocación está llamado el filósofo...

Es tan abundoso en párrafos densos, y profundos este capítulo, que apena el dejar de citar tantísimos dignos del mayor elogio; así y todo, no quiero dejar de transcribir aquél en que, reafirmando una vez más el carácter ontológico de la filosofía tomista, dice: *Esta fidelidad y sometimiento de la inteligencia al ser, es en definitiva una subordinación al Ser necesario e infinito, en quien tiene su razón de ser, su sostén ontológico toda realidad contingente. La realidad es siempre Dios o la obra de Dios. De aquí que ese sometimiento y reverencia al ser —que constituye el espíritu de la filosofía de S. Tomás— no sólo implica la aceptación y respeto a la naturaleza de nuestra inteligencia, hecha esencialmente para la captación del ser, sino una subordinación, en último*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

término, a Dios en quien todo ser y manera de ser encuentra su razón suprema, su Causa primera y su fin definitivo. Hay en esta actitud intelectual, un sometimiento al ser, una confesión humilde y sincera de que la naturaleza humana no es absoluta, no es divina, y que, por tanto, no es creadora sino creada y, como tal, dependiente de Dios en su ser propio y del Ser divino y de la realidad creada como objeto en su funcionamiento...

Una orientación religiosa profunda surca, como se ve, las entrañas de realismo metafísimo de S. Tomás. La aceptación, respeto y tendencia al Ser supremo, en quien todo se sostiene, y, por ende, en quien también se apoya todo el funcionamiento de la inteligencia.

¡Cuán otra es la filosofía que se inicia en Descartes! *...prescindir del ser, para encontrar, mediante la duda, en la idea (el yo pensante) el fundamento de su sistema. Y aunque* de hecho *su duda no ha sido fecunda sino merced al ser que le dá consistencia y sentido, y su yo no ha sido descubierto sino por una inteligencia de movimiento realista, cuyos resultados habían sido previamente puestos en duda; sin embargo, este carácter ideal con que cree haber encontrado el fundamento de su filosofía, va a quedar incrustado en las entrañas de su sistema para no separarse ya más de él; así como también la intención matemática de encontrar una verdad simple de la cual puedan sacarse todas las demás por un método puramente deductivo, ya a seguir pasando en el desarrollo siguiente de su sistema.*

En lugar del análisis complejo y difícil de la realidad ontológica, Descartes prefiere dirigir esa realidad desde lejos, desde la simplicidad del cielo de sus ideas "claras y distintas", y en lugar de la síntesis laboriosa del metafísico procurada de acuerdo a las exigencias del ser, elabora él el mosaico de sus ideas facilmente manejables en una ecuación algebraica... Con el concepto de la "reducción" elimina los problemas de la sensación, de la vida orgánica, las leyes del instinto y movimiento animal, lo vital, lo psíquico, lo supramaterial. ¿La sensación? *se reduce a pensamiento en el hombre, a extensión en los animales. Las dos líneas paralelas y limpias de todo contacto de* pensamiento *y de la* extensión *se prestan admirablemente a la deducción matemático-racionalista de Descartes.*

En síntesis, la inteligencia humana para S. Tomás y la filosofía medieval, *no es divina, ni angélica, no posee su objeto en sí misma, ha de adquirirlo y de un modo humilde, por conceptos abstractos y a veces análogos*: esa es su miseria; *pero a la vez está esencialmente hecha para el Ser, para enriquecerse con la posesión infinita de Dios*: esa es su grandeza.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En cambio, *la actitud del pensamiento moderno iniciado por Descartes encierra una doble y trágica consecuencia. Por una parte la deformación de la inteligencia desviada de su verdadero objeto, el ser, y obligada, violentamente, a buscar en ella misma lo que no podía dar, y a proceder como idealista en una continua contradicción consigo misma, ya no puede pensar nada sino como realista; y, por otra una exaltación idólatra de la inteligencia, hasta convertirla en una divinidad inmanente con todas las secuelas religiosas y morales en ello implicadas...* De aquí que a la filosofía moderna no le baste *una revisión de sus principios, le es menester una actitud ascética de sinceridad y humildad ante la verdad, cualquiera que ella fuere, le es menester deponer el espíritu de soberbia que la arruina y la impide ver, le es menester cambiar radicalmente de espíritu.* Espíritu este que es el terrible término que, al través de un proceso de desviación especulativa, nos ha llevado a la desintegración moral en que la persona individual, a decir de Jacques Maritain, *está tan despedazada y descompuesta, que no se sabe en donde buscarla. Está madura para ceder su puesto al hombre colectivo, a esta gran figura histórica de la humanidad, cuya teología es Hegel y que se llama Estado.*

En la órbita de estos dos capítulos I y IV giran los otros siete que concluyen la obra.

El II nos expone la trascendencia funesta para la filosofía moderna del *Cogito* cartesiano, por haber desviado la inteligencia del ser trascendente para encerrarla en su inmanencia, oponiendo *a una filosofía de tipo gnoseológico-metafísico otra puramente gnoseológica.*

El Capítulo III insiste en la conclusión inmanentista haciendo ver la diferencia entre la duda según se la planteara S. Agustín, S. Tomás o Descartes.

El V estudia como lo hizo con Descartes, el sistema gnoseológico de Kant, que lleva a la inmanencia trascendental.

El VI establece un paralelo entre los supremos conceptos, cargados de contenido real en Aristóteles y S. Tomás, y las funciones puras trascendentales en Kant.

A través de todos los capítulos de la obra se nota originalidad, no de doctrina que es la tradicional católica, pero si de claridad, y presentación nada comunes. Para nuestro entender el Cap. VII y los dos últimos, traslucen como los que más, la personalidad filosófica del Prob. Dr. Derisi. De continuo en ellos se lee el entusiasmo y la satisfacción de la verdad poseída, así sea *in speculo et in aenigmate...* El Capítulo VII expone cómo a través de un análisis de las tentativas de Descartes, Kant y Husserl, la reducción de la filosofía al tipo de la ciencia *en el sentido moderno* ha fracasado siempre, porque la filosofía es una Sabiduría *...la*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

causa del mencionado fracaso radica precisamente, en un desconocimiento de la naturaleza de la inteligencia con el consiguiente error sobre la estructura de la filosofía y de su objeto, que ha seducido a éstos y otros filósofos, los cuales atraídos por el éxito, fácilmente asequible de las ciencias, y, olvidados de los caminos y métodos específicos de la filosofía, han querido encuadrar a ésta en los moldes de aquellas, como en un verdadero lecho de Procusto, al que no podía acomodarse sin detrimento de su estructura y de su misma existencia... la ciencia en el sentido moderno, renunciando a toda explicación esencial o inteligible, no se desprende del terreno de lo sensible; y si encarnada en la inteligencia del sabio, que como toda inteligencia gravita hacia el ser, por una parte tiene el peligro de dislocarse como ciencia, al pretender ser una explicación inteligible o causal de la realidad; es cierto también que, por otra, en la riqueza y viveza de los fenómenos en que ella se instala y trabaja, busca un objeto más asequible, más al alcance de la inteligencia, y más agradable y saciante, en cierto sentido, para ella... La vocación del hombre de ciencia es, por eso, menos heroica que la del filósofo... Nada más difícil al filósofo que el desoír la voz de la sirena de la ciencia con toda la rica sinfonía de acentos, y nada más difícil que el no abandonar sus ideas y a veces desteñidas —las únicas posibles al hombre en este plano superior— de su objeto infinitamente más noble, el ser y sus causas, y trabajar con esfuerzo y sin claudicaciones, constante en la tensión de su torturante y elevada misión.

Los capítulos VIII y IX reinvindican la inteligencia, Fe cristiana, y la ontología contra el irracionalismo moderno y la axiología que quiere conservar *los valores* sin el *ser* que los fundamente.

Dije que en el C. VII se revelaban límpidas facetas de la personalidad filosófica del autor; después de un cotejo admirable entre la actividad del filósofo y la del científico concluye: *La condición indispensable, pues, para el filósofo es aceptar con entereza la condición esencial de la inteligencia y no intentar una obra filosófica que esté fuera de su alcance, fuera del modo humano de llegar al ser, como lo intentaron Descartes, Kant y Husserl. Es decir, que la primera condición de la filosofía es someterse al ser en toda su amplitud, inclusive al ser y modo de ser de la propia inteligencia.* Cierra el Capítulo con estas dolorosas pero reales reflexiones para un filósofo. *Esta síntesis no colmará nunca la aspiración del filósofo, por el pobre y débil modo intelectual con que está elaborada, por lo inacabada en que siempre permanece (a causa de lo inagotable que es la realidad individual frente a "tomas" o conceptos universales, con que se la alcanza); pero los aportes tomados del seno de la esencia de las cosas por este único camino expedito a*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la inteligencia humana, fuertes, firmes y coordinados entre sí, estructurados sobre la realidad, forman una vasta construcción metafísica... en la que esencialmente se apoya, como eterna que es, la Verdad divina identidad de la Inteligencia y Realidad Infinitas, de la que descienden, como de única fuente ontológica, los dos ríos de la realidad y del conocimiento creado.

Cerremos el libro "Filosofía Moderna y Filosofía Tomista" y abramos la Biblia. Leemos en el Eclesiastés C. I, 13, *propuse en mi corazón inquirir e investigar acerca de todas las cosas que suceden debajo del sol. Esta ocupación penosísima ha dado Dios a los hijos de los hombres, para que trabajen en ella.* Penosísima, torturante es la misión a la que por vocación está llamado el filósofo. El Ser supremo que se la ha dado al Pbro. Dr. Derisi, acompañada de tan bellísimas cualidades, como revelan su libro, le exigirá fidelidad a ella para coadyuvar a la trascendental obra de encauzar a la humanidad por la senda de la Sabiduría, ya que a la filosofía desviada correspondió desviarla del Ser. Difícil tarea porque la filosofía moderna *debe deponer el espíritu de soberbia que la arruina y la impide ver.*

La Editorial Sol y Luna puede estar altamente satisfecha y orgullosa de la obra publicada, que habla tan elocuentemente de la orientación tomista de sus jóvenes y dinámicos componentes. — *FERNANDO GARAY.*

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



L U N A

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
BUENOS AIRES

Sennores e amigos quantos aquí seedes:
Mercet pido a todos por la ley que tenedes
De sendos "pater nostres" que me vos ayudedes;
A mí faredes algo, vos nada non perdredes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TERMINOSE DE
IMPRIMIR EN BUENOS AIRES,
EL 22 DE JULIO DE 1941
POR FRANCISCO A. COLOMBO,
HORTIGUERA 552.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar